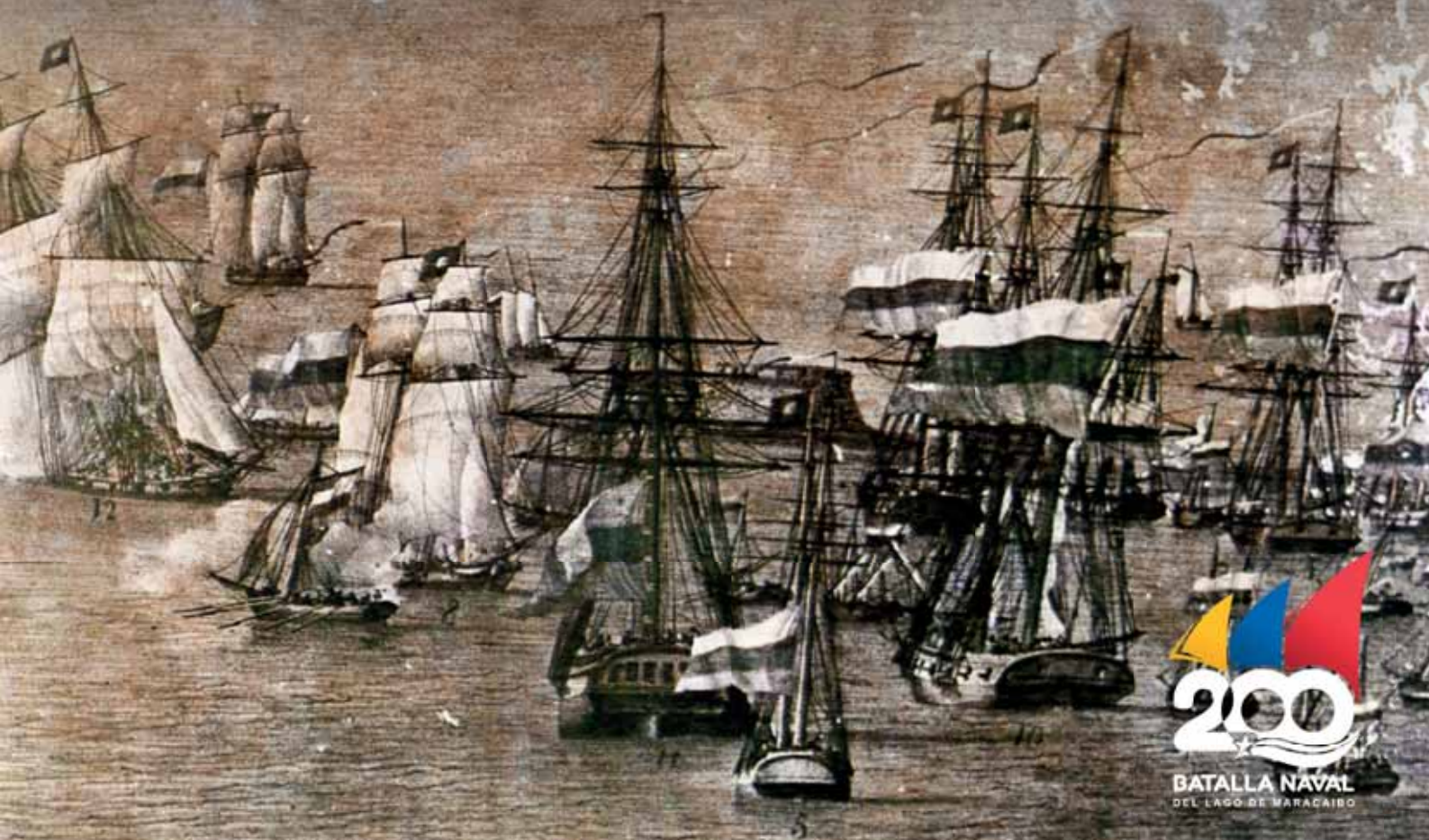


Batalla Naval *del* Lago de Maracaibo

Edición Conmemorativa
Bicentenario 1823 /2023





Batalla Naval *del* Lago de Maracaibo

Nicolás Maduro Moros
Presidente Constitucional de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez Gómez
Vicepresidenta Ejecutiva

Freddy Nájnez
Vicepresidente de Comunicaciones, Turismo y Cultura

Ernesto Villegas Poljak
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Imagen de portada y contraportada: *1ª Vista de la Escuadra de la República de Colombia al mando del General Bto. José Padilla, el día 8 de mayo de 1823 al forzar la Barra de Maracaybo por el Castillo de San Carlos* (1823) de Ambroise Louis Garneray. Colección Museo Bolivariano, Caracas

©Fundación Biblioteca Ayacucho, 2023
Hecho Depósito de ley
Depósito legal DC2023000903
ISBN 978-980-276-565-2
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 – Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Edición y producción: Equipo editorial de Biblioteca Ayacucho

Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

Batalla Naval *del* Lago de Maracaibo

Edición Conmemorativa
Bicentenario 1823 /2023



FUNDACIÓN
BIBLIOTECA
AYACUCHO

cultura



Venezuela

PRESENTACIÓN

EL LAGO, HÉROE DE UNA BATALLA DECISIVA

Era 1823; el Libertador y su sino de dificultades y triunfos esperaban en Guayaquil. Apenas clareara la mañana de 1824 lo mordería la fiebre del tabardillo y pronto llegaría su conjuro en la conquista de Junín, mientras el augurio de la batalla total de su América libre aguardaba su designio unos meses más tarde en Ayacucho, que hizo libre a la América bolivariana y eterno al Mariscal Sucre.

Ayer, en 1821, Venezuela conoció su libertad y su soberanía en Carabobo. Los triunfos en la guerra habían sido terrestres en tanto que los realistas merodeaban por nuestro mar del norte rumbo a la Barra del Lago de Maracaibo. Lejos, entre tanto, se hallaba Bolívar de planificar un enfrentamiento contra los realistas, apenas presentido entonces. Sabía que una derrota marina lastimaría grave y seriamente el triunfo total de la liberación, avizorada ya entre los volcanes y los valles ondulados del sur.

No había pues tiempo que perder: el proceloso de los retóricos y metafóricos del ponto homérico dominaba nuestras costas. Entonces Bolívar apuró al general en jefe Urdaneta y al general Montilla que acudirán con prontitud a *rescatar a Maracaibo*; y sería Santander quien llamara a cumplir con ese mandato al almirante José Prudencio Padilla, que no tardó en dirigir sus escuadras a la Barra del Lago a bordo del bergantín Independiente, donde lo esperaba para el combate el capitán de navío Ángel Laborde y Navarro. Eso ocurrió temprano, cuando avanzaba el 24 de julio de 1823.

No era fácil entrar por el pasillo del golfo: los peligrosos bajos prometían que sin conocer sus pasadizos los navíos encallarían irremisiblemente. ¿Cómo salvarlos? Los realistas, numerosos en su contingente y dueños del mar abierto, tramaban acaso atraer a los patriotas hacia ellos para diezmarlos sin estorbo alguno. Pero el

lago no estaba solo: los piragüeros y sus faluchos de vela latina conocían los secretos de las aguas de adentro y determinaron guiar a los navíos republicanos a entrar sin desdichas a la bahía para desconcierto del enemigo.

La historia cuenta el tiempo que tardó el desenlace de la batalla. Al cumplirse las dos horas de esa mañana del 24 de julio las escuadras del general Padilla, que habían fondeado frente a las costas de Santa Bárbara, hicieron velas a la espera del viento y se alinearon a perseguir por sorpresa a las escuadras realistas. Poco antes, el comandante patriota había arengado a su tripulación de bergantines y corbetas a combatir con apuro y entusiasmo. Eso hicieron y se dieron a malbaratar y a destruir los navíos de España hasta el abordaje final del bergantín San Carlos que comandaba Laborde y Barrios. El enemigo trató de huir de la acometida de los zulianos todos (soldados y pescadores) con el resto de las embarcaciones, las más de ellas destrozadas por el cañón y diezmadas por la artillería, pero los patriotas se lo negaron. La tropa del San Carlos se echó al mar. La victoria fue definitiva. Solo tres goletas lograron alcanzar las costas de Puerto Cabello que luego desplegaron velas rumbo a Cuba. Una leyenda o tradición asevera que una de las mujeres que iba a bordo llevaba en su vientre a Maceo, el futuro héroe cubano.

Sin ese triunfo, la causa bolivariana hubiera sido otra y la liberación total de la Gran Colombia ilusión incierta, destino azariento.

El Lago de Maracaibo, con sus pescadores y gente del común, con sus oficiales, como el capitán de navío Pedro Lucas Urribarrí y mujeres soldados, como Ana María Campos y Domitila Flores, fue, ese 24 de julio de 1823, aquel héroe de una de las batallas decisivas para la independencia y avivada pasión libertaria de Simón Bolívar. Ese día anunciaba ya la víspera de Ayacucho.

Luis Alberto Crespo

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición conmemorativa de los doscientos años de la batalla naval que acaba con los últimos estertores del poder realista que todavía luchaba por revertir los resultados obtenidos por los patriotas después de los combates y las victorias, presentando una relación sucinta de textos que nos dan una panorámica de lo que fue esta gesta heroica.

En una primera sección que denominamos “Protagonistas”, encontramos algunos documentos de las personas involucradas de primera mano. Para la selección se consultaron los libros *El almirante Padilla: acción granadina en la Batalla de Maracaibo*, compilado por José M. de Mier y las *Memorias del general O’Leary*, así como la versión en línea del *Archivo del Libertador*.

La segunda parte, llamada “Estudios”, está conformada por algunos trabajos que analizan los antecedentes, las consecuencias y la misma batalla para brindar un sólido marco para comprender los hechos ocurridos. Se tomó un fragmento de la *Cronología epistolar del Libertador sobre la Batalla del Lago de Maracaibo* de Lucidio Gonzalez C.; parte del discurso de incorporación de Vinicio Nava Urribarrí a la Academia de Historia del estado Zulia como miembro de número, recogido en el libro *El Zulia que no debe olvidarse en la Venezuela Heroica*; y, finalmente, un ensayo inédito de Ydelfonso Finol.

La última sección dedicada a “Mapas e imágenes”, se nutre principalmente del trabajo fundamental de Antonio R. Elyuri-Yunez S., citado de manera inevitable y editado varias veces, y que lleva por título en su última encarnación ... *Y así se rubricó la independencia*.

Protagonistas

PROCLAMA DE JOSÉ PADILLA A LOS HOMBRES DE LA ESCUADRA COLOMBIANA ANIMÁNDOLOS A VENCER COMO SIEMPRE LO HACEN

José Padilla de los Libertadores de Venezuela, condecorado con dos escudos de distinción, General de Brigada de los Ejércitos de la República. Comandante General del Tercer Departamento de Marina y de la Escuadra de Operación sobre el Zulia, etc.

A todos los señores jefes, oficiales, tripulaciones y tropas de la escuadra de su mando.

Compañeros: La puerta del honor está abierta; el enemigo nos atrae y nosotros le esperamos.

¿Qué mayor gloria podríamos desear? ¿Superiores en fuerza, valor y decisión, le temeremos? No: ni el general Padilla ni los bravos que tiene la honra de mandar vacilan jamás al ver al enemigo a su frente, sino por el contrario, ansían porque llegue este momento.

Compañeros: Yo estoy cierto que la suerte nos lo proporciona para descansar, y os aseguro la victoria porque este es el último esfuerzo de nuestro agonizante enemigo. Vuestro general os acompañará como siempre hasta perder su existencia, confiado en vuestro valor y en la justicia de nuestra causa.

Colombianos: morir o ser libres.

A bordo del bergantín de guerra Independiente, al ancla en Punta de Palma, julio 21 de 1823-13^o

José Padilla

DIARIO DE OPERACIONES DE LA ESCUADRA SOBRE EL ZULIA, AL MANDO DE JOSÉ PADILLA

Día 21 de julio. Amanecieron los buques enemigos fondeados en Zapara; a las seis y veinticinco, avisaron del tope, que los buques enemigos se hacían a la vela; y se hizo la señal de que cada buque asegurase sus amantillos, drizas de gavia, de boca, pico, con cadenas, abosando sus escotines después de puestos a la vela.

A las siete y media, se vio desde la cubierta de la Guaireña, de tres palos, fondeada como al principio del Tablazo; y después llegaron varias goletas a sus inmediaciones y fondearon también. A las once, pasó el señor seneral, comandante general, a cada buque de la escuadra, para leer una Proclama a las tripulaciones y guarniciones de estos, y exhortarles para que peleasen con todo el ardor con que lo verifican los verdaderos colombianos. En toda la escuadra no se oían otras voces, que las de vivas repetidos y no se veía más, en todos cuanto se hallaban embarcados, que unos ardientes deseos de pelear, presagios sin duda de la victoria. Poco después se hicieron las señales siguientes: 1º. Mucha actividad y presteza en las maniobras y señales. 2º. Zafarrancho de combate. 3º. Cuando el comandante esté demasiado empeñado en la acción y no pueda por el fuego o el humo atender a los demás buques de la escuadra, cada uno obrará según su valor, honor y conocimientos, para destruir a los enemigos y tener la gloria de vencerlos.

Seguidamente, se dispuso poner divisas a todo individuo de la escuadra, para que fuesen conocidos en el acto de un abordaje y se les previno que, si esto se verificase de noche, debían estar sin camisa y se encargó también por orden general a todos los comandantes de buques que tuvieran mucha atención, pronta contestación y ejecución a las señales, así como que estuviesen listos para hacerse a la vela en el momento mismo que se les previniese por medio de las correspondientes señales.

A puestas del sol, quedaron fondeados los buques citados en el Tablazo.

Día 22 [de julio]. Al amanecer de este día se vieron los buques enemigos fondeados en El Tablazo; y a poco rato se hicieron a la vela; con este motivo y bien persuadido nuestro general de que no podrían salir de El Tablazo, ni menos atacarnos sino con viento a la brisa, ordenó acercarse la escuadra a la costa de Punta de Palma, cuanto pudiese, para tenerles el barlovento cuando intentasen batirnos y las fuerzas sutiles se colocaron en la misma Punta de Palma citada.

Los enemigos continuaban por El Tablazo con viento favorable, pero a las ocho y media el viento les llamó al SE y fondearon, aunque algunos de ellos lo verificaron con la quilla. Componíase la flotilla enemiga del bergantín San Carlos, los bergantines-goleta Maratón y Esperanza, la goleta de dos gavias Especuladora, nueve goletas de velacho, dos pailebotitos, las flecheras Guaireña, Atrevida, Caribeña y quince buques más entre faluchitos y piraguas armadas.

Vista por el señor general la situación de los buques, dispuso que las goletas Independencia, Manuela Chitty y Emprendedora, pasasen un poco sobre las enemigas, pasando el mismo señor general en un bote, a observar a los enemigos desde cerca. Estos destacaron sobre él los de su escuadra, cuyo conocimiento hizo que el señor comandante general dispusiese fueran todos los de la nuestra, a incorporarse con las fuerzas sutiles, como en efecto se verificó muy luego. El viento continuaba al SE, bonancible, lo que permitía manejar las fuerzas sutiles; y por tanto, el señor general avanzó con los buques de mayor calibre sobre los enemigos y les hizo varios tiros con el mayor acierto, que fueron contestados por el enemigo pero sin que hubiésemos tenido la menor desgracia; mas como el viento comenzó a llamarse al NE, dispuso el señor general se retirasen las fuerzas sutiles a su lugar y que regresaran los botes a sus buques respectivos a eso de las once y media.

A mediodía ya estaba la brisa fresca y algunos de los buques se hicieron a la vela, para enmendarse, quedando un bergantín-goleta y el San Carlos varados; pero que a poco rato aprobaron como los demás (*sic*). Al anochecer, seguía el viento fresco por el NNE y los enemigos estaban anclados en línea.

Día 23 [de julio]. Amanecieron los buques enemigos al norte de Punta de Palma formados en línea, según anochecieron, y el viento seguía al NNE fresco. Nuestras fuerzas sutiles se colocaron inmediatas a la misma Punta y al sur de ella, y el señor general pasó a los buques de la escuadra, para imponer o advertir a sus comandantes del modo como debían manejarse para conservarse en buen orden e inmediatos a la costa, luego que se hiciese la señal de dar la vela porque convenía no separarse de ella hasta que los enemigos rebasasen la Punta, para arribar sobre ellos, obrar con la ventaja del barlovento y frustrar los planes de aquellos.

A las seis y cuarto, se hizo la señal de prepararse para dar la vela, y a las seis treinta y siete, viendo que se levaban los enemigos, se hizo la señal conveniente para igual operación, y luego, estábamos a la vela, poniendo en práctica, desde este instante

el plan meditado de mantenernos sobre los bordos muy cerca de la costa; a las siete y media refrescó el viento demasiado y tuvimos que tomar rizos. A las siete y cuarenta y cinco, visto que los enemigos iban cayendo a sotavento, se hizo la señal de que cada uno ocupara su lugar; a las ocho y nueve, la de imitar los movimientos del comandante, y a los cinco minutos, arribamos sobre los enemigos, que seguían en línea de combate de la vuelta del sur. A las ocho y diecinueve se hizo la señal de que cada buque de la escuadra batiese con denuedo al que estuviese más proporcionado de los enemigos, hasta rendirlos, abordándolos si fuere necesario y nosotros, como la cabeza de línea, nos dirigíamos sobre la vanguardia enemiga; pero los demás buques excepto el Marte, se apuntaban a barlovento y se retrasaban demasiado en vez de obedecer exactamente lo que se les había mandado por las correspondientes señales. La Espartana fue la primera que forzó y a esta la siguieron las demás, formando estos buques una línea por nuestra aleta de barlovento; y la Leona, que debía formar nuestra retaguardia, se hallaba bien distante y aun más a barlovento que las demás. Con este motivo, se les hizo la señal de forzar la vela y la de formar una pronta línea de combate, sin sujeción a puestos para que no se embarazaran en busca de su lugar; a las ocho y media, se rompió el fuego por nosotros y él fue contestado por los enemigos, pero visto por el señor general que no bastaban las señales para hacer que los demás buques de la escuadra se acercasen a batirlos, según se les tenía prevenido desde el principio, se embarcó él en su bote y fue personalmente a hacerlos cumplir con su deber. Los enemigos no se aguardaban a empeñar la acción: ellos forzaban las velas para evadirla y como veíamos que casi toda nuestra escuadra se hallaba muy distante y que con motivo de las órdenes que el señor general había dado a los buques (retrasados o) atrasados, seguían sobre las fuerzas sutiles enemigas que llevaban a retaguardia, nos pareció oportuno dar un repiquete corto con el Independiente y el Marte, por separarnos un poco de la línea enemiga, y aguardar después, en facha, la reunión de los nuestros, de la misma vuelta que aquellos, como así se verificó, cesando el fuego a las nueve y quince.

Los enemigos se dirigieron a las proximidades de Capitán Chico y fondearon entre este y Maracaibo, quedando en línea de combate; pero nosotros permanecemos a la vela ordenando que pasasen todos los buques por la popa del Independiente para decirles a voz que ocupasen su lugar; y lo mismo se hizo con el comandante de dichas fuerzas sutiles. A las siete y cuarenta y nueve, estando ya todos formados en línea e inmediatos unos a otros, se hizo la señal de abordar al enemigo; pero estando ya en marcha para verificarlo, se quedó el viento muy calmoso y fue necesario suspender la ejecución; pero no por esto desistimos, sino que esperábamos impacientes que refrescara el viento.

A las once y diez refrescó por el SE y se repitió la señal de abordar, pero volvió a calmar el viento y a estar vario, por lo que el señor general, comandante general decidió dejarlo para el siguiente día y darle descanso a las tripulaciones de las fuer-

zas sutiles, que habían estado desde bien temprano con el remo en la mano. A su consecuencia, dispuso diese fondo la escuadra y se hizo la señal conveniente a la una y cinco, quedando fondeados en una línea paralela a la costa.

Los enemigos anochecieron fondeados en el paraje indicado, y nosotros en Alt-gracia avanzando nuestras fuerzas sutiles en Punta de piedras.

Día 24 [de julio]. Los buques enemigos permanecían fondeados en el mismo lugar y el viento estaba del E, al amanecer. Apenas permitían las claras del día distinguirse los colores de las banderas, se llamó a los comandantes de los buques y el señor general, con motivo de lo ocurrido ayer, dispuso que el comandante de la Espartana, capitán de fragata Jaime Bluck, quedase a bordo del bergantín Independiente, colocando en su lugar a su segundo el señor Marey R. Maukin, y en lugar de este al señor Stag; ordenando al mismo tiempo que el capitán de la Leona pasase al Marte, nombrando en su lugar a su segundo el señor Juan Mc Kam, reemplazando el hueco que en esta dejaba, Jaime Stuart, oficial de la Espartana, destinando a este último buque al aspirante Santiago Moreno, para que se entendiese con las señales.

No contento el señor general, dispuso también alterar el orden de batalla, colocando los buques de modo que manifiesta el plano que se envía por separado, persuadido que de este modo se lograría la mejor cooperación de todos. A las diez y media el señor General comandante General pasó en persona a bordo de todos los buques mayores y menores, con el objeto de arengar a sus dotaciones y animarlos de un modo eficaz, para que llegado el momento de atacar a los enemigos, lo hicieran con intrepidez y entusiasmo.

A las diez y cuarenta roló el viento al NE y a las diez y cincuenta se hizo la señal de prepararse para dar la vela; pero el viento roló al sur, flojo, por lo que se suspendió la orden de levar anclas hasta que se estabilice o afirmase el viento y fuera más favorable.

En efecto, a la una y cincuenta y cinco minutos, logramos nuestros deseos. El viento se afirmó por el NE y la marea vaciaba, de suerte que aquel nos podía so-taventar y aquella nos aguantaba a barlovento. Todo nos era favorable y todo nos convidaba a atacar a los enemigos, que se hallaban fondeados a nuestro frente, en una línea paralela a la costa y próximos a ella.

Dos goletas ocupaban la cabeza meridional de la línea y a estas las seguía el San Carlos, después una goleta y seguían alternativamente los bergantines-goleta y goletas ocupando el otro extremo y a retaguardia todas las fuerzas sutiles.

A las dos se mandó al comandante de estas se levase y siguiese desde luego sobre las de igual clase del enemigo, en atención a que por su menor andar debíamos adelantarlas.

A las dos y veinte se hizo la señal de dar la vela al resto de sus unidades; a las dos y veintiocho la de formar en línea de frente para atacar a un mismo tiempo a todos los buques enemigos, que observando los movimientos, se acoderaron.

Algunos de los nuestros se retrasaban o no ocupaban sus lugares tan pronto como era necesario; seguramente por la falta de conocimientos en esta parte, pues que todos ardían por concluir con los enemigos; pero como el Marte estaba situado a barlovento y el bergantín Independiente, buque muy velero, a sotavento, fuimos proporcionando el andar a este, de modo que quedase y siguiese perfectamente bien formada nuestra línea, para lograr bien el plan que nos habíamos propuesto, sin que por esto se dejaran de hacer las señales que fueron menester, para cada uno de los que se desviaban de su lugar. Padilla consideraba las comunicaciones por bandera cruciales para el éxito de la batalla.

A las tres y diez y siete se hizo la señal de abordar al enemigo y se dejó izada, no obstante de haber sido contestada por todos los buques, para manifestarles que ninguna otra cosa nos restaba por hacer.

Formados como queda dicho, nos dirigimos con el mayor denuedo sobre los enemigos de un modo el más hermoso. Ningún buque salía de su posición y todos iban sobre alguno de los enemigos.

A las tres y cuarenta y cinco empezaron estos el fuego de cañón y a muy poco rato el de fusil, pero del modo más vivo y sin interrupción; mas la escuadra de Colombia, acostumbrada a ver con desprecio sus fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de su lugar ninguno de los nuestros y sin dispararles ni un tiro de pistola, hasta que estando a toca-penoles, se rompió por nuestra parte el fuego de cañón y de fusilería, sin que se pueda decir que fue primero, si abordar o batirlos.

El bergantín Independiente se dirigió y rindió el San Carlos. El Confianza abordó valerosamente una goleta. A la de tres palos Emperadora se le rindió el bergantín-goleta Esperanza, pero la cual voló inmediatamente, dejando a esta, al Marte y a todos los demás cubiertos de humo, sin que en rigor pueda decirse la conducta que observaban en aquellos momentos los demás buques, pero sí sabemos que el Marte batió completamente y rindió a varios de los buques enemigos y que todos los demás cumplieron con sus deberes.

Los enemigos se vieron en las circunstancias más angustiadas. Del bergantín San Carlos se arrojó al agua la mayor parte de su tripulación; la del bergantín-goleta fue por los elementos, la de los otros buques no tuvieron la suerte que la del San Carlos y el mar se veía cubierto de cadáveres y de hombres nadando; cuadro a la verdad bien espantoso. En medio del fuego y pérdida la esperanza de salvarse al ancla, picaron los cables y trataron de hacerse a la vela, pero les fue en vano en lo general, puesto que once buques de los mayores fueron hechos prisioneros; el bergantín-goleta Esperanza voló y fue igualmente hecho presa un falucho de sus fuerzas sutiles.

La goleta Antonia Manuela tuvo la desgracia de que aprovechándose los enemigos de su mayor proximidad a ellos la atacaron y abordaron, no perdonando persona alguna que encontraran, ni aun los heridos y los muchachos de cámara; pero

habiendo salido en su auxilio la goleta Leona y un bote armado del Independiente, aquella con sus fuegos protegió a este, que lo recuperó inmediatamente.

Tres goletas escaparon únicamente: las dos que estaban a la vanguardia y la Especuladora, que acercándose cuanto pudieron a tierra, huyeron para Maracaibo junto con la Guaireña, la Atrevida Maracaibera y la flotilla de faluchos y piraguas armadas, pero hechas pedazos y con muy poca gente.

El bergantín Independiente hizo un fuego horroroso sobre todas estas; el Marte sobre la Especuladora y sutiles y sobre estas también las goletas Espartana y Leona, como igualmente nuestras fuerzas sutiles, que causaron daños de consideración por un lado, y por el otro marinaban las rendidas y algunas que por rendir cedieron a la bravura e intrepidez de sus comandantes, dirigidos por su comandante Walter D'Chitty, capitán de fragata de la Armada de Colombia; porque en medio de la desgracia de los enemigos, tuvieron los que huyeron la fortuna de que no se les echase a pique, ni se les desarbolase durante el tiempo que se les fue batiendo por los buques citados, pudiendo llegar a la plaza, favorecidos por el poco fondo y los bajos de la costa a las cinco y media a cuya hora nos hallábamos a dos tercios del alcance del cañón que tiene allí de a 18; por cuya razón y la de estar los buques expresados en el puerto cesó el fuego, hicimos la señal de unión y seguimos sobre bordos, a colocarnos en las proximidades de tres goletas presas que se hallaban varadas en las inmediaciones de Capitán Chico.

A las seis y tres cuartos fondeamos en el paraje citado los bergantines Independiente, Marte, las goletas Espartana, Leona, Peacock y Emperadora y se reunió también el comandante de las fuerzas sutiles con algunos de sus buques, a quien se comisionó para que salvase a las goletas varadas, como en efecto lo logró a eso de las 3:30 del día 25. El resto de los buques de la escuadra, así mayores como menores, se dirigieron a la costa de Altagracia conduciendo las demás presas.

PROCLAMA DE JOSÉ PADILLA EL 26 DE JULIO DE 1823

JOSÉ PADILLA, de los Libertadores de Venezuela, condecorado con varios escudos de distinción, General de Brigada de los Ejércitos de la República, Comandante General del 3^{er} Departamento de Marina y de la Escuadra de Operaciones sobre el Lago de Maracaibo.

A todos los señores jefes, oficiales, tripulación y tropa de la escuadra de su mando.

Bravos compañeros:

Vencisteis y destrozasteis completamente la Escuadra enemiga; vuestro valor no tiene ejemplo, y el mundo entero admirará las heroicas proezas con que habéis marcado vuestros pasos en esta laguna.

Compañeros: habéis correspondido también a la promesa que me hicisteis de morir o vencer a mi lado, que nada me deja que desear. Testigo ocular de vuestro arrojo e indiferencia en los peligros, jamás dejaré de confesar que mi mayor gloria consiste en mandaros. El día 24 de julio de 1823 ha sido para Colombia uno de los más faustos; la gran victoria que en él adquiristeis sobre el enemigo es el seguro presagio de la ocupación de Maracaibo por las armas de la República, y de la completa tranquilidad de nuestra patria.

Loor eterno a los bravos que arrojando peligros y despreciando la muerte hicieron conocer a los tiranos la justicia de la causa de la libertad que sostiene; eterna memoria y gratitud a nuestros hermanos que con tanto honor derramaron su sangre en esta gloriosa jornada.

A bordo del bergantín Independiente, al ancla en los Puertos de Altagracia. A veintiséis de julio de mil ochocientos veinte y tres.

José Padilla

CARTA DE MANUEL MANRIQUE A CARLOS SOUBLETTE. LE PRESENTA SOMERA RELACIÓN DE LA ACCIÓN DEL 24 DE JULIO DE 1823

Comandancia General e Intendencia del Departamento del Zulia. Cuartel General en Altagracia, julio 24 de 1823-13^o

Excelentísimo señor:

Después de la intimación hecha al señor general benemérito José Padilla, comandante general de nuestra escuadra, por don Ángel de Laborde que mandaba la española, y de la que vuestra excelencia está instruido, se movió la primera y tomó posiciones, en Punta de Palma.

El enemigo comenzó sus singladuras antes de ayer; y ayer por la mañana se avistó navegando por hilera sobre la nuestra que, en el momento de tenerla a porte, se levó y presentó en línea, provocándola al combate. Ella, aunque comprometida, lo eludió cobardemente y buscó su salvación guareciéndose sobre la costa de Maracaibo, en la que tremolaban varias banderas negras. Nuestra escuadra, en la pequeña escaramuza, solo tuvo de pérdidas tres muertos, cuatro heridos y cinco contusos, y fondeándose a tiro y medio de cañón de aquella, pernoctó en línea de batalla.

Mientras ambas escuadras estaban al frente, una de otra, sobre Punta de Palma, el general enemigo destacó de la plaza once piraguas con seiscientos hombres de los batallones Valencey y Cazadores al mando del coronel don Narciso López, con el objeto de desembarcar sobre esta costa por las puntas de Leiva, Mamón y Punta de Piedras, y batirme para obrar de acuerdo con los intentos de su escuadra, pero fue en vano, porque descubierto por la avanzada de cuatro dragones y un cabo del escuadrón del Zulia, que yo tenía en la primera punta nombrada, se tirotearon algunos momentos mientras yo, con el resto de la división y la caballería, tomé posiciones a las dos de la madrugada y me preparé para arrollar decididamente al enemigo, si hubiese efectuado su desembarco.

Ya no quedaba otro arbitrio, señor excelentísimo, sino pulverizar la escuadra enemiga, y habiéndolo así acordado con el mencionado benemérito señor general Padilla, embarqué a su disposición el completo de novecientas plazas, ofreciéndome yo mismo con todo el resto para llenar debidamente las órdenes de vuestra excelencia y la mente de su excelencia el Vicepresidente de Estado.

A las dos de esta tarde zarparon con bizarría los buques de nuestra escuadra. El benemérito señor general Padilla, a bordo del bergantín Independiente, se puso a la cabeza de la línea; he sido testigo ocular de la pericia y buen acierto de su maniobra; lo he visto rechazar con frialdad heroica los repetidos abordajes que le intentaron los enemigos y he observado cuando han volado un bergantín goleta y dos goletas de ellos; y en fin, he sido espectador de un combate sangriento y pertinaz que, durante y hasta el anochecer, se ha decidido a nuestro favor, y Colombia enumera el día de hoy por uno de los más gloriosos de sus anales militares que realza y revela el decoroso timbre del benemérito señor general Padilla, el que se halla todavía batiéndose con el reducto de la plaza, dando caza a los buques que están fugándose.

No puedo por ahora dar a vuestra excelencia un detalle extenso de la acción, porque ignoro su pormenor; solo sé que casi todos los buques enemigos han caído en nuestro poder, y el número de ellos era duplo del de los nuestros. Calculo por aproximación que su pérdida, entre muertos y heridos, pasa de ochocientos individuos, siendo muy inferior el número de ambos por nuestra parte, y me apresuro a dar este informe a vuestra excelencia para su satisfacción, ofreciéndole darle el detallado desde la plaza sobre la que voy a obrar inmediatamente.

Yo espero que vuestra excelencia se servirá ordenar que, con la mayor brevedad posible, vengan los recursos de subsistencia que he solicitado, pues me hallo rodeado de multitud de individuos prisioneros y heridos (entre los cuales solo en tres buques de los apresados que han llegado, se numeran treinta oficiales, los cuales deben alimentarse, y vuestra excelencia debe conocer la necesidad que tengo de víveres), para sostener la división y la escuadra que se ha duplicado en número por los apresados.

Dios guarde a vuestra excelencia.

Excelentísimo señor

El comandante general,

M. Manrique

CARTA DE JOSÉ PADILLA A PEDRO BRICEÑO MÉNDEZ. PRESENTA EL PARTE DE LA BATALLA NAVAL DEL 24 DE JULIO DE 1823 EN MARACAIBO

República de Colombia. Comandancia General de la escuadra de operaciones sobre el Zulia. A bordo del bergantín Independiente al ancla en los Puertos de Alta-gracia, a 1^o de agosto de 1823-13^o.

Tengo el honor y satisfacción de comunicar a U.S., que el día 24 del próximo pasado mes, he atacado y destrozado completamente la Escuadra enemiga, compuesta de quince buques mayores y diez y siete menores. En mis comunicaciones del día 21 del mismo mes, acompañé a U.S. copia de la intimación que me hizo el jefe español Laborde, y de la contestación que le di. Me envanezco de haberle probado con la verdad; y la copia del diario de operaciones que con el número primero incluyo a U.S., le impondrá sucintamente de todas las ocurrencias en esta memorable jomada, que ha cubierto de gloria a las armas de la República, y llenado de horror y espanto al tirano.

En efecto, señor secretario: lo difícil y arduo de la empresa la hace más apreciable. Diez buques mayores y doce fuerzas sutiles, contra los referidos del enemigo, bien tripulados y guarnecidos, era una diferencia demasiado notable; pero el arrojado valor y decisión de todos los individuos que tengo el honor de mandar, superó estas dificultades. Inflammados sus pechos, al leerseles la proclama que bajo el número 2^o acompaño, prorrumpieron en mil vivas a Colombia y mueran los tiranos; y desde este momento, no dudé que la victoria sería nuestra, porque cada cual a porfía manifestaba los deseos de pelear; y así fue que, tan pronto como emprendimos el ataque, casi tan luego lo concluimos, porque no eran hombres sino fieras los que se arrojaban al enemigo, por cuya razón, generalmente recomiendo a todos a la consideración del gobierno; pero con particularidad los contenidos en la nota

Nº 3, para que, en vista de las heroicas proezas con que se han distinguido, les dé la recompensa que estime justicia.

Once buques y un falucho fueron hechos prisioneros en la acción, como verá U.S. en el estado general, adjunto con el numeral 4º; y además, voló el bergantín Esperanza.

Nuestra pérdida con respecto a la del enemigo ha sido muy poca: ocho oficiales y treinta y seis individuos de tripulación y tropa, muertos; catorce de los primeros y ciento cinco de los segundos, heridos; y un oficial más contuso, como lo manifiesta la relación número 5º; al paso que al enemigo le ha costado la horrorosa de más de ochocientos entre unos y otros, habiendo quedado en nuestro poder sesenta y nueve individuos oficiales y trescientos sesenta y nueve individuos de tripulación y tropa, prisioneros, según la relación número 6º, de los cuales he puesto a disposición del señor general Manrique los que constan de la copia número 7º.

Entre los jefes y oficiales enemigos muertos, se cuentan el capitán Candámo, el capitán de navío Mr. Federico, que voló en el bergantín de guerra Esperanza, el alférez de navío don Antonio Pascual, el íd. don Antonio Lleloyd, el ayudante de escuadrilla piloto don Manuel Suárez, el teniente de la goleta Esperanza Mr. Pablot, el oficial don Antonio Manzarro, teniente coronel Simón Granados, el íd. Ventura Montesdeoca, el capitán Crespo y el capitán Montes.

Por declaraciones de cinco individuos pasados de la plaza después del combate, hemos sabido: que Laborde siguió la misma noche para el castillo: que el capitán de navío Mr. Lamenson, jefe de la escuadrilla enemiga, llegó muy mal herido, como así mismo la mayor parte de la guarnición y tripulación del buque en que él se hallaba muertos, y el segundo comandante y del mismo buque muertos: que la flechera Guaireña llegó con su comandante y segundo heridos; y la mayor parte de su tripulación muertos y heridos; y que al igual de esta, todos los demás buques mayores y menores que escaparon llegaron destrozados y con sus tripulaciones en los mismos términos.

Al siguiente día del combate, me retiré con todos los presos y la escuadra de mi mando a este puerto, para recorrer, del modo posible y con la mayor brevedad, sus averías, que no han sido pocas.

El 26 intimé al señor Laborde la rendición del insignificante resto de buques que le quedaba, de que es copia del número 8º; y recibí del general Morales la contestación número 9º por cuya razón, dirigí a este jefe el oficio número 10; y como quiera que lejos de responderme el general Morales, lo hiciese su segundo el coronel don Narciso López, diciéndome lo que consta en el número 11, dirigí a este jefe últimamente el número 12.

Los buques enemigos los tengo reducidos al corto espacio de la bahía o puerto de Maracaibo, sin que puedan moverse absolutamente a parte alguna, porque a su frente les tengo puesta una fuerte división, compuesta del bergantín Marte, goletas Independencia, Espartana, Leona, Peacock y Emprendedora, al mando del señor

capitán de navío Nicolás Yoly; y la primera división de las dos en que he distribuido las fuerzas sutiles, al del señor (*sic*) capitán de fragata Gualterio D'Chity; porque la segunda, al mando del alférez de navío Francisco Padilla, la he destinado, como lo he hecho el día 30, a ocupar el río de Garabuya.

Dueños nosotros, exclusivamente, de la laguna, y cortada la comunicación del castillo por las fuerzas que tengo apostadas en dicho Garabuya (desembocadura del río Limón) se halla el enemigo en la mayor consternación y vacilante. El paso de Seguy y puerto de Guerrero están libres, y apenas llegue el ejército del Magdalena (con cuyo objeto, oficio al señor general comandante general Mariano Montilla), será embalsamado y puesto en paraje donde pueda emprender sus operaciones, y terminar esta campaña.

También acompaño a U.S. el plan original de formación de línea enemiga, algunas órdenes, despachos y diplomas de oficiales, y otros varios papeles, que se han interceptado en los buques prisioneros en la acción, por si interesaren algo al gobierno.

Recomiendo con el mayor encarecimiento al supremo poder ejecutivo la suerte desgraciada de las madres, viudas, hermanos y huérfanos de los beneméritos oficiales, marinos y soldados, que tan gloriosamente perdieron su existencia en defensa de la libertad en este combate y en los anteriores de que he dado cuenta a U.S.

Dios guarde a U.S.

El General,

José Padilla

**CARTA DE JOSÉ PADILLA A CARLOS SOUBLETTE EN LA
QUE COMUNICA QUE EN VIRTUD DE LA BATALLA DEL 24
DE JULIO, MARACAIBO HA SIDO REINCORPORADO AL
TERRITORIO LIBRE**

A bordo del bergantín de guerra Independiente, al ancla en el puerto de Altagracia, agosto 6 de 1823-13º.

Excelentísimo señor:

El resultado de la gloriosa acción del 24 de julio próximo pasado, ha sido la ocupación de la importante plaza de Maracaibo por nuestras armas, a virtud de la capitulación celebrada, de que acompaño V.E. copia.

Yo me congratulo y felicito a V.E. por el éxito tan favorable con que ha terminado esta campaña, y me lisonjeo de haber correspondido en cuanto ha estado a mi alcance a la confianza que me ha dispensado el gobierno. Mañana saldrán las tropas españolas, y nosotros ocuparemos la plaza y el castillo, y en oportunidad avisaré a V.E. los buques que sigan a conducirlos a la isla de Cuba, porque hasta ahora no sé cuántos se necesitan al efecto.

Dios guarde a vuestra excelencia,

El general,

José Padilla

TRATADO DE CAPITULACIÓN BAJO LA CUAL SE HA RENDIDO EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE MARACAIBO

D. José Ignacio de Casas, caballero de la Orden Nacional de Santiago, coronel de los ejércitos españoles, y D. Lino López Quintana, teniente coronel de los mismos, como comisionados con plenos poderes por el señor general en jefe del ejército de costa firme; y los señores José María Delgado, teniente coronel del batallón Zulia, y José María Urdaneta, capitán, secretario de la comandancia general e intendencia del departamento del Zulia, con iguales poderes del señor general comandante general e intendente del mismo, y con allanamiento del señor general comandante general del tercer departamento de marina de la República de Colombia, comisionados de su parte para transigir de un modo honroso y debido a la humanidad y al decoro de ambos ejércitos: penetrados unos y otros del miserable estado en que se halla el pueblo de Maracaibo, asediado hace tres meses por la escuadra de Colombia en su laguna, sus vecinos afligidos y consternados por el hambre, el cañoneo sufrido en sus casas y edificios y por resultas del sangriento combate naval del 24 de julio último: animados los expresados comisionados de sentimientos los más generosos y justos en favor de tan desgraciada ciudad y de cuantos han servido en auxilio de los dos partidos beligerantes, han acordado y convenido en obsequio de todos, los siguientes:

Art. 1º. La plaza de Maracaibo, la fortaleza de San Carlos de la Barra y territorio ocupado por las tropas dependientes del ejército español, serán entregados al Jefe sitiador de Colombia en el estado en que se encuentren.

Art. 2º. Lo serán del mismo modo al señor comandante general de la escuadra de Colombia los buques armados surtos en esta bahía.

Art. 3º. Los sargentos, cabos y soldados naturales de la América, que sirven en el ejército español, y quieran voluntariamente seguir las banderas colombianas, lo

podrán hacer libremente los que prefieran ser licenciados e irse a sus casas bajo la garantía que este tratado les asegura, lo podrán hacer también; pero los que quieran permanecer fieles al gobierno español se tratarán y reputarán como prisioneros de guerra, sin ser molestados, bajo la especial vigilancia de los garantes de que se hablará, hasta tanto que los canjee dicho gobierno o sus funcionarios, comprendiendo en este artículo a los marineros.

Art. 4º. Los jefes y oficiales de cualquiera graduación y naturaleza que sean y sus asistentes (que serán elegidos de los prisioneros en caso de no seguir voluntarios los que actualmente tengan), los sargentos, cabos y demás individuos de tropa europea, podrán salir juramentados fuera del territorio de Colombia para no volver a tomar las armas contra ella mientras no sean canjeados, y en estos entrarán los músicos europeos.

Art. 5º. El ramo político del ejército, por el que se entenderán físicos, capellanes, armeros y asistentes, Ministerio de Hacienda Pública y Militar, y los comprendidos en el artículo anterior, podrán sacar sus armas, equipajes, propiedades transportables, oficinas y familias, haciendo responsables a los comandantes de buques de que al arribo al puerto de Cuba a que lleguen, entregar todo a sus dueños religiosamente.

Art. 6º. El comandante de la columna del Zulia D. Antonio León, con sus oficiales, el jefe de las Cabimas Pío Morales con los suyos, serán comprendidos en el artículo 4º de este tratado. Los vecinos que ambos tengan reunidos armados lo serán también en el noveno de él.

Art. 7º. Los primeros jefes de la República en este departamento facilitarán inmediatamente los buques necesarios para trasportar a puerto seguro de la isla de Cuba, los jefes oficiales y sargentos y demás individuos de tropa que componen el ejército español y sus dependencias, siendo de cuenta de dicha República los gastos que se hagan para ello, facilitando además la misma los víveres que necesite, y haciendo se guarde en todo a los oficiales y jefes, por la gente de los buque, el decoro y buen trato correspondiente a su clase.

Art. 8º. Todos los vecinos habitantes de Maracaibo que quieran seguir con sus familias y propiedades transportables a la isla de Cuba, serán libres de practicarlo, siendo por cuenta de la República los transportes y víveres que necesiten.

Art. 9º. Los vecinos y habitantes de Maracaibo y su provincia serán tratados en la misma con arreglo a las leyes protectoras de la República, sean cuales hubieren sido su conducta y opiniones durante la ocupación de este país por las tropas españolas del mando del señor general Morales, dándose todo a un olvido absoluto y haciendo que sus personas y propiedades sean altamente respetadas, como que tendrán un apoyo para deducir sus quejas justas a las autoridades constituidas.

Art. 10º. El ejército español y demás empleados y vecinos particulares de que hablan los anteriores, se embarcarán en este muelle en los transportes de que se ha

tratado, y hasta una hora después de haber dado la vela todos, no será ocupada la ciudad por las tropas y marina de Colombia.

Art. 11º. Los heridos y enfermos españoles existentes en esta ciudad que se hallen en posibilidad de embarcarse, serán conducidos y tratados a bordo con la humanidad y esmero posible, y los que no lo puedan verificar quedarán en ella y serán curados y asistidos, y respetadas sus personas y equipajes, hasta que su estado les permita ser trasladados a Cuba, que lo verificarán los señores jefes de este departamento en los mismos términos que se dejan prescritos para las tropas españolas.

Art. 12º. Todos los jefes, oficiales y tropa europea del ejército español prisioneros en el combate naval del 24 del anterior que quieran seguir a Cuba, lo ejecutarán bajo los propios pactos y circunstancias que se dejan declarados para las tropas que ocupan esta ciudad.

Art. 13º. Se tomarán por una y otra parte dos jefes en rehenes para el cumplimiento de este tratado: los españoles quedarán en esta capital y los de Colombia seguirán a Cuba con las tropas del ejército español: los primeros recibirán su haber íntegro, según sus clases, del Tesoro de Colombia, y los segundos lo mismo del español.

Art. 14º. Se estipula pena de muerte a cualquier jefe, oficial o individuo de tropa española que se aprehendiese haciendo la guerra a la República de Colombia sin estar canjeado.

Art. 15º. Mediante a que el ejército español no tiene víveres más que de carne para tres días, queda obligado el gobierno de Colombia contratante a suministrar a aquel todo lo demás que falte desde la ratificación de este pacto hasta la llegada a Cuba, y demás que quieran seguirle, repuesta la República según se ha indicado.

Art. 16º. Todas las dudas que ocurran sobre la verdadera inteligencia de alguno de los artículos que preceden, se decidirán siempre en favor del ejército y súbditos españoles.

Art. 17º. Los señores generales de ambos ejércitos nombrarán por sus respectivas partes, oficiales que pasen a explorar la tropa americana de que se habla en el artículo 9º de este tratado, como también la de los europeos que se hallan prisioneros en Colombia, y de que también trata el 12 del mismo.

Art. 18º. El presente tratado será ratificado y canjeado dentro de veinticuatro horas, y deberá empezar a cumplirse, según su literal tenor, tan luego como se ratifique y canjee; y en fe de que así lo convenimos y acordamos, firmamos dos de un tenor en la ciudad de Maracaibo, a 3 de agosto de 1823. José Ignacio Casas.-Lino López Quintana.-Josef María Delgado.-Josef Urdaneta.

El presente tratado queda aprobado en todas sus partes por mi parte, como general en jefe del ejército español de costa firme. ·Cuartel general de Maracaibo, a 3 de agosto de 1823. Francisco Tomas Morales. José Alvaro, Secretario.

MANUEL MANRIQUE de los libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con los escudos de Bocachica, Victoria, Valencia y Carabobo, Ayudante general del E.M.G. Libertador, general de brigada, jefe de la primera brigada de la Guardia, intendente, comandante general del departamento del Zulia, y jefe de operaciones contra Maracaibo; y

JOSÉ PADILLA, de los libertadores de Venezuela, condecorado con dos escudos de distinción, general de brigada, comandante general del tercer departamento de marina, y de la escuadra de operaciones contra el Zulia, etc.

Aprobamos, sancionamos y ratificamos el tratado de capitulaciones que antecede; y para que conste y tenga el debido cumplimiento, firmamos en el Cuartel General de Altagracia, a 4 de agosto de 1823-13^o

Manuel Manrique.

José Padilla.

José Urdaneta, secretario.

**TRATADO PARTICULAR QUE LOS COMISIONADOS
ESPAÑOLES Y DE COLOMBIA HAN ACORDADO, BAJO
CUYAS BASES QUEDA ESTIPULADO EL TRATADO
GENERAL DE ÉSTA FECHA**

Art. 1º. Los buques particulares armados en guerra en esta laguna serán entregados, en el estado en que se encuentren, al comandante general de marina de Colombia, a excepción de la goleta Especuladora, que sin ningún armamento, con marina y pabellón español, será destinada a conducir a Cuba al general en jefe del ejército español, con sus edecanes y personas de su elección, con el correspondiente salvoconducto para no ser detenido por ningún buque de Colombia.

Art. 2º. El teniente coronel José María Delgado se embarcará en esta goleta por garante español de las personas que conduce, y quedará en el castillo de San Carlos, hasta que la goleta Especuladora haya salido de la Barra, desde cuyo momento se le dejará restituirse a su ejército.

Art. 3º. Este buque con las gentes que transporte estará expedito y podrá dar la vela desde que se ratifique este tratado.

Art. 4º. Por la ausencia del señor general en jefe quedará mandando en esta ciudad su segundo el coronel D. Narciso López.

Art. 5º El presente tratado será ratificado y canjeado dentro de 24 horas, y deberá cumplirse según la letra de sus artículos desde que se ratifique y canjee; y en fe de que así lo convenimos y acordamos, firmamos dos de un tenor en Maracaibo, a 3 de agosto de 1823.

José Ignacio de Casas.

Lino López Quintana.

José María Delgado.

José Urdaneta.

Siguen las ratificaciones.

CARTA DE FRANCISCO DE PAULA SANTANDER A SIMÓN BOLÍVAR DEL 25 DE AGOSTO DE 1823

A S.E. el Libertador Presidente de Colombia, general Simón Bolívar etc., etc., etc.

Excmo. señor:

Tengo la satisfacción de informar a V.E. que la campaña del Zulia se ha terminado felizmente, habiendo sido devuelto Maracaibo con sus fuertes al seno de la República. El ejército del Zulia, y más que todo, la escuadra a las órdenes del general Padilla, han abatido el orgullo español en diferentes combates, y han arrancado al general en jefe del ejército la capitulación de que incluyo a V.E. una copia. V.E. debe ver en este documento cuanta ha sido la generosidad y beneficencia del gobierno, cuyas instrucciones han cumplido los jefes de operaciones, y cuanto puede valer a Colombia una conducta tan noble y gloriosa.

Estoy muy cierto de que V.E. recibirá esta noticia con el gozo que le inspiran los sucesos felices que las virtudes del ejército libertador producen para la República, y que en el resultado de esta campaña hallará realizadas las seguridades que me atreví a dar a V.E. El gobierno siente el más vivo placer al felicitar a V.E. como a Libertador de la patria y jefe principal de sus defensores, por el feliz éxito de la contienda en el Zulia, y le ofrezco la más eficaz cooperación, para que pueda V.E. obtener el título de Libertador del Perú y ser el ángel de paz y unión en la América meridional.

Soy de V.E., con sentimientos de la más alta consideración y respeto, de V.E. atento servidor,

Francisco de P. Santander

Dios guarde. Palacio del Gobierno en Bogotá, a 25 de agosto de 1823-13º

CARTA DE BOLÍVAR PARA SANTANDER, FECHADA EN LIMA EL 10 DE OCTUBRE DE 1823

Lima, 10 de octubre de 1823.

Mi querido general:

Ayer recibí una correspondencia de Bogotá y de Panamá por la que sé el combate marítimo del 24 de julio, la capitulación propuesta por Morales y la ocupación de Maracaibo por Manrique el 5 de agosto. Doy a usted la enhorabuena como principal interesado en estos sucesos.

Todo lo que usted me dice en su carta de 6 de julio, que ahora contesto, lo sé yo mejor que usted porque recibo comunicaciones por el istmo y noticias de Europa por el Cabo de Hornos; quiero decir sobre Méjico, Francia, España e Inglaterra; y aun también sucesos militares de Colombia: pero en cuanto a la política de nuestro gobierno poco sé.

Lo que usted me dice sobre paz y armisticio con España me parece muy bien, mas nuestras demandas deben ser conformes a la política del momento que yo no puedo prever de tan lejos y a tanta distancia. Usted sabe cuáles son mis ideas con respecto a los negocios de Colombia y a los de la América entera: soy liberal por egoísmo: deseo la independencía de todo el continente por evitar una guerra en lo futuro que puede sernos ruinosa entonces por la superioridad de los españoles en hombres y elementos militares que de un modo u otro saldrán de la península después de esta guerra. Además el ejemplo de Buenos Aires nos impone un deber americano que no podemos quebrantar sin vergüenza. Como los españoles duren en el Perú, el sur de Colombia sufrirá una ruina total por el peso de la inmensa guarnición que no pueden mantener como lo tengo experimentado. Mucho me inclina a seguir en todo la convención de Buenos Aires por mil y una razones. En cuanto a Venezuela siempre seré de dictamen que su ruina será sellada el día que

no le quede un enemigo en su territorio: ojalá que Puerto Cabello quedase siempre en manos de enemigos; o por lo menos debemos meter allí tres o cuatro mil soldados de hombres que jamás hayan visto a Venezuela. Yo puedo llevar esta guarnición si usted manda buques al istmo por ella y aun yo mismo la llevaré si es preciso.

Mucho celebro que el congreso haya dado disposiciones conformes a las miras del poder ejecutivo y que haya aprobado los tratados concluidos por Mosquera, aunque siento la exclusión de los artículos de extradición de criminales y de intervención entre gobiernos: esto es haber destruido las miras del tratado. Así irá ello.

A la verdad estoy escandalizado de la abominación que se ha hecho con Revenga no tanto en Inglaterra como en el senado de Colombia: mucho me ha molestado uno y otro y es infame ciertamente la conducta de Méndez y la del senado; a menos que este último tenga causa legítima para desaprobare la conducta de Revenga. Si usted quiere la segunda edición del saqueo de Zea mande usted a Marino a Inglaterra; a lo menos las presunciones parecen justificar mi concepto.

Perdóneme usted la llaneza de decirle que los intendentes de Bogotá y de Caracas son eminentemente malos, con ser los mejores hombres del mundo y mis mejores amigos. ¿Dónde diablos se le ha metido a usted en la cabeza que el Marqués del Toro puede servir para intendente? Peñalver es un millón de veces mejor; y solo Sucre es capaz de aquel destino porque es el venezolano de más mérito que yo conozco, y como Dios le dé una victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí. En recompensa de aquellos desaciertos reciba usted mi enhorabuena por la sabiduría con que ha quitado del mando a los señores Carrillo, Paredes y Concha.

No he recibido la obra de De Pradt de que usted me habla.

Nada he sabido aún del general Sucre después de la última noticia.

El tratado entre Colombia y el Perú se ha firmado aquí conforme se hizo, y yo deseo que en Colombia se ratifique este a pesar de la oposición que hubo a los dos artículos suprimidos: de otro modo no tendremos seguridad jamás en América.

Soy de usted de todo corazón.

Bolívar

COMUNICACIÓN DE BOLÍVAR PARA MARIANO MONTILLA, FECHADA EN TRUJILLO EL 24 DE DICIEMBRE DE 1823

Trujillo, 24 de diciembre de 1823.

Al señor general Mariano Montilla.

Mi querido general:

Doy a Vd. la enhorabuena por el buen resultado que ha tenido la campaña contra Maracaibo; ya estará Vd. más tranquilo y su departamento lo mismo. Ojalá estuviera yo en semejante caso.

Ahora mando al coronel Ibarra a buscar tropas de Colombia, porque los enemigos han triunfado de todos los ejércitos aliados en el Perú. Solamente las tropas de Colombia no han sido batidas aún y, por lo mismo, debemos conservarlas invictas para nuestra gloria y nuestra libertad, pero esto no lo podemos conseguir si no me mandan Vds. muchos veteranos capaces de destruir a los Almagres y Pizarros que nuevamente tiene el Perú. El ejército de estos godos es muy bueno y muy numeroso; es triple que el nuestro y, en general, muy aguerrido. Por consiguiente, no podemos exponer una batalla sino con fuerzas iguales; pero ellos tendrán buen cuidado en que no aguardemos el refuerzo que espero de Colombia.

En caso de ser nosotros batidos, va a recomenzar la guerra en Colombia como si nada hubiéramos hecho. No dudo que irán nuestros enemigos hasta Bogotá sin obstáculo alguno. Espero que Vd. hará sus mayores esfuerzos para que se complete nuestra gloria y libertad, mandándome todas las tropas que el poder ejecutivo ordene para el istmo, y que esta operación se ejecute con la mayor rapidez posible, y que vengan las mejores tropas que Vd. tenga a sus órdenes, de lo que quedará personalmente agradecido su amigo de corazón.

Estudios

CRONOLOGÍA EPISTOLAR DEL LIBERTADOR SOBRE LA BATALLA DEL LAGO DE MARACAIBO

Dos fechas y un ocaso

Entre la Batalla de Carabobo ocurrida el día 24 de junio de 1821 y la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, que tuvo lugar el día 24 de julio de 1823, mediaron 25 meses de constantes encuentros armados tal como lo señala en su narración de la *Batalla Naval del Lago de Maracaibo*, el contralmirante Antonio R. Eljuri-Yunez S., al destacar que entre una y otra fecha se cumplieron 57 acciones de guerra sin incluir la toma de Puerto Cabello por el general José Antonio Páez, 107 días después de la Batalla Naval del Lago, es decir, el 8 de noviembre de ese mismo año de 1823, fecha en que el general Sebastián de La Calzada, capituló y entregó la plaza a las entonces nacies Fuerzas Armadas Nacionales que comandaba el general Páez.

Se estima que en el transcurso de esos 25 meses, participaron en dichas acciones de guerra más de 12.000 hombres, lo que no es de extrañar si se advierte que en la Batalla de Carabobo participó aproximadamente el 30 por ciento de los efectivos militares realistas acantonados para ese momento en Venezuela al mando del general Miguel de La Torre, conjuntamente con el general Francisco Tomás Morales como su segundo en el mando; de modo que, con todo y el feliz resultado de la brillante acción de armas a favor de la República en Carabobo, después de ella quedaba en pie de guerra en el país el restante 70 por ciento de hombres sobre las armas realistas.

Como consecuencia del adverso resultado en Carabobo, la discordia que ya existía entre La Torre y Morales se agudizó, y este que debía obediencia a aquel, fue comisionado a la región de Coro para cumplir con una serie de actividades de tipo táctico, que más tarde habrían de determinar el desembarco por Cojoro, ubicado en la costa occidental venezolana en el golfo de Venezuela o “Saco de Maracaibo” por el mes de septiembre, casi inmediatamente después que por traslado de Miguel

de La Torre, Morales entra a ejercer su efímero mandato como último Capitán General de España en costa firme al frente de 1.200 hombres bajo su mando y con el pensamiento puesto en la ciudad de Maracaibo, como punto estratégico político-militar de primer orden en sus planes de reconquista y consolidación colonial.

Morales habría de permanecer en Maracaibo hasta el 15 de agosto de 1823, es decir, 12 días después de la firma de la capitulación, que tuvo lugar el día 3 del mismo mes, en los términos honrosos en que la concibieron el general Manuel Manrique y el almirante José Prudencia Padilla. Cuando el general Morales emprendió su viaje a La Habana, ya hacía 22 días que el capitán de navío Ángel Laborde Navarro, comandante de la flota realista derrotada por Padilla, había emprendido viaje después que, al parecer, por un amotinamiento a bordo de la nave capitana, esta fue encallada en las playas de El Milagro, lo cual obligó a todos sus tripulantes a abandonarla. El capitán Laborde Navarro al parecer se ausentó por vía terrestre hasta El Moján, de donde partió hacia el Castillo de San Carlos y de allí siguió viaje a Cuba para no volver jamás.

La impaciencia de la espera

Bajo el signo de su habitual impaciencia, desde su Comando de Operaciones en Guayaquil, el Libertador siguió paso a paso y dentro de las posibilidades que permitían las comunicaciones en su tiempo las incidencias que precedieron al suceso, contando para ello con el esporádico servicio de mensajeros individuales. Y nadie más indicado que él con su agudo sentido de observación y talento militar, con *su genio emprendedor y su gran actividad dotada de mucha viveza, infinitos recursos en las ideas y de la constancia necesaria para la realización de sus proyectos*, como prosopográficamente lo describe Perú de Lacroix, en el Retrato Moral inserto en su *Diario de Bucaramanga*, para calibrar con aproximada certeza la importancia real de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, lo cual pretendemos demostrar, tomando como fuente en estas inquietudes de investigación histórica, el aporte de los muy valiosos puntos de vista que existen en la correspondencia del Grande Hombre, sobre el estado de cosas imperante en la región de Maracaibo sin abrigar pretensiones de académica jerarquía.

Las referencias epistolares del Libertador Simón Bolívar en torno a la situación político-militar que prevalecía en Maracaibo, registra su primera manifestación el día 8 de enero del año 1823, en que desde Pasto escribe al general Francisco de Paula Santander, encargado del Poder Ejecutivo de la Gran Colombia, para decirle con su agudo sentido de observación y escéptico criterio humorístico:

El Cura de Trapiche nos ha escrito que Páez ha derrotado a Morales en Maracaibo, el que se salvó con 40 hombres de los 7.000 que tenía. Esto es muy probable, y lo hemos creído sin hacer caso de los 7.000, pues aunque lo digan no lo creo...

La carta del Libertador contentiva del anterior mensaje, es casi coincidente con la orden de bloquear las costas de Venezuela, emanada del Cuartel General de Soledad, con fecha 15 de enero de ese mismo año, suscrita por el general Mariano Montilla, con el propósito de colocar en situación precaria de abastecimiento al general Francisco Tomás Morales, lo cual evidencia que de esa manera se daba oficialmente comienzo a las operaciones tácticas navales y terrestres en acciones combinadas, por parte de las fuerzas republicanas, contra las fuerzas realistas que ocupaban a Maracaibo, como preámbulo de lo que más tarde habría de consumarse en la histórica jornada lacustre.

Un día antes de la Orden General sobre el bloqueo a la ciudad de Maracaibo, firmada por el general Montilla, y una semana después de la primera carta a Santander con referencia al caso Morales, es decir, el 14 de enero, el Libertador dice en estilo persuasivo:

No dudo que seremos reconocidos por España y por el mundo entero; que pronto tendremos paz; que Morales será destruido con la inmensa fuerza que está contra él...

La afirmación que antecede si bien sugiere optimismo, al final de la carta nuevamente el Libertador vuelve a ocuparse del caso, dejando vislumbrar cierta inquietud o duda en cuanto al resultado de las operaciones sobre Maracaibo, al decir:

La pacificación de Maracaibo, la negociación con los agentes españoles y la apertura del Congreso, con todas sus consecuencias, son grandes motivos para llevarme a Bogotá y al Zulia.

Por espacio de nueve meses comprendidos entre el 8 de enero y el 10 de octubre de 1823, el Libertador Simón Bolívar deja constancia de sus preocupantes puntos de vista sobre la situación confusa de Maracaibo a lo largo de 19 cartas, en las que puso de manifiesto su irrefrenable pasión por la libertad que estimulaba en él un sentimiento de angustiosa duda sobre la suerte de la Gran Colombia por efectos de la presencia de Morales en el Zulia.

Tal fue el estado de ánimo que mantuvo en ascuas al Genio de América, hasta el mes de septiembre de ese mismo año, en que con carácter extraoficial deja entrever en carta a Santander la victoria republicana en el Lago de Maracaibo.

Con la finalidad de ampliar conocimientos sobre esta materia vista por el Genio de América, vamos a transcribir en riguroso orden cronológico los párrafos de las cartas en que el Libertador exterioriza sus puntos de vista sobre el problema de inseguridad, que para la existencia de la Gran Colombia hacía suponer la presencia del realista Morales y su ejército en la ciudad de Maracaibo, y el impedimento que tal situación planteaba para llevar a cabo la Campaña del Sur como etapa final de la liberación americana.

A propósito del obstáculo que tal estado de cosas constituía para la Campaña del Sur, veamos lo que desde Guayaquil el Libertador le escribe a Santander con

fecha 12 de marzo de 1823, relacionando el proyecto de campaña militar del sur con el caso Maracaibo, al afirmar:

Si Morales lo permite, yo creo que el poder ejecutivo debe mandarme 3.000 hombres más para defender estos departamentos en caso de un revés en el Perú, y en caso de un levantamiento.

Más adelante añade con énfasis:

Hasta ahora no sé nada positivo de la suerte de Morales. Cualquiera que haya sido el acierto del General Clemente, siempre Morales nos dará mucho que hacer, porque yo no veo el conjunto que se necesita para una operación tan difícil como la de destruir en el golfo a un enemigo audaz y activo, aunque bruto y cobarde, porque hablando con verdad, si Morales no comete alguna falta grande, él prolonga la lucha por mucho tiempo, y como vuelvan a cometer los nuestros otra imprudencia como la de Clemente y Sardá espérelas Ud. en Bogotá.

Y en tercera acometida de impaciencia, en la misma carta el Libertador insiste:

De Bogotá no sé nada más que lo que dice el parte del 4 de febrero, en que se da confusamente la retirada de Morales hacia Maracaibo y la pérdida de una gran parte de su ejército. Dos días después salió el correo y no me ha traído ni una letra sobre estos sucesos.

En la segunda y tercera observaciones evidentemente el Libertador se refiere en el primero de los puntos señalados, a la derrota que le infringió Morales al general republicano Lino de Clemente en Salina Rica, suceso adverso a la República que hizo que el coronel Natividad Villasmil, comandante del castillo de San Carlos capitulara sin hacer un tiro por razones hasta hoy no aclaradas debidamente, con lo cual el camino hacia Maracaibo le quedó expedito al jefe realista que recién había asumido la Capitanía General de Venezuela de manos de su antecesor, general Miguel de La Torre. La segunda observación es consecuencia de la ocupación de Maracaibo determinada por los sucesos militares referidos por parte del general Manuel Manrique.

El 29 de marzo el Libertador insiste en carta a Santander sobre la delicada situación que ofrecía Venezuela, y con sentido analítico sugiere lo que a su juicio debe hacerse en tal objetivo, al indicar:

La guerra de Venezuela tiene dos buenos generales que son Montilla y Páez; ambos pueden servir perfectamente; cada uno de ellos tiene su mérito relativo, que con dificultad se mejoran. Creo, sí, que debemos reunir un gran número de tropa para poder atacar a Morales, porque sí perdemos otro se expone la suerte de Colombia, y si yo estoy en el Perú, no sé qué decir.

Y al general Manuel Valdez desde Guayaquil le explica en carta del 14 de abril:

Todavía no sé si me determinaré a ir porque tampoco sé el gran resultado contra Morales, ni la voluntad del Congreso ni otras varias cosas que convendría saberse antes de partir.

Al día siguiente 15 de abril, con su habitual tenacidad y constancia de propósito, insiste con Santander sobre el caso de Maracaibo, asociándolo directamente con la Campaña del Sur:

Aún no he decidido nada sobre mi marcha al Perú, y espero la resolución del Congreso sobre esta marcha y también el resultado de Morales.

Más adelante, dando rienda suelta a su inquietud, casi en el límite de la desesperación emocional escribe en la misma carta a Santander:

No sé nada de ese maldito Morales, ni de las fuerzas que tiene Montilla; diga Vd. si es necesario que yo vaya o no pues por el istmo puedo volar.

Ya en el paroxismo por la falta de noticias frescas sobre la situación creada en Maracaibo por la dilatada presencia de Morales en el Zulia, el Libertador escribe a Santander el 29 de abril:

Del 21 de febrero es el último correo que tenemos y el de 6 de febrero vino después, de suerte que los dos de marzo estarán dando vueltas por San Buenaventura y Barbacoas, si es que no se han perdido. Esto me tiene desesperado, porque mi determinación está pendiente de los sucesos del norte.

Se refiere a Morales en Maracaibo.

Más adelante, para justificar su incertidumbre sobre la Campaña del Sur, acuña con reprimida angustia:

No sé qué responder porque me tienen detenido la resolución del Congreso y las operaciones de Morales...

El norte puede necesitar por mí, y el congreso no me ha permitido salir de Colombia; estas dos circunstancias me retienen en la inacción.

Y desde el punto de vista táctico le explica a Santander con claridad:

Ya dije a Vd. que habla mandado al General Sucre con instrucciones para que dilatase el éxito de la campaña, si puede lograrse esta ventaja. Daremos tiempo a los acontecimientos políticos: al norte para desembarazarnos de Morales y a Vd. para que me mande reclutas de climas calientes porque los de estos países se mueren todos, sin excepción de uno.

Acicateado por la desesperación e incertidumbre sobre la situación de Morales en Maracaibo, el Libertador en el colmo de la angustia emprende viaje al norte el 30 de abril, pensando en hacerle frente a la presencia de Morales en Maracaibo, pero en el trayecto lo interceptó un posta enviado desde Bogotá que le informó sobre el repliegue del temerario realista enquistado en el Zulia.

Es por ello que en carta al general Antonio José de Sucre, fechada el cinco de mayo, le dice al referirse a la situación de Maracaibo:

He tenido noticias de Bogotá que todo va bien. Se han tomado al enemigo varios buques con armas, dinero y municiones. Se espera pronto la caída de Puerto Cabello y la destrucción de Morales, que estaba aún en Maracaibo.

Nueve días después, el 14 de mayo de 1823 desde Guayaquil, el Libertador, vuelve a la carga en su indagatoria sobre la suerte de Morales en Maracaibo al revelar noticias recibidas por él a través de otros canales de información, al tenor de lo siguiente:

Tenemos noticias hasta el 24 de marzo de Cartagena por Panamá: son del mayor interés las que nos comunican sobre Morales y Montilla. Sardá había derrotado a López en El Molino, y Montilla había ido a encontrar a Morales en La Guagira. La bestialidad de Morales merece un castigo, y Montilla por su prudencia, merece la victoria que le espera; es bien afortunado ciertamente si termina la guerra del norte; mucho espero de este encuentro, no sé porqué tengo tanta confianza a pesar de que se puede temer del General Gómez otra imprudencia como la de Sardá en Sinamaica. La prudencia de Montilla me quita todo recelo.

Dentro de su versátil estilo redaccional, el Libertador no pierde tiempo para expresar gráficamente sus sentimientos y puntos de vista, invocando para ello las circunstancias que más lo preocupan, para citar ejemplos e informar al mismo tiempo.

De este estilo es el párrafo que inserta en una carta al general Bartolomé Salom, enviada desde Guayaquil con fecha 21 de mayo, en el que le dice lo siguiente:

Ayer recibí el extraordinario que Vd. me mandó para participarme la fuga del Dr. Urrutia. El susto fue más grande con el rótulo, que todo lo que pueda valer el Padre y todos los godos del mundo. También más cuando que estamos esperando por momentos una batalla en La Guagira entre Montilla y Morales: esto sí que merece un extraordinario.

La anterior afirmación revela claramente que el Libertador esperaba el desenlace de la guerra en el Zulia con una acción terrestre, atribuyendo al parecer una actividad secundaria a las fuerzas navales republicanas que comandaba el general José Prudencia Padilla en el Lago, es decir, de carácter simplemente táctico de bloqueo para debilitar por desabastecimiento a la ciudad de Maracaibo, tal vez sustentando la errada creencia de que las fuerzas navales del lado realista eran prácticamente inexistentes, según se deduce de la importancia decisiva que repetidas veces en sus cartas, atribuye a las fuerzas terrestres que en la región comandaba el general Manrique en el teatro de los acontecimientos y no Mariano Montilla, que por encima del rango del general Manuel Manrique, se desempeñaba como comandante general del departamento del Magdalena y comandante en jefe del ejército de operaciones sobre Maracaibo, desde su Cuartel General de Soledad.

Tal punto de vista de la supremacía de las fuerzas terrestres en el Zulia desde el punto de vista táctico, lo ratifica el Libertador en carta al general Antonio José de Sucre de fecha 24 de mayo en Guayaquil, en la que expresa:

Todavía no sé nada del resultado de la batalla decisiva entre Montilla y Morales. Tampoco tengo aún noticia de que se haya instalado el congreso; y quizás basta el 15 del mes que viene no recibo respuesta del congreso sobre mi marcha al Perú.

Más adelante agrega cauteloso en la misma carta:

Hasta de aquí a dos o tres meses, no vendrán los cuerpos que se esperan de las costas del norte; por lo que nos sería imposible defender esta provincia de Trujillo y mantener a Pasto en quietud, después de una derrota en esa parte. Todo esto quiere decir, que mientras no se haya decidido la batalla contra Morales, no podemos contar con seguridad en el sur.

Y concluye apuntando en tercera instancia cuando habla de la Campaña del Sur:

Canterac, pues, atenderá de preferencia a las tropas aliadas, porque supone que yo voy a mandarlas, como en efecto será, luego que me lo permita el Congreso y el suceso de Morales.

Sin dar paz ni sosiego a su atormentado espíritu guerrero, en carta escrita el 30 de mayo al Marqués del Toro, Simón Bolívar le explica que la situación del teatro de operaciones en la guerra del sur es más peligrosa que la del norte, por los efectos catastróficos que tendría para Colombia un resultado adverso en el campo de batalla, sin olvidar al norte no obstante su aparente menor riesgo. En efecto, en dicha carta manifiesta:

Si el enemigo triunfa en el Perú viene a ocupar todo el territorio del sur hasta Popayán, con lo que volveremos a tener la guerra en el corazón de Colombia. Para evitar semejante desgracia me he quedado en el sur prefiriendo atender al enemigo más fuerte al más débil como lo es Morales en el día.

Y sentencioso le dice a Santander en la misma:

Celebro mucho la retirada de Morales de la Goajira (*sic*).

El 14 de junio de 1823, como atendiendo a una inquietud premonitoria de la proximidad del momento estelar en el área bélica de Maracaibo, el Libertador adelanta a Santander sus puntos de vista sobre la estrategia diplomática que debe ponerse en juego, para un acercamiento con el gobierno español. En tal sentido lo instruye diciéndole:

Tome Vd. por pretexto el nuevo estado de la España y el oficio interceptado en la goleta Galga por el cual se sabe la determinación del gobierno español a tratar sobre un armisticio y comercio provisorio. Este paso me parece importante y útil, mientras tanto a Montilla que apure a Morales a ver si lo destruye o lo echa

de Maracaibo; uno y otro es casi lo mismo en mi opinión. No debemos dejar a Maracaibo en poder de los españoles y, por lo mismo, debemos hacer un grande esfuerzo para tomarlo o sitiar la ciudad, por lo menos.

El día 3 de julio, cuando apenas faltaban 21 días para la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, el Libertador escribe a Santander desde Quito, informándole sobre sus puntos de vista para la campaña del sur:

Llevaré cuatro piezas de cañón, zapadores y un buen oficial de ingeniería que hay aquí, para observar las reglas de la guerra con más exactitud que nunca, porque las circunstancias lo demandan así, pues si tenemos un revés, se unen los pastuosos con los enemigos del Perú y llegan hasta Popayán, sin contar para nada a Morales y sus tropas, que de ese caballero nada sé.

Luego quejándose del pésimo servicio de correo, más adelante señala con marcada ironía:

Qué bonitos estamos: el sur invadido; el norte cortado; sin veteranos, sin comunicaciones para recibir de allá las noticias políticas y militares, y sin que Vd. pueda recibir esta inmensa noticia para que tome medidas y el congreso sus resoluciones.

Un señalamiento que corrobora la anterior queja del Libertador sobre la deficiencia del servicio de correo, lo demuestra el hecho de que dos meses y medio después de la victoria naval del Lago de Maracaibo, es cuando el Libertador recibe oficialmente la información del suceso, estando ya en Lima la capital del Perú, desde donde escribe a Santander con fecha 10 de octubre manifestándole:

Ayer recibí una correspondencia de Bogotá y de Panamá, por la que sé el combate marítimo del 24 de julio, la capitulación propuesta por Morales y la ocupación de Maracaibo por Manrique el 5 de agosto. Doy a Vd. la enhorabuena como principal interesado en estos sucesos.

Sin embargo, es preciso llamar la atención en el sentido de que entre la fecha de esta última carta del 10 de octubre y la del 3 de julio también enviada a Santander, el Libertador remitió otras tres correspondencias. Una fechada en Guayaquil el día 6 de agosto con destino al general Santander, en la que un tanto inopinadamente dice:

Celebro la derrota de nuestra escuadrilla porque causó la ocupación del Lago de Maracaibo por Padilla. Este suceso vale infinitamente más que el de los godos.

Este señalamiento del Libertador debe referirse a la entrada a la Barra de Maracaibo por Padilla y su escuadra, hecho que tuvo lugar el día 8 de mayo en que a vela desplegada los barcos republicanos, desafiando el fuego del castillo de San Carlos en poder del enemigo, forzaron el paso del canal con una sola pérdida naval,

el bergantín Gran Bolívar, que encalló y fue preciso desartillarlo e incendiarlo en el mismo lugar y momento del suceso.

Luego, como impulsado por esa maravillosa intuición que lo distinguió entre los grandes hombres de su tiempo, manifiesta a título recordatorio:

Vd. me ofrece los 3.000 hombres si vence a Morales: ya esto debe haber sucedido, y por consiguiente vendrán los 3.000 hombres, lo más pronto posible porque así lo exige la salud de este país y el éxito final de la guerra de América, que de todos modos nos interesa y es el complemento de nuestras empresas militares y políticas.

En otras dos correspondencias de fechas 11 de septiembre y 3 de octubre, enviadas a Santander antes de la ya comentada del 10 del último mes mencionado, el Libertador expresa en la primera que:

He sabido las noticias de Maracaibo por el istmo (se refiere a Panamá), es decir, el saqueo de Maracaibo por Padilla y el combate naval del mismo en el Lago y la retirada de Montilla a Río Hacha; la preocupación de Maracaibo por Morales; la ocupación de Coro por nuestras tropas.

Como puede apreciarse, lo revelado por el Libertador como noticias de Maracaibo constituye una mezcla de sucesos que ya habían sido superados mucho tiempo atrás, como es el caso de la ocupación de Maracaibo por el general Manuel Manrique al frente de 230 hombres por el mes de junio de 1823, capturando todas las embarcaciones menores a los realistas, artillería, municiones, talleres con más de mil vestuarios y 100 reses mayores, aprovechando una casuística ausencia estratégica de Morales y su gente.

En la otra correspondencia fechada el 3 de octubre de 1823 el Libertador dice confiado a Santander:

Ya he dado mis disposiciones para que vengan los 3.000 hombres que se esperan por el istmo, de que hace mención el general Carreño; hablo de los primeros 3.000 hombres que Vd. ha ofrecido mandar después del triunfo contra Morales.

Esta afirmación del Libertador es reveladora de que oficialmente él no había recibido de Bogotá información oficial de los sucesos de Maracaibo y la Batalla Naval del Lago, pero su capacidad deductiva y su experiencia le hacían intuir la victoriosa jornada del 24 de julio, que habría de confirmar por noticias que recibió el día 9 de octubre según se desprende de su afirmación de la carta del 10 del mismo mes.

El histórico suceso de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo tuvo repercusión internacional tal como lo expresa don Juan Bessón en su *Historia del Estado Zulia*, en la que al referirse al hecho expresa:

Esta victoria del lago de Maracaibo repercutió en toda América. En Bogotá, en Lima y en Panamá se efectuaron patrióticos festejos al recibir la noticia del

triunfo. En el Istmo, un baile oficial y otros bailes particulares fueron festejos del patriótico suceso. En Saint Thomas hubo también bailes y fiestas.

En realidad, la Batalla Naval de Maracaibo sellaba la independencia de la Gran Colombia. Si Padilla y Manrique hubieran sido vencidos, los realistas, fuertes en todo el lago, hubieran podido seguir la guerra sosteniéndose con salidas por el mar, por el Castillo de San Carlos, y con el apoyo de las guerrillas que aún merodeaban por los alrededores. Hubiera cobrado aliento el realismo y ya se sabe que en la guerra cualquier azar cambia la faz de los acontecimientos.

Por su parte el Contralmirante Antonio R. Eljuri-Yunez S. en su *Narración de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo* (2ª ed. corr. y aum., p. 165) dice textualmente:

En lo nacional, liquidó definitivamente el dominio español en Venezuela y afianzó decisivamente nuestra independencia política. En la Batalla de Carabobo tomó parte aproximadamente el treinta por ciento del total de efectivos realistas de Venezuela. Después de la Batalla de Carabobo hasta la de Maracaibo se libraron en territorio venezolano más de cincuenta y cuatro combates terrestres y navales, lo que prueba manifiestamente que la Batalla de Carabobo no concluyó con el poderío español en nuestro país. La Batalla Naval de Maracaibo constituyó el golpe de gracia dado al nudo vital del dominio español en Venezuela.

Y el propio capitán de Navío Ángel Laborde Navarro, comandante de la escuadra realista en la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, en su escrito de réplica a las acusaciones que en su contra hizo públicas el general Francisco Tomás Morales en La Habana, dice:

No ocurriendo otro acontecimiento notable hasta mi llegada a Maracaibo, dejo cumplida la primera parte de mi oferta de exponer al público lo que ejecutó el General Morales, desde el ingreso de los enemigos en la Laguna hasta mi llegada, y voy a manifestar lo que entiendo que debió hacer para evitar los males que han sobrevenido y causado la total expulsión de los ejércitos del Rey de las provincias de Venezuela.

Lucidio González C.

CAMPAÑA SOBRE EL ZULIA Y TRIUNFO DEFINITIVO DE LOS PATRIOTAS CONTRA EL GENERAL FRANCISCO TOMÁS MORALES EN 1823

La provincia de Maracaibo se había declarado, sola y por sus propios medios, libre e independiente de España y acogida a la Constitución de Angostura, mediante un hábil movimiento que culminó con el glorioso 28 de enero de 1821; y posteriormente, el general Rafael Urdaneta cumpliría expresas instrucciones del Libertador Simón Bolívar, quien se proponía la liberación de ciudades y poblaciones del centro venezolano, a cuyos efectos aquel se movilizaría desde la capital del Zulia con una fuerte división, integrada la mayor parte por jóvenes maracaiberos, hacia San Carlos de Cojedes, vía Coro. Órdenes estas que El Brillante llevó a cabo, como siempre, con denuedo y exactitud, en medio de las peores penalidades y en estado de salud deplorable; siendo necesario que declinara el mando de las tropas en Carora, encargando de ellas al coronel Antonio Rangel, aunque siguiendo el itinerario de campaña hasta Barquisimeto, donde quedó impedido por la elevada fiebre. Pero sus batallones continuaron la marcha de acuerdo con el último instructivo de la Secretaría de Guerra, unos hacia San Felipe a derrotar las fuerzas de los coroneles Tello y Lorengo y otros a cubrirse de laureles en la batalla más importante dada en tierras venezolanas.

Esta fue la Batalla de Carabobo del 24 de junio de 1821, producto del genio estratégico del Libertador Simón Bolívar, quien comandando él mismo en persona el Ejército Nacional, destruyó las tres cuartas partes de las fuerzas realistas, siendo así posible la recuperación definitiva de Valencia, Maracay, Caracas y otras ciudades que, desde la pérdida de la Segunda República en 1814, permanecían sojuzgadas bajo el yugo español. Con este inmarcesible triunfo, Venezuela quedaba libre de la dominación extranjera. Así, en razón de los hechos cumplidos, se proclamó en

todas las provincias y, esa fue la impresión de la opinión pública en el resto de América y en la misma Europa.

Pero la guerra no había terminado. De muchos es conocido, que de aquel campo inmortal lograron evadirse los miembros más notables del Estado Mayor realista, encabezados por el general Miguel de la Torre, con algunos cuerpos de su ejército como el Valencey, cuyo comandante coronel don Tomás García, muy enaltecido de pundonor militar, convirtió la casi total derrota española en la más digna retirada de los blasones de Castilla. La sierpe de la mala causa, muy herida, continuaba viva. El general La Torre, con algunos altos oficiales y determinada tropa se retiró por la vía de Valencia, internándose en Puerto Cabello; el general Morales, con varios centenares de soldados, tomó el camino de los Llanos y otros se dispersaron a discreción, hasta que posteriormente se concentraron en la precitada plaza marítima.

Al considerar estos hechos fría y analíticamente, es fácil constatar que el ejército de España en Venezuela no se rindió ni capituló en Carabobo, sino que fue derrotado y, su Estado Mayor, con el resto de sus cuerpos armados, se retiró y salvó de caer prisionero. Tanto es así, que del 3 de julio al 29 de diciembre de dicho año, se sucedieron diecisiete combates entre las partes contendientes, sin que cesaran las hostilidades.

La verdad es que el Libertador Simón Bolívar se había ausentado del territorio venezolano desde el mes de septiembre, luego de permanecer más de quince días en Maracaibo, donde vino a testimoniar a esta su reconocimiento por su participación exitosa en la campaña de Carabobo. De aquí, pues, viajó por el lago y el río Zulia rumbo a Cúcuta, ciudad donde se reuniría el Congreso que ratificaría la existencia de la Gran Colombia y a él como Presidente, quedando designado el general Francisco de Paula Santander como Vicepresidente y Santa Fe de Bogotá como capital de la misma. El 4 de octubre Bolívar pidió al Congreso que, debiendo marchar al sur a dirigir la guerra contra los opresores de Quito, señalara distinta y claramente cuáles eran las funciones que correspondían al Presidente de Colombia en campaña, habiendo obtenido de este amplias facultades al respecto; y el 14 de diciembre está en marcha vía Popayán a cumplir sus designios. Así se cumplió, el Libertador, pletórico de optimismo, sin detenerse a pensar demasiado en que la reacción realista pudiera tener éxito como para amenazar la independencia de la gran nación virtualmente consolidada, ya para el 7 de abril de 1822 estaba triunfante en la Batalla de Bomboná, derrotando al general Basilio García; mientras que el general Sucre obtiene el resonante triunfo de Pichincha el 24 de mayo, quedándoles abiertas las puertas de la gloria hasta el antiguo imperio de los incas.

En el sur, con excepción de algunos combatientes, prevalecían los resultados victoriosos para la sublime causa americana. Pero en el norte y muy especialmente en Venezuela, las cosas andaban de diferente manera. Así como en el año 1814, las huestes realistas, tras el polvoriento y tétrico signo de Boves, destruyeron con su

insania bárbara la Segunda República, en 1822, bajo la inspiración diabólica del general Francisco Tomás Morales reviven sus trágicos recuerdos, y con su reacción iracunda remueve los cimientos de la recién creada Gran Colombia.

Sucedió que el general de La Torre ocupó la ciudad de Coro, al tanto que el general Francisco Tomás Morales expedicionaba y se hacía dueño de la costa este del Lago de Maracaibo o de la laguna, como en muchos textos de la época aparece. Sorprendió a la población de los Puertos de Altagracia, a la que aplicó sus rigores vejatorios, siendo en uno de estos días aciagos cuando la señorita Domitila Flores surgió como heroína de la dignidad zuliana, prefiriendo morir que someterse a los viles requerimientos de un sargento de las tropas españolas de ocupación. Digna de contarse igualmente es la conducta del pueblo de Santa Rita, que al conocer la presencia del feroz canario en la ciudad vecina, se trasladó íntegramente a la isla de Burros, hoy Providencia, en todas sus embarcaciones, y desde allí mantuvo a raya los intentos del ejército realista que, embravecido porque sus cañones y fusiles no tenían alcance para llegar a aquella, optó por echar abajo todas las matas de coco del litoral santarritense e incendiar sus casas, delante de aquellos patriotas que dentro de sus piraguas y canoas, y ayudados por las flotillas de los comandantes Posada y González, se trasladaron a Maracaibo para seguir la resistencia al lado de los republicanos jefaturados por el coronel Lino de Clemente.

El general Morales, bellaco y ocurrente, había podido reunir varias naves tomadas a su llegada a la costa de Altagracia y en las de Punta Hicotea y Lagunillas, preparando con estas una expedición que dividió en dos columnas, una al mando del coronel Juan Ballesteros desde Punta de Leyva y otra comandada por el coronel Lorenzo Morillo desde Punta de Camacho, la primera dirigida al norte de Maracaibo y la última a su parte sur. La de Ballesteros desembarcó por La Hoyada y avanzó hasta el hato de Juana de Ávila, donde se planteó un reñido combate, ganado por los patriotas dirigidos bizarramente por el coronel José Rafael de las Heras, a pesar de que este cayó muerto al final de la acción. Igual suerte corrió la columna de Morillo, quien se internó en territorio de la Villa de Perijá y luego se rindió ante el general Clemente.

En vista de este rotundo fracaso, el general Morales decide abandonar el oriente del Zulia, regresando por Coro y La Vela, evacuando también estas posiciones que el general Carlos Soublotte ocupa el 23 de julio.

Su regreso a Puerto Cabello obedecía a que el general Miguel de La Torre le entregaría el mando supremo de las fuerzas realistas. Ahora sí había logrado el terrible Morales sus ambiciones y sueños de poder, desde que como lugarteniente del asturiano José Tomás Boves lo acompañó en sus correrías siniestras hasta su muerte en la Batalla de Urica.

Investido con el carácter de Capitán General y jefe del ejército español, libre de toda dependencia y con sus cualidades de guerrero impetuoso, dinámico y valiente, va a cumplir de aquí en adelante sus planes estratégicos.

Su primera maniobra fue un despliegue sobre Las Trincheras, Las Cumbres y Vigirima, para dar a entender que iba a efectuar un ataque a Valencia y otras ciudades; mas esto solo era una diversión, puesto que su objetivo era otro, otra vez Maracaibo, en cuya toma había fracasado ruidosamente tres meses antes.

A bordo de 14 buques que tenía en Puerto Cabello, embarcó 1.200 veteranos, escogidos y mandados por prestigiosos oficiales como Sebastián de la Calzada, Narciso López, Tomás García y varios cuerpos de caballería con los más diestros jinetes; además de los cañones de largo alcance y fusiles excelentes y, corno es lógico, expertos en artillería de los mejores de esa fortaleza.

Imbuidos los patriotas maracaiberos por su triunfo en Juana de Ávila el pasado 24 de abril, ignoraban la poderosa fuerza que se dirigía contra ellos, cuán pronto y por dónde serían atacados. Por la costa del este había sido rechazado el enemigo; por el oeste estaban cubiertos con las posiciones fortalecidas del general Mariano Montilla y por Mara; el Castillo de San Carlos y la batería de Zapara hundirían cualquier nave adversaria que se atreviera a pasar la Barra de Maracaibo. Por lo pronto, pues, tenían bastante fundamento para creerse invulnerables.

Aquella fuerte expedición navegó sin tropiezos, cruzó el cabo de San Román y se enrumbo al suroeste para recalar en Cojoro, en la alta Guajira, el 29 de agosto de 1822. Allí se produjo el desembarco del ejército español que avanzó con toda rapidez, contando con el apoyo de numerosos indios de causa indiferente, llegó hasta la ribera norte del río Limón, defendida por una columna mandada por el Coronel Francisco María Farías, quien ordenó la retirada, dejando balsas y bongos utilizados para el transporte de una a otra orilla.

Tan pronto lo anterior se supo, fue destacado el Coronel Carlos Luis Castelli, quien con sus columnas debería oponerse al paso de los invasores; pero en conocimiento de que estos ya habían cruzado el río por el sitio de Los Monitos, resolvió enfrentarlos en el hato de Zuleta, donde trabó encarnizado combate con varias compañías del batallón Valencey, comandado por el bravo coronel Tomás García, el mismo que se inmortalizó en Carabobo, cerrando en cuadros, a tambor batiente y con banderas desplegadas, por salvar el Estado Mayor del general La Torre en su retirada, y que ahora, en las proximidades de San Rafael del Moján, mortalmente herido y espada en mano, entregaba su existencia como merecía un soldado impertérito de su clase, a tiempo que los republicanos perdían el encuentro y se replegaban.

Las tropas patriotas veíanse diezmadas, por cuanto habían peleado en pequeñas partidas contra hombres de mayor veteranía, mejor armados y superior en número, y no en forma de guerrillas, sino planteando las acciones con arreglo a los principios convencionales del arte militar.

Ante la situación creada por el vertiginoso destructor movimiento de Morales, el general Lino de Clemente, intendente y comandante en jefe del departamento Zulia, en vez de internarse con sus fuerzas en el castillo de San Carlos todavía en su

poder, o bien, replegarse hacia el sur del lago, comete el error de esperar a los realistas con solo 700 soldados, una pequeña caballería y a campo abierto, en el lugar denominado Salina Rica, donde a pesar de los prodigios de valor y esfuerzos humanos los nuestros fueron derrotados, quedando en el terreno más de 200 muertos e igual número de heridos. Esta batalla de Salina Rica sucedió el 6 de septiembre del año 1822 que venimos narrando, y sus efectos inmediatos fueron los de que el jefe republicano, con todos sus elementos de tropa, armas y demás recursos, hizo entonces lo que debió haber hecho antes de conocer una superioridad tan visible de parte de su contrincante: replegarse hasta ser auxiliado por sus conmlitonos de provincias y pepartamentos vecinos; mientras que al otro día, o sea el 7, el general Francisco Tomás Morales, con su perfil retorcido y con aires de nuevo Atila, con sus hordas infernales tomaba el poder y ocupaba a Maracaibo; y el 9 del mismo mes, el coronel Natividad Villasmil, muy molesto con los errores del general De Clemente, entregó las fortalezas de San Carlos y Zapara sin combatir, con lo cual quedó consolidada la victoria realista. De esta manera, el Capitán General y jefe del ejército español en costa firme, Francisco Tomás Morales, era dueño y señor de la provincia de Maracaibo con su cuartel general en la misma capital, posición estratégica de primer orden desde donde podía llevarse la guerra fácilmente hacia Coro, Trujillo, Mérida, Boyacá, Santa Marta, Río Hacha y hacia el mar por el canal de la Barra; desde aquí podían los realistas atacar en todas direcciones y apoderarse de Valencia, Caracas y la misma Bogotá.

A todo esto, desde el sur, el Libertador había estado pendiente y recibiendo noticias de los movimientos desplegados por las huestes militares de la Corona en el norte. En cuanto a Puerto Cabello, él no se inquietaba mucho, puesto que antes de partir hacia Guayaquil, conocía suficientemente la situación; lo que sí le preocupó fue el avance sobre Coro y la cuenca lacustre desde abril de 1822, tanto como para ponerlo a pensar en su regreso, en momentos que se proponía seguir al Perú.

Estas infaustas noticias y comunicaciones eran suscritas por el vicepresidente Santander, el secretario de Guerra, Briceño Méndez y, el de Relaciones Exteriores, Pedro Gual. No había duda, la Republica estaba ante una grave amenaza, que podía significar perderlo todo y tener que empezar nuevamente. Tal era la situación de peligro, que el general Rafael Urdaneta tuvo que salir desde Cúcuta a combatir a Morales en las provincias de Pamplona y del Socorro, cuando este con sus tropas se abría paso hacia la capital bogotana, obligándolo a volver hacia sus posiciones orilleras de la laguna.

El grado de preocupación de Bolívar sobre el curso que seguían los inesperados hechos, se evidencia de los fragmentos de algunas cartas dirigidas al general Santander, que a continuación copiamos:

27-10-22: Sí amigo, estoy resuelto al fin, a ir ayudar a Ud... seguiré por Pasto a Neiva, donde me embarcaré hasta las inmediaciones de Tocaima.

12-11-22: Tres correos de Bogotá hemos dejado de recibir y no dudo que traerá gruesas noticias de Morales y compañía. Quizás la última que venga será la mejor, porque ya habrán destruido a ese buen hombre para entonces.

23-12-22: Por otra parte, no sé en qué estado están Uds. con respecto a Morales, pero nada, nada sé más que el suceso de la Guajira que Ud. me escribió en la carta inglesa. Esta ignorancia me tiene en el estado de angustia que Ud. debe imaginar, sin saber cuándo saldré de mi ignorancia.

14-01-23: A Briceño, que haga reunir las tropas si quieren destruir a Morales, porque de otro modo los derrotan.

14-02-23: Estoy impaciente por la llegada del correo de Bogotá, que debe traernos algunas noticias importantes del ejército contra Maracaibo y de nuestra flotilla.

12-03-23: Hasta ahora no sé nada positivo de la suerte de Morales. Cualquiera que haya sido el acierto de las operaciones del General Clemente, siempre Morales nos dará mucho qué hacer, porque yo no veo el conjunto que se necesita para una operación tan difícil, como la de destruir en el golfo a un enemigo audaz y activo, aunque bruto y cobarde, porque hablando con verdad, si Morales no comete alguna falta muy grande, el prolonga la lucha por mucho tiempo, y como vuelvan a cometer los nuestros otra imprudencia como la de Clemente y Sardá, espérelos Ud. en Bogotá.

14-05-23: Todavía no sé nada de la batalla decisiva entre Montilla y Morales.

Y por último, en carta citada en el libro, *La Batalla Naval del Lago de Maracaibo*, del contraalmirante Eljuri-Yunez, el Libertador confiesa al Dr. Ravenga: “Nunca había vacilado tanto para tomar una resolución o decidirme por un partido, mas al fin, después de un largo combate interior, venció el amor a la patria y me puse en marcha para Bogotá con el General Valdez”.

Este regreso apenas él lo inició, pronto empezó a cesar su incertidumbre y a reconfortarse su ánimo, cuando tuvo informes fidedignos de como los principales factores militares se coordinaban en el norte de acuerdo a sus recomendaciones para conjurar semejante peligro.

En su acato el vicepresidente Santander, encargado del gobierno a través del secretario de Guerra Briceño Méndez, despachaba instrucciones a intendentes y comandantes de departamentos y provincias para expediciones sobre el Zulia, comprendido entonces por Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo, siendo este el principal escenario de los acontecimientos. Desde aquí, luciendo inexpugnable, el general Francisco Tomás Morales atacaba por dondequiera, proyectando su sombra satánica sobre el lago, que según él sería el “panteón” de todo aquel que osara atacarlo.

Tocábales entonces esta misión, fundamentalmente, a los generales Carlos Soubllette y Mariano Montilla, jefes respectivos de los departamentos de Venezuela y Magdalena.

El primero que entró en acción fue el general Soubllette, quien mandó sobre Maracaibo una expedición naval comandada por el capitán de navío Renato Beluche, y otras fuerzas por tierra, de las cuales la más poderosa estaba a cargo del general José Antonio Páez, quien debería llegar hasta Moporo, donde embarcaría sus batallones para dirigirse a la costa occidental y atacar la capital zuliana.

El capitán Beluche se presentó con su flotilla al castillo de San Carlos en abril de 1823, contando con que esta fortaleza estaba en poder de los patriotas, por lo que envió un oficial en bote para pedir prácticos, a los efectos de introducir por el canal de la Barra sus buques. Muchas horas transcurrieron sin que ninguna razón viniera de tierra, lo que hizo pensar al avisado marino que dicho fuerte había pasado también a los realistas, como ciertamente era y tal como se ha expresado anteriormente. Entonces dispuso Beluche levar anclas y zarpar para Río Hacha, donde al llegar encontró que el general Mariano Montilla preparaba otro proyecto por mar y tierra con el mismo fin.

Para esto requería Montilla del concurso del departamento de Venezuela y de la autorización del director general de la Guerra del distrito norte, que ejercía Soublette junto al cargo de intendente, por estar el Zulia adscrito a dicha jurisdicción militar y ser a la vez objetivo del referido plan bélico. A estos mismos efectos, llamó aquel al general José Prudencio Padilla, jefe del Apostadero Naval de Cartagena, y lo puso al frente de la flota con algunos buques que había podido reunir en el puerto de Río Hacha. Aquí se efectuó un primer Consejo de Oficiales presidido por el general Montilla, en que este propuso el plan de forzar la barra y, habiéndose oído la opinión favorable de sus demás integrantes, se aprobó actuar de inmediato.

Así fue que, listas las naves con la oficialidad requerida, se acordó que Beluche debía enrumbarse hacia La Guaira para solicitar el apoyo y autorización de Soublette y, Padilla hacia la punta de Los Tanques (o Los Taques) en la península de Paraguaná, lugar escogido para la concentración o encuentro, es decir, para esperar la ayuda y respuesta del jefe del distrito norte.

Dijimos antes que el general José Antonio Páez había sido enviado con un fuerte contingente, con la misión de sorprender por el sureste de la costa lacustre. Pues bien, nos faltaba decir que, como el coronel José Sardá en Garabuya el 13 de noviembre de 1822, había también aquel fracasado en su intento de recuperar a Maracaibo, aunque sin empeñar combate alguno y retrocediendo a su punto de partida en Valencia.

Por tener especial importancia en lo referente a la explicación de lo sucedido en esta campaña, citamos aquí las revelaciones del general José Antonio Páez de su autobiografía, que a la letra dice:

Yo, contando con que el Castillo de San Carlos estaba ocupado por las fuerzas patriotas, marché con 2.000 hombres a la Provincia de Trujillo, esperando que, no pudiendo entrar en el Lago la escuadra enemiga, me sería fácil atravesarlo entre las innumerables embarcaciones menores que habían en seno. No podrían escaparse Morales y su ejército de caer prisioneros; pero al llegar a Trujillo, recibí noticias de la capitulación del Castillo y de que la escuadra española había entrado en Maracaibo.

Contramarché entonces a Valencia llevando conmigo un práctico de la barra, llamado Iribarren (Urribarrí es la forma correcta de este apellido en el Zulia),

el cual mandé al General Soublette, indicándole que dicho práctico podría introducir sin riesgo nuestra escuadra en el Lago.

Envíele Soublette a la escuadra, ordenando al Jefe de ella, General Padilla, ejecutase dicha operación, la cual se llevó a efecto sin más pérdida que la de un bergantín.

Vino a Los Taques, en la costa occidental de Paraguaná, el capitán Beluche con otras naves comandadas también por expertos navegantes, además de varias columnas de soldados, casi todos pertenecientes al batallón Tiradores, célebre unidad táctica que actuó en apoyo del pronunciamiento de Maracaibo el 28 de enero de 1821 desde Santa Rita y que decidió la Batalla de Carabobo, brazo a brazo con el Bravo de Apure en aquel memorable y glorioso 24 de junio. Con Beluche habían venido el oficio de Soublette para el general José Prudencio Padilla y varios oficiales venezolanos, entre ellos el teniente de navío Pedro Lucas Urribarrí, el teniente de fragata Tomás Vega y el alférez de fragata Felipe Batista; un santarritense, un cañadero y un altagraciano, en el orden que se han mencionado.

Sin pérdida de tiempo el general José Prudencio Padilla, como comandante de la escuadra de operaciones sobre el Zulúa, llamó a consejo a todos los comandantes de los buques y les pidió uno a uno la opinión sobre la idea del forzamiento de la Barra, el 3 de mayo de 1823, habiéndose todos sin excepción pronunciado por realizarla cuanto antes por dos razones: la primera, porque una poderosa escuadra española, procedente de La Habana, ya estaba surcando aguas venezolanas y atacando nuestros navíos frente a Borburata y, muy pronto vendría a la laguna para fortalecer aún más las posiciones de Francisco Tomás Morales; y la segunda, porque se estimaba que los recursos que faltaban a la armada patriota se hallarían en las propias orillas del lago, de parte de los mismos habitantes de la región y de las fuerzas que en su reste comandaba el general Manuel Manrique, sustituto de Lino de Clemente, y en el Magdalena el general Mariano Montilla, que no cesaba de molestar a Morales con sus tropas despachadas sobre los ríos Socuy y Garabuya.

El 7 de mayo fondeó la escuadra republicana a la vista del Castillo de San Carlos, fuera del alcance de sus baterías. El día 8 se dio la orden tan ansiada de forzar la Barra, operación arriesgadísima que representaba ponerse de blanco y a tiro medido de los artilleros apostados al pie de sus cañones, con toda ventaja en las alturas de la referida fortaleza tenida como infranqueable.

En esta acción se distinguió el teniente de navío Pedro Lucas Urribarrí, como lo ha señalado en su autobiografía, ya citada, el Gral. José Antonio Páez; lo que coincide con lo narrado por el historiador Francisco Alejandro Vargas, cronista de la Marina de Guerra de Venezuela, en su obra *Nuestros próceres navales*, p. 252, donde se lee:

Cuando el Capitán de Navío José Prudencio Padilla, Comandante General de la escuadra colombiana, trataba de forzar el paso de la barra, Pedro Lucas Urribarrí

lo ayudó a determinar la ruta, acompañándolo bizarramente a la coronación de tan arriesgada empresa, siendo por lo tanto uno de los triunfadores en la memorable Batalla Naval del Lago, el 24 de julio de aquel año, en la que comandando el bergantín de guerra Confianza, tomó eficaz e importantísima parte, venciendo a dos de los buques realistas y destacándose por su valentía y denuedo, dignos del mayor encomio y de emulación. Padilla lo recomendó al Supremo Gobierno de la República, por su valor, seriedad y exacto cumplimiento de su deber en la memorable acción.

Hemos entrado, pues, en lo más importante de esta sin igual expedición, por lo que después de mencionar la actuación también heroica de los oficiales y prácticos Felipe Batista, Tomás Vega, Manuel Valbuena, José Cenobio y Francisco Urribarrí, debemos dejar que sea el mismo Diario o Bitácora del buque insignia de la flota nacional el que nos informe, de aquí en adelante, aunque con las omisiones de algunos días y, de nuestra parte, se produzca uno que otro comentario.

8 de mayo: Al amanecer se mandó a los prácticos que sondeasen y balizasen la barra lo mejor posible; a las dos y media nos pusimos a la vela y formados en línea de combate, nos dirigimos a entrar en la barra y forzar el paso del Castillo; a las cuatro y doce, después de haber tocado algunos buques, y aún varados, aunque salieron luego, nos hallábamos bajos fuegos del Castillo que empezó a batirnos. Esto no obstante, continuamos nuestra operación sin disparar un tiro de fusil; a las cuatro y tres cuartos varó el Independiente, también el Gran Bolívar bajo los fuegos del Castillo; el Independiente salió al momento, mas el Gran Bolívar tuvo la desgracia de que se le fuese encima el bergantín preso americano Fama, cuando iba ya saliendo encalló más y no fue posible sacarlo. 328 tiros de cañón dispararon del Castillo; de los buques que se hallaban a la vela, solo La Espartana recibió un balazo; por su parte una vez varado el Gran Bolívar podía acertar bien sus tiros, pero fue así que en poco tiempo recibió sobre 15 cañonazos, que lo llenaron de agua e imposibilitaron sacarlo, por cuyo motivo se le prendió fuego, después de haber salvado la tripulación, parte de su armamento y varias otras cosas. La Espartana varó, dentro ya de la laguna y fuera de los fuegos del Castillo; y cae también bajo estos la balandrita persa. Aquella salió al poco rato, pero la balandrita como que interesaba menos que los buques de guerra, quedando varada toda la noche, no obstante mandó algunos auxilios. Y al amanecer, la sacaron los enemigos del Castillo, habiendo antes salvado la tripulación. El balazo que recibió La Espartana privó de la vida al segundo Comandante de ella, Alférez de Navío José Ramón Acosta y un marinero, sin que ningún otro buque recibiera el menor daño.

El principal obstáculo al que temían los patriotas había sido superado, con mayor éxito al que estos habían previsto.

Ya dentro del lago, la flota republicana tiene ahora que enfrentarse a un enemigo poderoso por su número de soldados, naves y armas pero que con el forzamiento de la Barra empieza a impresionarse y bajar su espíritu de lucha; contrario a lo que sucede por parte de los patriotas, entre los marinos y tropas de a bordo y, con los conglomerados ribereños, en quienes se aviva más el patriotismo y su amor por la

causa de la independencia. A esto se agregaban las operaciones que por la parte del este del lago desarrollaba el general Manuel Manrique, quien con su ejército había derrotado varias columnas del general Morales, llegando triunfal este hasta los Puertos de Altigracia donde fijó su cuartel; igual que las acciones del coronel Gómez, en cumplimiento de órdenes del general Montilla desde el departamento Magdalena, conforme al plan acordado.

En efecto, las naves republicanas, entre el 9 y el 26 de mayo, se la pasaron efectuando frecuentes cruceros desde El Tablazo, por los frentes de las puntas Vigía, Palmas, Piedras y Camacho, librando algunas escaramuzas navales con su homóloga española; a la vez que apresan a las embarcaciones procedentes del Caribe y del sur del lago con cargamentos destinados a Maracaibo. Luego se enrumbó a la costa de Perijá, recalando al puerto de Corona, donde embarcó algunos hombres y obtuvo noticias del Magdalena; el 29 del mismo mes anclaba en la rada de Moporo.

Los días comprendidos entre el 20 de mayo y 15 de junio, del Diario de Bitácora, no se han divulgado respecto al itinerario cumplido por la escuadra Gran Colombia. De allí que se observa una falta de información sobre los diferentes puertos o fondeaderos, donde estuvieron surtos sus buques integrantes.

El 16 de junio se produjo un suceso importante cumplido por las tropas de Infantería, comandadas por el intendente del departamento Zulia, quien en las naves a cargo de Padilla, desembarcó en Maracaibo y después de un rudo combate que se prolongó varias horas hasta las nueve de la noche, bajo intensa lluvia y horrendo fuego, logró tomar la ciudad, aprovechando la ausencia del general Morales que, con más de 1.500 soldados se había movilizado hacia el río Limón para rechazar un nuevo ataque ordenado por Montilla desde el Magdalena, con varias columnas comandadas por el coronel Gómez. Pero a poco, el día 19, o sea al tercer día de haberla ocupado, Manrique, ante el regreso de Morales con fuerzas superiores, decidió retornar a su cuartel general de los Puertos de Altigracia, aunque llevándose consigo prisioneros la flechera Barinesa junto a otros pequeños buques, algunos cañones y la imprenta donde se editaba el periódico *Posta Español*.

En los primeros días de julio, las fuerzas navales realistas fueron reforzadas con el bergantín San Carlos y la goleta Riego procedentes de La Habana, y para el día 20 de julio estaba llegando a San Carlos el capitán de navío Ángel Laborde, a bordo de la goleta Especuladora, con la misión de pasar de inmediato a Maracaibo y ponerse al frente de la escuadra española, formada por los buques que habían venido con Morales en septiembre de 1822 y los que aquel traía. De modo que los acontecimientos se precipitaban arduosamente y el día del combate definitivo estaba muy próximo.

Antes de entrar en los pormenores del episodio final, es conveniente exponer sobre el ambiente que reinaba en los pueblos de la cuenca lacustre, lo mismo que sobre las naves contendientes, sus comandantes y otros detalles de interés.

Preludio de la gloria de las armas republicanas fue, sin duda, el protagonizado frente al litoral ritense por dos hermanos pertenecientes al bergantín Confianza, el

cual es narrado por Juan Bessón en su *Historia del Zulia* (t. V, p. 178-179) en la que se lee:

fue tanto el entusiasmo que se apoderó de todos los pueblos del lago, que jóvenes y viejos acudieron en piraguas, botes y hasta cayos a pedir plaza en la flota republicana. Aun más, los hermanos Lucas y Pedro Juan Caldera salieron a nado de La Rita a ofrecerse para tomar parte en la lucha y dieron ambos un ejemplo de verdadera abnegación patriótica. Extenuado Lucas a mitad del camino, Pedro Juan trata de cargar con él sobre sus espaldas, pero al cansarse también este, le dice el hermano: así pereceremos ambos, déjame perecer a mí solo y llega tu a combatir por los dos.

La escuadra de la Gran Colombia, al mando del oficial de Marina y brigadier José Prudencio Padilla, estaba constituida por los buques y comandantes como sigue: bergantín Independiente, capitán Renato Beluche; bergantín Confianza, Tte. de navío Pedro Lucas Urribarrí; goleta Manuela, J. Ratig de Bellagarde; goleta Peacock, Tte. de fragata Clemente Castell; goleta Emprendedora, alférez de fragata Tomás Vega; goleta Manuela Chity, alférez de fragata Félix Romero; goleta Independencia, capitán de fragata Samuel Pilar; goleta Leona, Tte. de fragata Juan Mc Kam; goleta Espartana, R.C. Maclin; bergantín Marte, capitán de navío Nicolás Yoli.

Las fuerzas sutiles o embarcaciones más pequeñas fueron comandadas por el capitán de navío Walterio Chity, y apenas se han divulgado en los textos escritos hasta el presente los nombres de algunos de ellos, a saber: las flecheras Barinesa, Cuñeres, Cariaqueña; las lanchas Tormentosa, Voladora y Emprendedora, pero no se dan los nombres de sus comandantes. También se registran tres bongos y varios botes cuyas denominaciones se ignoran, y diez piraguas y siete botes procedentes de la Costa de la Rita, incorporados a última hora y cuyos patronos igualmente se desconocen, acaso apenas por referencia de una respetable tradición familiar cotejada con la obra *El Zulia en la Independencia Suramericana*, nos atreveríamos a decir que entre ellos figuraron: Mariano Antúnez, Juan Carrizo, Ramón Vicuña, los hermanos Bruno, Fermín y Carlos Más y Rubí, todos estos de Santa Rita, y Antonio Basilio Borjas nativo de Cabimas. Por lo demás, nuestra escuadra tenía una dotación de 712 hombres miembros de la tripulación y 600 soldados, entre regulares y voluntarios; 70 carricañones y 26 cañones, casi todos con balas de 18 libras, más de 1.000 fusiles y armas blancas suficientes.

El comandante general José Prudencio Padilla, el 21 de julio, después de responder al jefe de la flota realista Ángel Laborde, la intimación de rendimiento que este le envió desde San Carlos, pasó a cada una de la naves de su escuadra para arengar a las tripulaciones y tropas con los términos que siguen:

A todos los Jefes, Oficiales y tropa de la escuadra de mi mando: La puerta del honor está abierta, el enemigo nos ataca y nosotros le esperamos ¿qué mayor gloria podríamos esperar? Superior es su fuerza; de nosotros el valor y decisión ¿le temeremos? No, ni el Gral. Padilla, ni los bravos que tiene el honor de mandar,

vacilarán jamás al ver al enemigo a su frente, sino por el contrario, ansían porque llegue ese momento

Compañeros: Yo estoy que la suerte nos lo proporciona para descansar; y os aseguro la victoria, porque este es el último esfuerzo de nuestro enemigo; vuestro General os acompañará, como siempre, hasta perder su existencia por nuestra causa...

Morir o ser libres.

José Padilla

Para el día 23, la flota de la Gran Colombia amaneció fondeada en dirección oblicua a lo largo de la costa. Las naves ligeras o sutiles estaban guardando distancia suficiente una de otra, a partir de Punta de Piedras, Puertos de Alta gracia, seguidas de los buques mayores que excedían del paralelo de los 10° y 38', muy cerca de la isla de Providencia frente a Palmarejo de la costa ritense. Lo que explica el caso heroico de los Caldera, que aparece narrado en la *Biografía del Lago* inserta en el texto ya citado. No hubo casi variación en la disposición de todas las embarcaciones republicanas para el 24, día de la batalla que se dio después de zarpar estas hacia Maracaibo, enfrente, a buscar su adversario.

En el litoral de Maracaibo, por su parte, la flota española se situaba a partir de Capitán Chico, a media milla de la playa, en dirección de la línea de la costa de Bella Vista, llegando al Milagro, frente a las Lomas del Viento; y de tal forma dispuestas sus embarcaciones que de norte a sur las ligeras o sutiles se enfilaban con las nuestras en la costa de Altagracia, y las mayores con las correspondientes ubicadas hasta la latitud indicada.

Esta escuadra realista estaba integrada así: bergantines Esperanza, Riego y San Carlos; goletas Zulía, Mariana, María, Cora, Liberal, Estrella, Rayo, Salvadora, Habanera, Especuladora y los pailabotes Goajira y Monserrat; las flecheras Atrevida y Guaireña; los faluchos Resistencia, Mercedes y Brillante; los guairos Vengador, Rayo y Pedrito; y por último las piraguas Duende, Papelonera, Esperanza, Félix María, Altagracia, San Francisco y Corbeta. Dotadas en su totalidad con una tripulación de 670 hombres y un ejército de 975 soldados, casi todos pertenecientes a los batallones de Valencey y Burgos, célebres por su valiente actuación en Carabobo y otros combates. En cuanto a su armamento, tenían 49 cañones y 14 carricañones, casi todos con balas de 18 libras y fusiles y armas blancas suficientes. Su comandante general, como se ha dicho, era el capitán de navío Ángel Laborde Navarro, quien había instituido como nave insignia a la goleta Especuladora, y desde ella haría sentir su voz de mando y sus señales a todas sus naves ancladas y arrejeradas, en espera del formidable impacto con todas los patriotas. Sus comandantes, que habían probado su valor en múltiples hazañas de la bandera española y, que se enfrentaron a los nuestros con la bravura propia de su escudo, merecen en honor a la hidalguía y verdad histórica, nombrarse también como lo hemos hecho con los nuestros. Fueron ellos: José Zabala, Pedro Lamaison, Federico Heytman, José Cándamo, Lorenzo

Puyol, José Montes, Agustín de Castro, Fernando Cárdenas, Tomás Lizardo, Ángel Pascual, José Villanueva y Juan Yelpi.

Las dianas de Marte suenan intensamente sobre la laguna, en sus aguas; a uno y otro lado, Padilla y Laborde miran con sus catalejos los movimientos mutuos de cada embarcación rival; y en lo conspicuo los veleros Vomiton y Las Lomas, al este y oeste respectivamente, Manrique y Morales parecen desafiarse mientras esperan los resultados de sus parciales, como si quisieran medir sus espadas y decidir en el aire la titánica contienda. Ha llegado el 24 de julio, aquel en que el Libertador Simón Bolívar cumplía cuarenta años de haber venido a este mundo para redimirlo; cuál mejor ocasión y forma de celebrar su natalicio que con un triunfo de la libertad, la misma que con el tricolor mirandino iba él ascendiendo, de victoria en victoria, por Ecuador y Perú, y que le permitiría marchar adelante hasta ver su ideal culminado en Ayacucho y extasiarse sublimado en su sueño sobre el Chimborazo.

El dicho aquel de la heroína altagraciana Ana María Campos, en una tertulia familiar, había tomado conciencia colectiva y convertido en refrán, en semejante grado que, cuando el general Morales, montado sobre su corcel contemplaba las acciones en que los suyos cedían y se tiraban al agua, la fuerza lapidaria de dicha expresión grabada en su mente lo condenaba de modo inexorable: “Si no capitula, monda”. Por lo que, después, le mandó a dar cincuenta azotes montada en un burro, el 28 de julio.

Pero dejemos, otra vez, al secretario de la escuadra Gran Colombia, Baldomero Salgado, para que con toda objetividad él mismo nos narre lo que sucedió en el desarrollo de esta contienda.

Día 24 de julio: Los buques enemigos permanecían en el mismo lugar y el viento estaba al este al amanecer.

Apenas permitían las claras del día distinguir los colores de las banderas, se llamó a los Comandantes de los buques y el señor General, con motivo de lo ocurrido el día de ayer, dispuso que el Comandante de la Espartana, Capitán de Fragata Jaime Bluck, quedase a bordo del bergantín Independiente, colocando en su lugar a su segundo, el señor Mory R. Mankin, y en el lugar de este al señor Stug; ordenando al mismo tiempo que el Capitán de la Leona pasase al Marte, nombrando en su lugar también a su segundo, el señor Juan Mc Kam; reemplazando el hueco que este dejaba con Jaime Stuart, Oficial de la Espartana, destinando este último buque al aspirante Santiago Moreno, para que se entendiese con las señales.

A las dos y veinte se hizo la señal de dar a la vela; a las dos y veintiocho la de formar línea de frente para atacar al mismo tiempo los buques enemigos que, observando todos nuestros movimientos se acoderaron. Algunos de los nuestros se atrasaban, o no ocupaban los lugares tan pronto, era necesario asegurarlos; todos ardían por concluir con los enemigos, pero como el Marte estaba situado a barlovento y el Independiente, buque muy velero a sotavento, fuimos proporcionando el andar de este, de modo que quedase y siguiese perfectamente nuestra línea para lograr bien el plan que nos habíamos propuesto, sin que por esto se dejasen hacer las señas que fuesen menester, para cada uno de los que se desviaban de su lugar.

A las tres y diecisiete se hizo la señal de abordar al enemigo y se dejó izada la bandera, no obstante haber sido contestada por todos los buques, para manifestarles que ninguna otra cosa nos restaba hacer. Formados como queda dicho, nos dirigimos con el mayor denuedo, sobre los enemigos, de un modo el más hermoso.

Ningún buque salió de su posición y todos iban sobre alguno de los enemigos. A las tres y cuarenta y cinco empezaron estos el fuego del cañón y al muy poco rato el de fusil, pero del modo más vivo y sin interrupción; más, la escuadra de Colombia, acostumbrada a ver con desprecio sus fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de lugar ninguno de los nuestros, y sin hacerles un tiro de pistola, hasta que estando a toca penoles, se rompió por nuestra parte el fuego de cañón y fusilería, sin que se pueda decir qué fue primero, si abordar o batirlos.

El bergantín Independiente abordó y rindió al San Carlos; el Confianza abordó valerosamente a una goleta. A la de tres palos Emprendedora se le rindió al bergantín goleta Esperanza, pero voló inmediatamente dejando a este, el Marte y a todos los demás cubiertos de humo, sin que pueda decirse en rigor la conducta que observaron en aquellos momentos los demás buques...

Los enemigos se vieron en la circunstancia más angustiada. Del bergantín San Carlos se arrojó al agua la mayor parte de su tripulación. La del bergantín goleta fue por los elementos (*sic*); la de los otros buques tuvieron la misma suerte que la del San Carlos; y el mar se veía cubierto de cadáveres y de hombres nadando; un cuadro, la verdad bien espantoso.

En medio del fuego y perdida la esperanza de salvarse al ancla, picaron los cables y trataron de hacerse a la vela; pero les fue en vano en la humedad, pues que once buques de los mayores fueron hechos prisioneros.

La goleta Antonia Manuela tuvo la desgracia de que, aprovechándose los enemigos por su proximidad a ellos, los atacaron y abordaron, no perdonando persona alguna que encontraron, ni aun los heridos ni muchachos de cámara; pero habiendo seguido en su auxilio la goleta Leona y un buque armado del Independiente, aquella con sus fuegos protegió a este, que lo recuperó inmediatamente.

Tres goletas escaparon únicamente; las dos que estaban a vanguardia y la Especuladora, que acercándose cuanto pudieron a tierra huyeron para Maracaibo, junto con la Guaireña, Atrevida, Maracaibera y flotilla de piraguas y faluchos armados, pero hechos pedazos y con muy poca gente. El bergantín Independiente hizo un fuego horroroso sobre todas éstas. El Marte sobre la Especuladora y sutiles, que causaron daños de consideración por un lado y por el otro marinaban las rendidas; algunas por rendirse cedieron a la bravía e intrepidez de sus Comandantes, dirigidos por su Comandante Walterio D' Chity Capitán de Fragata de la Armada Nacional de Colombia.

Y termina diciendo el secretario de la escuadra, oficial Salgado:

En esta gloriosa y memorable acción, hemos tenido la pérdida de 8 Oficiales y 36 individuos de tripulación y tropas muertos, y 14 de los primeros y 105 de los segundos heridos y un Oficial contuso; al paso que al enemigo le ha costado la derrota de más de 800 entre unos y otros, habiendo quedado además en nuestro poder, 69 entre soldados y marinos, 8 de aquellos y 10 de estos heridos.

Llegadas las primeras sombras de la noche, aún a la vista de miles de testigos que a lo largo del litoral maracaibero aguardaban tan interesante resultado; disipado el humo de los cañones y del estallido del Esperanza, cuyo capitán Federico hizo volar su Santa Bárbara o depósito de pólvora, convirtiéndose en otro Ricaurte, aunque realista, el tricolor de la patria flameaba en la brisa de los masteleros de cada una de las naves de la flota de la Gran Colombia, como símbolo inequívoco y sagrado del triunfo de la libertad e independencia. Maracaibo vibraba de júbilo y con la velocidad y placidez de las brisas de su majestuoso lago, por todas partes corrió la fausta nueva de la más resonante victoria final: la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, con la que Manrique y Padilla culminaron la costosa y heroica campaña sobre el Zulia, iniciada por los patriotas desde que se supo que en aquel aciago 7 de septiembre de 1822, Maracaibo y su provincia habían caído en poder de los realistas.

En las principales ciudades de América hubo fiestas y manifestaciones de complacencia para celebrar esta batalla, dada frente a Maracaibo por las fuerzas navales de la Gran Colombia, comandadas por el general Padilla y de las de España por el capitán de navío Ángel Laborde, en la que gracias al valor, pericia e inspiración en los más elevados ideales del hombre, la victoria fue de los americanos una vez más.

Quedaba cerrado así un capítulo de la guerra, producto de la tozudez y del morbo sangriento del terrible general Francisco Tomás Morales, que con su aventura bélica llegó a poner en grave peligro la existencia de la Gran República, ahora integrada a ella también Ecuador desde 1822, después de iniciarse esta campaña. El Libertador Simón Bolívar, sin tan grande preocupación podría continuar su marcha hacia el sur. Venezuela, Nueva Granada y Ecuador recuperaban su seguridad y paz, persuadidas de ser definitivamente libres, constituyendo la Gran Colombia de aquí en adelante, independiente de la Corona española para siempre.

La importancia de la Batalla Naval de Maracaibo, que tuvo como consecuencia inmediata la capitulación del Gral. Francisco Tomás Morales, en su carácter de último Capitán General y jefe del ejército español en costa firme, el día 3 de agosto de 1823, no ofrece la menor duda y sus alcances deben estudiarse y juzgarse en correlación con la de Carabobo, puesto que los acontecimientos después de esta, tomaron un ritmo y dirección inesperados.

Lo que hubiera sobrevenido en caso de que, en vez de Manrique y Padilla hubieran salido victoriosos Morales y Laborde; el mismo Libertador lo profetizaba en su carta al vicepresidente Santander, ya referida: “Espérellos Ud. en Bogotá”. De manera que quien esto afirmaba, hubiera tenido que regresar, como en efecto ya había empezado a hacerlo con el Gral. Valdez, cuando supo que Morales cruzaba el río Zulia y llegaba a Pamplona. O a lo mejor, su genio hubiera concebido terminar en su campaña sobre Perú, triunfar como lo aseguró al Gral. Mosquera en medio de intensa fiebre en Pativilca, para, cargado de trofeos y guirnaldas de gloria, acompañado de los hijos del Sol, volver a libertar a la Nueva Granada y a

su propia tierra natal. Porque Simón Bolívar, el semidiós de América, era capaz de eso y de mucho más.

Pero las cosas no sucedieron como primero se ha dicho; en las mismas orillas donde nació el nombre de Venezuela y tuvo lugar el primer gran encuentro guerrero entre europeos y aborígenes en tierra firme, al producirse el descubrimiento del lago por don Alonso de Ojeda y Américo Vespucio, el 24 de agosto de 1499. 324 años después, la escuadra española comandada por el capitán de navío Ángel Laborde, era batida, abordada y hundida por la flota patriota, comandada por quien el pueblo maracaibero empezó a llamar de una vez. El almirante José Prudencio Padilla, haciendo doblemente glorioso el 24 de julio, porque un día como ese había nacido el Libertador y en ese día la patria quedaba para siempre redimida en la inmortal Batalla Naval del Lago de Maracaibo. Dios salve en sus faustos de gloria esta fecha magna de heroísmo ejemplar y que ilumina el derrotero hacia el grandioso destino de nuestra amada Venezuela y América.

Vinicio Nava Urribarrí

**NOTAS SOBRE LA BATALLA NAVAL DEL LAGO
MARACAIBO DEL 24 DE JULIO DE 1823
RELECTURAS EPISÓDICAS Y SISTÉMICAS
DE UN PROCESO CRUCIAL EN LA INDEPENDENCIA**

... la guerra del Norte se ha acabado con la capitulación de Morales...

Simón Bolívar, en carta a Sucre,
Trujillo, Perú, 22 de diciembre de 1823

Introito desde el nivel del mar

Escudriñar entre líneas la historia oficial. Hurgar en los baúles de los pueblos las verdades que nos fueron negadas. La historia se vive. Se hace. Se proyecta. Se investiga. Se escribe. Se relee. Se reinterpreta. Se subvierte.

O se ignora. Se deja pasar desapercibida. Se esconde. Se niega. Se deshace. Se manipula. Se tergiversa. Se asesina. Hasta se desconoce su existencia. Y estamos en el ojo de ese huracán que todo lo arrasa sin sabernos siquiera instrumento de su incesante gestación.

Hay historia en lo grandilocuente. Lo epopéyico. Lo noticioso. Lo notable. Pero la historia también está en lo discreto. Lo local. Lo oculto. Hay mucha historia que quedó atrapada en los secretos de alcobas y despachos. En los caminos de arena y piedras anduvo la historia, como fluye etérea en las redes tecnológicas, navega el firmamento invadido de satélites artificiales y acomete vertiginosa en el microscópico mundo de la nanotecnología.

En la cotidianidad se tejen muchas historias. Los continentes encierran grandes sucesos históricos. Y hay eventos minúsculos en lugares modestos que desatan la historia. Los pueblos son la historia. La hacen, la padecen, y le cambian el rumbo.

Las artes andan –y desandan– en la historia. Los mitos invaden la historia. Las guerras de invasión se roban la historia. Las de liberación quieren terminar las guerras. La opresión y el afán de poder han provocado los capítulos más terribles de la historia. Los ideales igualitarios han orientado los cambios históricos a sociedades más justas y progresistas.

La humanidad no es homogénea. Sigue siendo utópico hablar de “humanidad”. Los imperios belicosos y avaros surgidos hace seiscientos años en Europa al influjo del mercantilismo y el monoteísmo eurocentrista, mortificaron a los demás

pueblos del mundo para enriquecimiento de sus parasitarias monarquías y clases privilegiadas. Ellos impusieron la versión de historia del vencedor como dogma alienante para eternizar su hegemonía. Las conquistas y el sometimiento destruyeron culturas y vidas por todo lo ancho y largo del planeta. Nuestras historias son una antología de genocidios y saqueos. También de resistencias heroicas y gestas sorprendentes. Tal es el caso venezolano.

El esfuerzo por la memoria colectiva del pueblo bolivariano no es por adicción al pasado, es por el futuro de las nuevas generaciones, para que siempre sepan y recuerden de dónde vienen. Y, qué es el presente en términos históricos, sino un breve tránsito del pasado de los pueblos hacia el futuro que seamos capaces de construir. Esta labor cotidiana de estudiar, investigar, producir conocimiento y compartirlo, es misión militante que busca contribuir a la formación del pueblo trabajador para la defensa de sus genuinos intereses de clase y de patria, en lo material y en los más elevados niveles del espíritu.

En términos más sencillos, comenzamos el ejercicio de mirar el pasado histórico al cuestionarnos: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? Las respuestas a esas preguntas nos conducirán a una espiral de búsquedas laberíntica, por aprehender e interpretar los contenidos, a veces nebulosos, otras, marmóreos, de eso que se ha dado en llamar Historia, que es la memoria colectiva del devenir de la humanidad.

Como dijera César Rengifo, la tarea del historiador comprometido social y éticamente con las causas de los pueblos, es una ruta “llena de peligros, tentaciones oscuras, sordas acritudes y dolorosas frustraciones”.

El culto a la colonialidad y su engendro el neocolonialismo, invisibilizan nuestra historia ante las multitudes desvalidas de épica. Se niega a los pueblos el conocimiento de su gesta nacional para que no vibren de estima por la pertenencia a un colectivo telúrico.

Durante siglos se conspiró meticulosamente desde las elites dominantes para dejarnos sin historia, sin “lo más sólido y sustantivo” de nuestro pasado. Para dominarnos a través de la cultura de la sumisión y la apatía, nos negaron nuestro ancestro heroico. Borraron nuestra memoria común, porque en ella habita la épica más hermosa. Nos quitaron primero la tradición oral de nuestros ancestros, los pueblos originarios; para luego arrebatarnos también la narrativa de las proezas continentales que hicieron nuestros bisabuelos descalzos y sin camisa.

Se nos niega nuestra gloria popular, superponiendo en primacía lo foráneo, lo que vino con la invasión eurocéntrica: “que la gloria del antiguo conquistador abone para la exaltación del conquistador nuevo y que se pueblen nuestras calles y avenidas con sus sonoros y exóticos nombres”, cuestionamos a dúo con Rengifo.

Poblaron los resquicios del inconsciente social con protagonismos aristocráticos: solo lo fastuoso es patrimonial, solo la burguesía es digna de biografías y

genealogías. Se rebusca un solo gen europeo para tener “identidad”. Nadie quiere ver su origen “indio” o africano.

El imperialismo requiere despojar al humano de su patria, para convertirla en insumos de la insaciable máquina del capital. Tener patria soberana se ha convertido en un derecho humano primordial: de ello depende el derecho a luchar por todos los demás.

Pero la Historia ni se comprende ni se hace reduciéndola a un listado de efemérides, con reseñas institucionales más o menos repetitivas y aburridas.

¡Oh, tiempo Bicentenario! ¡Cuánta espera por tu llegada! ¡Qué pronto se irá tu fama!

La patria se forja en las pequeñas heroicidades cotidianas. “Solo el pueblo salva al pueblo”, se decía en Solentiname a inicios de los 70. El pueblo bolivariano es la reserva moral, la fortaleza de nuestra soberanía. Se lanzó a las calles a salvar a Chávez el 13 de abril de 2002. Aguantó estoico el “paro petrolero”, las “guarimbas”, la perversión “cadivista”, las incursiones paramilitares, el intento magnicida, la guerra multiforme imperialista disfrazada de “sanciones”, el “bachaquerismo”, el linchamiento contra la venezolanidad, y otras manifestaciones del odio que se recicla y muta para perpetuarse.

Luchamos a diario contra todas las adversidades. Las materiales y las anímicas. Hemos visto surgir las esperanzas, aferrándonos al ícono que las inspiraba y hemos constatado que la avaricia lleva a la traición, y ambas al desencanto y la ruina espiritual de sus perpetradores. Presenciamos –y combatimos– las arremetidas de poderosos enemigos. Padecemos las penurias del sabotaje imperialista y la merma de las arcas comunes –antes ostentosas, luego anémicas– por acción de traidores corrompidos.

“No hay enemigo pequeño, ni fuerza desdeñable”, nos decía Ernesto Guevara a inicios de los 60. El liderazgo opositor se arrastra al imperialismo. Reniega de su patria. Se coaliga con piratas para robarnos y maldecirnos. Es torpe por arrogante, e inepto por flojo. No por ello se debe subestimar. A la orden de su patrón pueden reagruparse y atacar.

El heroísmo venezolano conmemora el ciclo bicentenario que visualizó Hugo Chávez. Bicentenario del bolivarianismo como doctrina de la emancipación. Tiempos pandémicos y críticos nos ha tocado asumir junto a Nicolás. Y aquí estamos. El pueblo trabajador sigue cargando en sus lomos el peso de la Historia, alimentado con las misteriosas energías que nos vienen de esa misma Historia. En ella nos amamantamos y por ella damos la vida. República, democracia y socialismo solo son posibles entre iguales. Élite y privilegiados impiden la “igualdad establecida y practicada” que invocó el Libertador.

La patria es la Historia: un amor difícil, sublime y sacrificado, vivificante e irrenunciabile. Pero, ¿qué es la patria? ¿Hasta dónde llega su exhalación? ¿Habita ella

en nos, o solo existe en el preciso instante de los latidos? Lo digo mirando el mapa completo con el Esequibo y el país azul; con el archipiélago de soledades asoleadas siempre acariciadas por los nordestes; con la antología de aromas vegetales que van del ají conuquero a las orquídeas selváticas; con las arepas que se hacen con erepa en el aripo; las que de niño comió Bolívar en Capaya y con su ejército de pueblos en Boyacá y Carabobo; los cazabes secos de la yuca mandioca caribe amazónica arahuaca; los sancochos danzas de aguas y tubérculos, verduras y aliños; los variopintos frijoles que engranan como mazorca un continente de hermanas.

Los seductores perfumes del cacao maracaibero en el chocolate nahual. El alucinante elixir de la penca pecayera prima sanguínea del tequila mexicano. La patria se lleva en el alma como si el aire que inhalamos al nacer nos siguiera a todos lados en el espíritu mismo de nuestras madres. Siempre seremos críos amamantados en su existencia mítica. Porque la patria se siente en la distancia como una raíz etérea que nos sostiene; como un ombligo onírico por donde fluyen los sueños más vívidos. Entonces concluyo que la patria es mucho más que un mapa...

¿Tiene la patria sonidos en su vientre de muchedumbres? ¿Se logran escuchar los arein añú, los ademi yekuanas, el arrullo pemón? ¿Están en nuestra piel las marcas del tiempo oral? ¿Se sienten los gemidos en la sentina del barco donde traen encadenada la africanidad?

Cuando Miranda fue a Rusia por Crimea, Moscú, San Petersburgo, y conoció a Catalina II en Kiev llevaba a la patria tatuada en el cuerpo cual heridas de guerra. Cuando Bolívar deliró en el Chimborazo no bebió más estimulante que la gloria de “redondear Colombia” en el abrazo rebelde de Manuela Sáenz. La patria estuvo allí donde se desbordaron ríos de genialidad libertaria. El llamado de carrizos y maracas puso en levitación chamánica la épica infinita. Sonaron tambores palpitantes como volcanes en contagiosa erupción. Faltaron días al calendario y sitios a la geografía para apuntar tantas proezas.

La incesante poesía se hace canto de una fuente maravillosa inagotable. La patria es un cosmos poblado de canciones y ritmos multicolores. Donde se oye un joropo está la patria llana criolla y legendaria. Donde suena una gaita va la patria alegre que ama y lucha. Donde polos y galerones, calipsos y estribillos, fulías y merengues nos anuncian amaneceres. Donde golpes y tamunangues nos descubren seres de esencias musicales. Donde siempre un cuatro como guitarra emblema lo inunda todo de patria. Entonces comprendemos que estamos hechos de arepa con ánimo de tiple cambur pintón.

¿Se hace la patria con sudores y dolores, o ella es un don inmerecido? La patria solo existe en el amor concreto que estamos dispuestos a darle. ¿Nació acaso de los traidores que asaltaron el poder tras la independencia? ¿O cuando los pueblos originarios enfrentaron primera vez la invasión colonial? ¿Fuimos república soñada el 5 de julio de 1811 y parida en Angostura en diciembre de 1819? ¿Acaso no fue

en Carabobo que Bolívar la dio por nacida? Y todavía hubo que salvarla en el lago de Maracaibo de un terrible mal en julio de 1823.

La patria es hija del parto doloroso de la historia que nuestro Pueblo escribió con sangre, con ríos de tinta sangre sobre la misma tierra. Sí, como lo han oído, con un poco de Jaramillo y bastante de Gallegos. La patria son los hijos infinitos de Andrés Bello hechos “hombres” en el cajón del limpiabotas Alí Primera, criados por esa madre de Nazoa en un pueblito de recuerdos.

La patria es un conclave de heroínas inmortales que nombro para bendecirme: la patria Luisa Cáceres, Juana Ramírez, Josefa Camejo, Ana María Campos, Domitila Flores, Josefita Machado, Mercedes Alaña...

También la patria Micaela Bastidas Puyucahua, Bartolina Sisa, Juana Azurduy, Policarpa Salavarrieta, Manuelita Sáenz, Mariana Grajales. Toda la patria irreverente como un poema de María Calcaño. Patrias en plural y en femenino porque la patria nueva y buena tiene que llenarse las entrañas de inclusión y diversidad justiciera. Patria grande le decimos a la Abya Yala guna, nuestra Mmogor añú.

¿Es la patria botín de los asesinos de Sucre? ¿O es Sucre la patria asesinada? ¿La patria es hija de la intriga oligarca de la Cusiata o en ese capítulo tenebroso hubo un secuestro precedente de los ejecutados por las dictaduras de la Operación Cóndor? ¡Vengan madres de las plazas a reclamar la niña patria de Bolívar!

La patria no es la que cree la élite esclavista que se lucró hasta de la abolición. No lo es la que invisibilizó a nuestros ancestros legítimos dueños del territorio. La patria no es el petróleo en el subsuelo ni el oro en las minas. La patria no se puede plasmar en una cédula o un pasaporte. Su inmensidad es inasible a las cosas perecederas y fatuas. La familia trabajadora que cultiva valores de dignidad es la Patria. Escudo, bandera, himno, encarnan simbólicas pertenencias colectivas. Sólo vivirlas con hondo amor las convierte en patria.

Se piensa, se siente, se añora, se defiende, se vive y se muere por ella. La patria es un ente transmaterial inconmensurable. Es la luz interior que nos impulsa a dar la mejor energía por su destino. Entonces la patria no es el mapa, ni los símbolos, ni los recuerdos del terruño. Serían objetos inanimados o anécdotas de traspaso sin la entrega existencial. La patria anda en la idea que tenemos de ella pero quiere más de sus retoños.

La Patria es la pasión que ofrendamos por sostener el derecho a tenerla.

1

Los pueblos que pierden conexión con su ancestralidad son presa fácil de intereses foráneos; perderán el sentido de pertenencia a una estirpe que llevó a cabo la épica más trascendental de este continente y una de las más importantes en toda la humanidad. Los imperialismos encontrarán mentes desprevenidas a las cuales domesticar, como nueva esclavitud sutil por los mecanismos sofisticados de la

sumisión. La mayor riqueza de Venezuela y los pueblos de nuestra Abya Yala es nuestra historia rebelde (como la llamó Augusto César Sandino); cada día que pasa sin valorarla, sin reinterpretarla, sin enseñarla a nuestra infancia y juventudes, es un crimen de lesa patria. La memoria histórica es la sangre de la conciencia de los pueblos que resistimos el colonialismo de siglos pasados y continuamos en lucha contra las nuevas formas de sojuzgamiento, el neocolonialismo y la recolonización global neoliberal. La formación de las actuales generaciones en los valores de nuestra gesta emancipadora, es el arma cultural más eficaz para impedir el avance del individualismo capitalista y las agresiones contra las soberanías nacionales-populares por parte del imperialismo eurocéntrico-estadounidense.

2

La llamada “historia universal” –y la poca “historia de Venezuela”– que nos dictaron en cualquiera de los niveles del sistema educativo, no enseñaba nuestra historia. No solo porque la información contenida en los programas era ínfima, sino porque el enfoque desde el cual se nos mostraban los hechos, era absolutamente alienante: un culto fanático por el colonialismo, un sesgo racista negador de lo originario, una predilección clasista por los señoríos y las oligarquías, una visión machista patriarcal, una adicción por lo episódico individualista en detrimento de los procesos populares de liberación.

El eurocentrismo cultural y racial se apropió del mundo –y del universo– a través del conocimiento occidentalizado por su maquinaria ideológica y militar. Por eso para reinterpretar la historia de la humanidad, así como hubo que guerrear contra el colonialismo político, necesariamente tenemos que rebelarnos contra la versión que nos impusieron para que se reprodujera eternamente la sumisión espiritual de los pueblos oprimidos por el supremacismo europeo y sus engendros norteamericanos, sionistas, otanistas...

Irreverentes a esas “invisibles” cadenas intelectuales, nos atrevemos a rebatir sus elaboraciones teóricas (mitos enajenantes), con las que pretenden establecer una única narrativa aceptable en la cátedra imperialista global.

3

La guerra de independencia de Nuestra América bien pudiera considerarse como la verdadera Primera Guerra Mundial. Desde México, con sus límites originales en los territorios usurpados por los yanquis, hasta la Patagonia, las ansias de libertad chocaron contra el imperio hispano, el más poderoso de la Tierra, que además contaba con el aval de los reinos vinculados al Vaticano y de los propios Estados Unidos, que so pretexto de una fingida neutralidad, apoyó a España enviando diversos suministros (incluidos pertrechos militares) y con sus devaneos diplo-

máticos; pero más aún, las “bestias rubias”, como las llamara Sandino, conspiraron tenazmente contra el proyecto bolivariano, desde que se percataron que era una alternativa de soberanía e igualdades para todo el continente y el archipiélago caribeño.

Esta confrontación ocurrió en un territorio que quintuplica el de los países imperialistas involucrados en la “Gran Guerra”, un siglo antes que esta, y abarcó un escenario tan extenso, que llegó a registrar sucesivas operaciones militares en los océanos Atlántico y Pacífico.

Nuestra guerra de independencia tuvo carácter internacional; hasta el suceso más diminuto en la localidad más apartada y modesta, tenía implicaciones en el devenir de un proceso complejísimo que debía desembocar en el desmoronamiento del imperio hispano, con el nacimiento de un conjunto de repúblicas (fin del sistema monárquico) en nuestra Abya Yala –como le llamamos gracias a los hermanos gunas– y las implicaciones geopolíticas, culturales y económicas globales desde Europa hasta colonias como Filipinas, y la propia África, en la medida que se fueron aboliendo en los países recién constituidos las prácticas esclavistas impuestas –y defendidas– por los imperios bíblicos europeos y norteamericanos.

Reforcemos esta idea de “guerra mundial” con un aporte del historiador y oficial de la Armada Nacional Bolivariana, José Gregorio Maita Ruiz, al referir que

se llevó a cabo en el Mar Caribe y el Océano Atlántico una guerra marítima bastante intensa entre España de un lado, y México y Colombia del otro. Este Teatro de Guerra se extendió –como mínimo– desde Cayo Hueso en la Florida al norte, hasta las costas de Colombia al sur, y desde la costa mediterránea de España al este, hasta Veracruz al oeste. Esta guerra marítima se peleó desde 1823 hasta por lo menos 1828, por lo que sería la fase más larga y extendida geográficamente –también la menos estudiada– de las guerras de independencia hispanoamericanas.

4

Agregar que la oportunista Inglaterra aprovechó al máximo el debilitamiento de España y la insipiente de las nuevas repúblicas, para estirar sus tentáculos y ocupar territorios que legítimamente pertenecían a los nuevos estados que alcanzaron su independencia tras una cruenta y costosa guerra. Su operación expansionista llegó hasta allí donde llegaban sus barcos artillados en pos de sus intereses agiotistas.

Por su parte, Estados Unidos, que ese año 1823 seguía comerciando suministros para las fuerzas realistas, una vez ganada por los patriotas la Batalla Naval en el estuario maracaibero, que hizo capitular al último gobernador colonial en este país (con el Libertador Bolívar triunfante en las sabanas de Ibarra sellando así la liberación definitiva de Quito, que le permitió realizar la campaña del Perú), se decidió a lanzar su doctrina de estado conocida con el apellido del entonces pre-

sidente James Monroe. El mensaje de Monroe, en apariencia dirigido a Europa, realmente iba de carambola contra las naciones que componían el continente americano (archipiélago Caribe incluido), al que los descendientes anglosajones del norte consideraban su “patio trasero”.

5

La Batalla Naval ocurrida el 24 de julio de 1823 en las aguas intermedias del estuario de Maracaibo entre la armada patriota y la realista, es uno de esos hitos en la inmensa gesta de los pueblos sojuzgados que lucharon por su liberación. El triunfo revolucionario en ese glorioso día, resultado de una campaña que comenzó al día siguiente de la Batalla de Carabobo, dos años atrás, significó la expulsión del último gobernante español del actual territorio de Venezuela, es decir, de la antigua República de Colombia –la original–, y la destrucción del poder marítimo de España en nuestras costas; estas consecuencias directas de la victoria patriótica, resultaron en la posibilidad cierta de que el Libertador pudiese avanzar al auxilio del Perú y el Alto Perú, sin esa preocupación que anclaba su compromiso como presidente y jefe de las armas de la República.

Ese 24 de julio Bolívar cumplió sus 40 años.

6

Coincidimos con las definiciones aportadas desde la ciencia biológica que conciben al conocido “lago de Maracaibo” como un estuario; más aún como una cuenca hidrográfica con tres cuerpos de agua, en cuyo seno vienen a desembocar aproximadamente ciento treinta y dos ríos y caños. Por tanto, no obedece al criterio simple de un espacio de agua rodeado de tierra, como si se tratara de un circuito cerrado, es más bien un sistema complejo de interacciones acuáticas, donde la multiplicidad de fuentes es lo más común al paisaje mayúsculo del fenómeno hídrico.

Diversos expertos plantean que el estuario se compone de tres cuerpos de agua diferentes: el golfo de Venezuela encajonado por las penínsulas de Guajira y Paraguaná, la bahía del Tablazo con fachada en la orilla nororiental desde Punta de Palmas, que se une con la de Urubá (o delta del río Limón frente al Moján), y el lago Maracaibo propiamente dicho, que es la bolsa interior donde descargan más del 90% de los ríos involucrados, el más importante de los cuales es el Catatumbo, que inyecta el 60% del agua dulce a la Tinaja del Sol (significado de Maracaibo en el idioma del pueblo originario añú descifrado por este servidor hace pocos años).

La denominada Barra de Maracaibo es el estrecho espacio marino donde encontramos islas arenosas como Zapara y bajas profundidades que son el vaso comunicante de las bahías de Urubá (frente al Moján) y El Tablazo con el golfo

de Venezuela. El canal de acceso que forzaron las naves patriotas el 8 de mayo de 1823, estaba custodiado por la fortaleza de San Carlos y el fortín de Zapara, siendo la única vía para acceder al interior del lago Maracaibo.

7

A la unión entre el golfo de Venezuela y la bahía de El Tablazo fue que llegó el 24 de agosto de 1499 la expedición invasora de Alonso de Ojeda, Américo Vespucio y Juan de la Cosa. En las islas de ese estrecho vieron las casas palafíticas a las que se acercaron en sus botes más pequeños, puesto que no veían la forma de seguir adelante, ya que las embarcaciones mayores no podían ingresar sin un conocedor de los bajos de arena que resguardaban al estuario de la excesiva penetración marina. Las cartas de Vespucio narran el encuentro armado que se produjo entre ellos y los nacionales (añú) que les atacaron con sus flechas; también relata el extranjero cómo dispararon algunas de sus ruidosas armas y nos hicieron probar “el filo de sus fierros”, mientras robaban algodón “finísimo” y palo de brasil que habían abundantemente en las casas sobre el agua.

Según los cronistas de entonces, las naves siguieron rumbo noroeste bordeando la península Guajira, que los invasores confundieron con una isla más de las que ellos llamaban “las Indias”. Cuando habían pasado un poco más allá del cabo de la Vela, retornaron a Santo Domingo, al puerto de Yaquimo, para carenar las embarcaciones: era el 5 de septiembre de 1499.

Ningún marino ha podido confirmar que aquellas naos y carabelas pudiesen entrar al lago sin un práctico que conociera el estrecho, y menos aún, en tan corto tiempo navegar al Maracaibo y tornar a La Española. Es definitivamente imposible que Ojeda haya conocido el lago Maracaibo. Pero la historia pendeja que nos impusieron lo designó “descubridor”, sin que hasta hoy se pudiera arrancar este dardo envenenado del alma de los colonizados. Nada importa que la presencia humana en la región tuviese diez mil o catorce mil años de antigüedad, y que la vieja nación arahuaca nos dejara como “legítimos dueños” (*Carta de Jamaica*) de estos territorios a sus descendientes añú. Para la historiografía burguesa dependiente, los “indios” no “descubrimos” nada, indistintamente que los propios invasores digan que cuando llegaron, ya estábamos aquí.

Y si alguna duda quedara de la falsedad del “descubrimiento” de Ojeda, verifiquemos que más nunca regresó por acá, y su obsesión fue pedir la “isla de Coquibacoa” (península Guajira) para una gobernación efímera que en su segundo viaje intentó instalar con el nombre de Santa Cruz, en arenas pedregosas, sin agua dulce, ni alimentos vernáculos de qué servirse.

Preguntémonos, ¿conociendo estos datos alguien puede creer aún que el tal Ojeda “descubrió” el espectacular estuario maracaibero, con agua dulce para darle

de beber a toda España, pesca fácil, venados y otras exquisitas presas de caza por miles, y frutas todas las que puedan dar las tierras del trópico?

Sólo una dogmática y engeguedada visión eurocéntrica, racista, supremacista y tendenciosa, pudo concebir la fabulosa leyenda de los “descubrimientos” y “fundaciones” atribuidas a los invasores por creerlos superiores a la humanidad originaria que pobló ancestralmente estos territorios, y que son nuestras raíces más profundas.

8

Precisamente combatiendo a aquellos primeros invasores, libraron los originarios añú de la Tinaja del Sol (Maracaibo) una resistencia que duró más de un siglo, si tomamos en cuenta que todavía en 1607 tuvieron que traer un ejército desde Trujillo para vencer la guerrilla lacustre del cacique Nigale. En el ínterin, para 1528, la corte de Carlos V con las experiencias acumuladas, sus dibujantes y cartógrafos flamencos y las alianzas con agiotistas y mercaderes germánicos, indagaban con celo extremo el llamado “secreto del Maracaibo”, teoría que suponía una cercanía mínima con los Mares del Sur (océano Pacífico).

A esa búsqueda enviaron como gobernador de Venezuela al agente de los Welser Ambrosio Alfinger, quien llegó al lago el 8 de septiembre de 1529 andando desde Coro por la orilla hasta la costa oriental del Maracaibo. Nótese que esta vez no hubo incursión marítima por el golfo de Venezuela, sino que con unas embarcaciones menores se echaron a explorar la bahía de El Tablazo y el delta del río Limón, antes Macomite según el idioma de los nativos originarios, por donde entraron no sin recibir ataques de los nuestros en sus canoas desde los tres poblados que se hallaban a la boca del río.

Desde entonces tuvimos batallas navales en nuestro lago Tinaja del Sol. A este Alfinger la historia pendeja lo llamó “fundador” de Maracaibo, cuando apenas pasó siete meses y veintitrés días tanteando la zona, robando y asesinando.

Por la misma vía que vino se regresó a Coro y Santo Domingo, y volvió en 1531 para adentrarse el 1º de septiembre al río Limón hasta las nacientes saltando al Valle de Upar, donde inició un recorrido belicoso con su ejército quemando pueblos, asesinando comunidades enteras, saqueando toda riqueza a su paso por las laderas occidentales de Perijá, hasta que lo flecharon los guerreros barí en la región surlaguense del Catatumbo muriendo aquel monstruo el 31 de mayo de 1533. La base militar que dejó en la orilla occidental del lago (“cerca de una ranchería de indios llamada Maracaibo”), fue destruida por los patriotas añú.

Algún cronista contemporáneo de estos que repiten como loros la narrativa de los colonialistas, se atrevió a afirmar públicamente –con esa mueca de cinismo que los racistas usan como sinónimo de desprecio– que “los indios no fundaban ciudades”. Uno siente pena ajena de solo pensar en los que fundaron Macchu

Picchu, Cuzco, Tenochtitlán, Chichén Itzá, esas monumentales “rancherías de indios”.

9

En 1569 los españoles intentaron apoderarse del estuario maracaibero con el capitán Alonso Pacheco a la cabeza. El pueblo añú no cejó en la defensa heroica de su soberanía, enfrentando al poder monárquico con sus precarias armas y su estrategia más intuitiva y experimental que la de un enemigo que tenía claridad geopolítica del valor de la pista de navegación para sus negocios desde Tunja, Pamplona, Mérida, La Grita, Trujillo, Tucuyo, Barinas, que ya habían sido ocupadas y guardaban tesoros mineros y frutos preciosos que el mercado caribeño y metropolitano ansiaban.

A finales de noviembre de 1573 las familias añú desde Zapara, Toas, Moján, Paraute, moviéndose sigilosamente en muchas canoas madrugaron frente al campamento que los españoles habían levantado con el pomposo nombre de “Ciudad Rodrigo”, incendiando sus barcos y lanzando una lluvia de piedras a los dormilones invasores, flechando cuanto bípedo implume se moviera en la orilla. Sería esta la primera batalla naval en alguna bahía cercana a la actual Maracaibo. Pacheco huyó abandonando a sus compañeros de conquista, razón por la que fue sometido posteriormente al escarnio y al juicio de residencia correspondiente a la normativa hispana.

El año siguiente volvieron a invadirnos dirigidos por Pedro de Maldonado, bautizando el asentamiento como Nueva Zamora. Pero aún en 1607 nos atacaron con un ejército más conocedor de nuestras tácticas y nuestros refugios. La superioridad militar se impuso. El enemigo se enseñoreó de nuestra patria acuática. Una carta real se congratulaba por haber vencido a los “indios que impedían la navegación por la laguna”.

Por eso el oprobioso escudo de Maracaibo es de 1635 y el primer mapa-plano de 1639, porque antes los invasores europeos no pudieron establecerse en nuestra Tinaja del Sol.

Esta fue la Maracaibo ancestral originaria contra la invasión imperial, esa que la “historia oficial” nunca nos enseñó y tuvimos que buscarla escarbando con las manos entre las rocas de la oscuridad hasta sangrar con cada verdad encontrada.

10

Luego vino la Maracaibo colonial de los españoles, que pronto obtuvo fama de rica por la actividad portuaria que movía hacia México, Cuba, demás islas y España, cargas valiosas de “indios” esclavizados, oro, cacao, algodón, palo brasil, y otras mercancías como sal, carnes, cueros. Surgió la fase pirática protagonizada por

ingleses, holandeses, franceses, que desde La Tortuga se lanzaban con sus temibles flotas sobre aquella Maracaibo que fue imán de las aventuras sanguinarias de William Jackson, Enrique Gerald, Henry Morgan, Jean Dei Nau “el Olonés”, y François Grammont, quien llegó hasta Gibraltar y Trujillo en su afán de conseguir los anhelados botines.

11

En esta etapa hubo otras batallas navales en el lago, y más de una de estas incursiones piráticas, pudieron forzar la Barra por la nula o escasa defensa puesta en ella; recordemos que la decisión de fortificar la entrada al lago es de 1676, cuando por Real Cédula son fusionadas las provincias de Mérida, La Grita y Maracaibo, bajo la gobernación de Jorge Madureira y Ferreira, quien, un par de años después, fijó en la ciudad puerto la sede del poder provincial.

Como podemos observar de lo dicho, hubo otras batallas navales y otras entradas forzosas por la Barra, pero no comparables con las sucedidas en 1823 entre las fuerzas revolucionarias de tierra y mar, y los últimos invasores del período colonial presentes en nuestra patria.

12

La Batalla Naval del Lago Maracaibo culmina un proceso que tuvo su primer capítulo en la Batalla de Carabobo. En esa gloriosa campaña militar, como dice el Libertador: “se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político la República de Colombia”. Esta apreciación es correcta, si tomamos en cuenta que el congreso estaba sesionando en Cúcuta dándole continuidad al parlamento de Angostura que creó Colombia el 17 de diciembre de 1819. Pero por ningún lado se expresa que esta batalla “sellara” la independencia de Venezuela, como se empeñó en afirmar la historiografía centralista al punto de convertir la frase en un cliché.

Tampoco en el inciso donde Bolívar dice “la última y más gloriosa victoria de Colombia” debe leerse la palabra “última” como definitiva o conclusiva, ya que la acepción plasmada en el texto apunta a “la más reciente”, es decir, la última de las que se venían librando. Es tan así, que el propio Libertador salió de inmediato a “redondear” Colombia con la campaña del sur que permitiría, batalla tras batalla, la liberación definitiva de la República recién arrancada de las fauces imperiales: fue sangrienta y confusa Bomboná, que permitió la victoriosa Pichincha, y se completó en Ibarra, una semana antes que la del Maracaibo.

Las batallas de Bomboná y Pichincha colocaron a Bolívar en la “Mitad del Mundo”, literalmente en el mero centro de la geopolítica del hemisferio, en un eslabón sin vuelta atrás de los acontecimientos que estaban decidiendo la recomposición político-territorial del continente.

13

El ideario bolivariano proclamado por el Libertador ante la división Urdaneta en 1814, *Para nosotros la patria es América*, se hizo doctrina de un ejército de pueblos que construyeron con su sangre la unidad telúrica que nos hermana.

Faltaba liberar Perú y el Alto Perú, porque para Simón Bolívar, mientras hubiese ejércitos enemigos en territorio americano, la batalla final no se había dado. El objetivo militar de Bolívar, como parte de su estrategia de liberación continental, era el “exterminio del único enemigo que quedaba en el corazón de la América Meridional” (Babahoyo, 1 de marzo de 1823).

Aunque, en lo político, la situación del Perú era de tal grado de descomposición, que El Libertador llegó a afirmar: “hay allí tantos partidos, tantos enredos, está aquello en tal estado de horrible anarquía, que me espanto, me horrorizo, al considerarme metido en aquellos laberintos” (carta a Santander, 30 de julio de 1823).

La entrevista con el general San Martín en Guayaquil, no había hecho sino confirmar en Bolívar lo que ya su análisis situacional le había permitido concluir: que debía asumir la acción militar directa contra las fuerzas monárquicas en Perú, porque representaban un peligro real contra la libertad de Colombia y toda la región.

Subrayemos que la concepción bolivariana del proceso independentista, consideraba la destrucción del ejército enemigo como medio para alcanzar el objetivo fundamental de la causa: emanciparnos del dominio colonial, obtener independencia y soberanía para construir repúblicas democráticas, progresistas e igualitarias.

14

Los gringos lo sabían, y cuando constataron que el Libertador iba tan en serio que ya se hallaba en Lima desde el 1º de septiembre, aceleraron sus planes de sabotaje contra el proyecto bolivariano y el lanzamiento de la doctrina Monroe.

El viaje del Libertador presidente lo discutió el senado en sesión del 20 de mayo, debatiendo el dilema de si “hacía falta antes que ocuparse del Perú, atender al peligro representado por las plazas más cercanas que estaban en conflicto, como lo eran Maracaibo y Puerto Cabello”. Al fin se aprobó el 22 y remitió el 23 a la cámara de representantes, la cual la dio por aprobada el 4 de junio y sancionada al día siguiente (Polanco Alcántara, 2004).

No es nada casual que Estados Unidos designara a William Tudor como su primer cónsul en Lima, donde arribó en marzo de 1824; su papel en la conspiración antibolivariana dirigida desde Washington llegó al fanatismo y el escándalo.

Mientras, en abril de 1823 la Santa Alianza restauraba el absolutismo a favor de Fernando VII, erigiéndose en una amenaza latente contra la independencia de las que habían sido colonias hispanas. En enero abdicaba en Chile el director supremo Bernardo O'Higgins, marchándose exiliado al Perú. El imperio establecido en México se desmoronaba dando paso a los movimientos independentistas centro-americanos. En Cuba se hallaba en su apogeo la conspiración Rayos y Soles de Bolívar. Tal es el entorno geopolítico que ronda las condiciones en que se libra la Batalla Naval de Maracaibo el 24 de julio de aquel año.

En abril el ejército francés, formado por 60.000 hombres al mando del duque de Angulema invadió las provincias vascas por los Pirineos, y el mariscal Moncey, con 30.000 hombres, entra a Cataluña. Esta acción es resultado de lo acordado en el Congreso monárquico de Verona, que terminó con la Constitución liberal española y restableció de nuevo el absolutismo en ese reino.

Ese año de 1823 el entorno general de la guerra y la política era relativamente favorable al movimiento independentista. España cargaba encima el debilitamiento tras doce años de guerra con sus territorios de ultramar, mermados radicalmente los recursos que de ellos extraía, con conflictos en el vecindario europeo y en su propio seno. Los Estados Unidos, ante las victorias consolidadas de las huestes patriotas, no tuvieron otra opción que reconocer la República, aunque afilando sus propias estrategias hegemónicas declarando en diciembre de ese año la Doctrina Monroe, con un mensaje bífido: a Europa le mostraba su disposición de gendarme continental, y a las nacientes repúblicas, sus planes anexionistas e imperialistas.

El 27 de enero el senado de Estados Unidos aprobó la designación de Richard C. Anderson como primer agente diplomático acreditado oficialmente ante la República de Colombia, a cuya capital había llegado desde el 10 de diciembre anterior, con el propósito de negociar un tratado de amistad y comercio entre ambos países.

Dice Vicente Lecuna en su *Crónica razonada de las guerras de Bolívar* (t. II) que, tras la victoria patriota en Carabobo y la capitulación de Pereira en la Guaira, “el ejército español en Venezuela de 10.000 combatientes quedó reducido a 3.000 refugiados en Puerto Cabello”.

Esta fuerza, aunque cercada por el asedio ordenado por Bolívar, contaba con la inexpugnable fortaleza porteña, barcos de guerra y de carga, el apoyo que invariablemente recibía desde la Capitanía General de Cuba, y con reductos realistas en las regiones de Coro y Cumaná. Se estima que al momento de lanzarse Morales

a la reconquista de Maracaibo, disponía de más de 4.500 efectivos veteranos bien apertrechados.

El contralmirante Antonio Eljuri-Yunez en su narración sobre la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, nos expone la siguiente opinión:

La Batalla de Carabobo no había aniquilado definitivamente a las armas españolas. El historiador Baralt, al referirse a este arreglo militar, dice que la medida ordenada por Bolívar, demostraba claramente que para ese año, no obstante el triunfo obtenido, no se habían cerrado todavía las puertas del templo de Jano. Y esto es muy cierto, pues en casi todo el territorio nacional quedaban aún en buen pie tropas realistas organizadas y veteranas, y también guerrillas acéfalas y desordenadas que hacían mucho daño a las poblaciones indefensas. Un gran número de soldados tenía aún el gobierno español en el territorio que todavía estaba sometido a su jurisdicción, después de Carabobo.

Pero la fuerza disponible en el extenso territorio del departamento Zulia en marzo de 1823, según reseña la obra del entonces capitán de corbeta Bernardo Jurado Toro, no excedía los 1.700 efectivos, lo que le daba ventajas al experimentado Francisco Tomás Morales, y hacía mucho más loable la labor que el novel intendente general Manuel Manrique realizaba para recuperar la jurisdicción de manos de los enemigos.

Su antecesor, Lino de Clemente, resistió lo más posible la embestida realista de Morales, primero desde los Puertos de Altagracia, y luego desde territorio guajiro.

17

Estudios del ejército español suscritos por el capitán de navío José María Madueño Galán, ofrecen esta versión:

El 23 de agosto de 1822 (Morales) retiró las tropas del frente terrestre para embarcarlas, con intenciones de operar con ellas hacia Levante de Puerto Cabello, donde se reuniría con Laborde, quien patrullaba con la fragata Liger y el bergantín Hércules y combinar entre ambos las operaciones que debían emprenderse, pero siempre a sotavento de Puerto Cabello; más a raíz de la captura de la goleta insurgente grancolombiana Cóndor en el puerto de Ocumare, donde se encontraron documentos que indicaban un traslado de fuerzas insurgentes de Maracaibo hacia el centro y dejaron sumamente desguarnecida a Maracaibo, motivo por el cual Morales tomó la decisión de dirigirse por sorpresa hacia dicha ciudad.

18

Recordemos que la ciudad de Maracaibo era capital del departamento Zulia, integrado por la provincia del mismo nombre, junto a Coro, Trujillo, Mérida y La Grita, según lo decidido por el Congreso en Cúcuta el 3 de octubre de 1821.

Revisemos la relatoría de Baralt citada por muchos autores posteriores; esta tiene, además del peso de la erudición del bardo maracaibero, la cercanía temporal y espacial de un testigo de excepción, a quien no le es ajena la formación militar y el conocimiento a fondo del campo de batalla lacustre que le vio nacer el 3 de julio de 1810.

El 29 de enero de 1823 Manuel Manrique es designado Intendente y Comandante general del departamento Zulia. En la población merideña de Timotes recibe el testigo de parte de Lino de Clemente. El cojedoño venció las tropas que, comandadas por Calzada, había enviado Morales a atacarlo en la zona sur del lago Maracaibo. Cuatrocientas bajas se le causaron al ejército enemigo.

El 8 de enero de 1823 Bolívar propone al gobierno elevar al congreso el ascenso de Manrique a general. El 29 es nombrado Intendente del Departamento Zulia. “Creo que merece ser General”, dice Bolívar autocriticándose por no haberlo promovido antes.

19

Proclama del 4 de febrero:

Proclama a los pueblos de su Departamento. Manuel Manrique, Comandante e Intendente del Departamento del Zulia. A los pueblos del Zulia.

Amados compatriotas: Llevando la confianza que depositó en mí el Gobierno para dirigiros, he corrido presuroso a asegurar vuestro reposo y a enjugar las lágrimas que la maledicencia de un enemigo pertinaz os había hecho derramar. Será la mayor dicha para mí, adquirir por medio de infatigables trabajos todo el bien y felicidad que deseáis.

Ya me encuentro a vuestra cabeza, para hacer cumplir la Ley y que no os falte la justicia: Volved tranquilos al seno de vuestras familias y a la posesión de vuestros hogares, los que andáis errantes y fugitivos.

El enemigo en sus marchas rapaces, enorgullecido, os ha devorado, como lo habéis experimentado interiormente vosotros Corianos, y hecho correr una multitud de noticias para alucinarnos: No lo creáis.

Vosotros conocéis el inmarcesible poder de las Armas de Colombia que han concluido con millares de tiranos y debéis persuadiros que la existencia del opresor en Puerto Cabello y Maracaibo es tan precaria que pronto se colocarán aquellas plazas bajo la égida de la Libertad.

Nuevas disposiciones Superiores, han retirado al Sr. Intendente, mi antecesor, y yo vengo a tomar parte en vuestra suerte, porque no permitiré que los malhechores vuelvan a hollar fácilmente vuestro territorio y las sagradas leyes de la nación: Os ofrezco ser vuestro protector ya para defenderos y ya para aliviaros cuanto sea posible, seré incansable, sí: Pero es necesario que unidos todos corran a la defensa de la Patria y hagan los últimos sacrificios por la libertad, así será para siempre dichosa vuestra existencia y la de vuestros hijos.

Cuartel General en Mérida 4 de febrero de 1823.

El Comandante General e Intendente del Departamento Zulia.

Manuel Manrique

“Un fondo grande de levedad y de indolencia en el carácter nacional y mucha dosis de ingratitud, hizo que pasados los primeros instantes de alborozo, se olvidaran los triunfos, los triunfadores y los monumentos. Acaso nuestros hijos, más felices y virtuosos, satisfarán la deuda de la patria, honrando las cenizas y la memoria de sus héroes” (Rafael María Baralt).

El general de brigada venezolano Manuel Manrique, oriundo de Cojedes, bien pudiera ostentar el título de Libertador de Maracaibo, como otros próceres entre los que figuraría encabezando la lista el brillante Rafael Urdaneta. No se había equivocado el gobierno bolivariano de la original República de Colombia nombrándolo intendente del departamento Zulia, recién creado en las sesiones constituyentes de 1821 en Cúcuta.

Manuel Manrique, azote del último gobernador español Francisco Tomás Morales –a quien persiguió hasta Puerto Cabello tras la victoria patriota de Carabobo– vino a coronar su espectacular carrera militar en la “Tierra del Sol Amada”, al derrotar y rendir a quien sería la última autoridad colonial en Venezuela, ese mismo al que la heroína Ana María Campos marcó con la consigna “si no capitula, monda”.

Pues hubo de capitular o hubiera perecido ante la fuerza imparable de las armas libertarias que comandaban el joven gobernante republicano Manuel Manrique, que había nacido en San Carlos de Cojedes el 26 de abril de 1793, y el marino riohachero José Padilla, jefe de la armada patriota que enfrentó con éxito a la flota realista en la versión naval de aquella definitiva batalla de Maracaibo de julio de 1823.

Manrique comenzó su militancia revolucionaria a la precoz edad de 16 años, durante los sucesos independentistas de 1810, y de inmediato se enfiló en el ejército sirviendo bajo las órdenes del Brigadier Francisco Rodríguez del Toro.

Entre 1811 y 1812 luchó en las campañas al mando del Generalísimo Francisco de Miranda, y al caer la República se replegó junto a otros combatientes a continuar la lucha con tácticas de guerrilla en las extensas sabanas de aquella Venezuela rural.

En 1813 acude presuroso a unirse a Simón Bolívar en plena Campaña Admirable; combate en Bárbula, Trincheras y Araure; estuvo el 25 de mayo de 1814 en la primera Batalla de Carabobo, y formó parte de la retirada estratégica que dirigió Rafael Urdaneta hacia la Nueva Granada, cultivándose entre ambos jefes patriotas perdurable admiración y amistad.

Reunidos de nuevo con Bolívar, triunfan en la pacificación de Cundinamarca, y vive la situación que llevó al Libertador a irse para Jamaica, por la insubordinación de los jefes de Cartagena, que a fines de año (1815) cae en manos de las fuerzas realistas de Morillo. Manrique se va a los Llanos.

Al Casanare fueron a reagruparse los independentistas venezolanos y granadinos, que luego se integrarían al ejército en Apure que comandaba José Antonio Páez. Participa en las contiendas de El Yagual y Achaguas en octubre de 1816, y al enterarse de la presencia de Bolívar en las costas orientales, solicita autorización de sus superiores inmediatos para ir a unírsele al Libertador en Barcelona.

Entra en Guayana con Bolívar y el 20 de mayo de 1817, recién cumplidos sus 24 años, es ascendido a coronel (vivo y efectivo como se decía en la jerga castrense de la época).

Habiendo sido designado jefe del Estado Mayor de la provincia de Guayana en noviembre de 1817, marcha el año siguiente con la división del general José Tadeo Monagas a la campaña del centro. En 1819 continúa destacándose, ahora como miembro del Estado Mayor General en las campañas de Apure y Nueva Granada. En la campaña de Carabobo en 1821 actúa como comandante de la primera brigada de la guardia.

Triunfantes las gloriosas armas de la patria, Manrique es enviado a dar combate a las fuerzas realistas de José Pereira que tratan de atrincherarse en Carayaca, y el 11 de agosto lidera el sitio contra Puerto Cabello. Le nombraron diputado suplente al Congreso de Colombia, sin poder asistir por sus tareas militares que no cesaban ante la insistencia del enemigo de quebrantar la gloria conquistada en Carabobo.

Es en esa coyuntura que Manuel Manrique es designado para el cargo de Intendente y Comandante General del Zulia el 29 de enero de 1823, departamento instituido en 1821 que abarcaba un amplio escenario con sede en Maracaibo, donde dirige las operaciones contra el ejército realista de Francisco Tomás Morales, cuya frase favorita para intimidar a los patriotas era: “El Lago de Maracaibo será el panteón de la flota colombiana”.

21

Morales, que venía resentido por los reveses infringidos a su estirpe, llega a los Puertos de Altigracia en abril de 1822. La herida prepotencia del hispano se descarga en atrocidades contra la población criolla a la que aborrece. Particular saña vierte el opresor contra la mujer maracaibera. Fusilan a Domitila Flores como para anunciar el terror a que están dispuestos si el pueblo sigue el empeño independentista. Luego somete al escarnio público, bajo torturas cruelísimas, a la joven valiente Ana María Campos: que un altar debería recordarle a las nuevas generaciones la heroicidad de la mujer zuliana contra toda forma de opresión.

Manrique –junto a las fuerzas de Montilla enviadas por el oeste– no solo asedió a Morales en tierra, obligándolo prácticamente a replegarse a Maracaibo y su puerto, sino que en un alarde de versatilidad combativa, subió parte de sus tropas a las naves republicanas, de manera que se garantizase la derrota definitiva del

enemigo en espectacular batalla acuática, que inmortalizó su nombre y el de José Padilla. Lamentablemente este último tiró por la borda sus logros entregándose a la insubordinación, el divisionismo y la traición, al complotarse con los asesinos que intentaron el magnicidio contra Bolívar en septiembre de 1828.

22

La retoma de la plaza Maracaibo ocupada por los realistas, significó un intenso operativo militar de gran movilidad, con el lago como pista que vio cruzar de un extremo a otro las embarcaciones de todos los tamaños con tropas de los bandos en pugna. Manrique se mueve desde Moporo, Tomoporo y el cantón de Gibraltar a Maracaibo; Morales de Maracaibo a los Puertos de Altagracia, al Moján y a la fortaleza de San Carlos; Padilla maniobra la flota según los movimientos enemigos, de manera que los marullos son líneas de una inmensa tabla de ajedrez.

El 16 de junio Manrique comanda una feroz batalla en tierra para recuperar la ciudad, y ya el 19 debe replegarse a la otra orilla por la incursión de Morales con una fuerza de 1.800 efectivos y poderosos pertrechos. Pero esa acción heroica dio un golpe certero a la dotación militar enemiga, engrosando los recursos de que carecían nuestros barcos.

23

El general Mariano Montilla era el comandante en jefe de todas las fuerzas terrestres y navales que operarían contra Maracaibo, bajo cuyas órdenes actuarían el general Manuel Manrique y el contralmirante José Prudencio Padilla, quienes podían actuar en forma independiente, pero prestándose mutua colaboración para garantizar y facilitar el éxito de la operación. Se fijó como objetivo más importante de la campaña la conquista del dominio del mar en el lago, para lo cual se determinó como objetivo estratégico el ataque y destrucción de la escuadrilla de los realistas,

según un balance que con los años hiciera la armada española.

Dicho informe concluye que “esta organización del mando patriota fue la más adecuada para evitar las numerosas fricciones entre Padilla y Manrique, ambos jefes de grandes méritos y capacidades pero que no se entendían bien”.

24

Sobrados méritos hizo Manuel Manrique, hijo ilustre de los llanos cojedeños, prócer de la emancipación latinoamericana y venerado héroe de la historia zuliana, para ser ascendido a general de brigada apenas arribar a sus fructíferos 30 años de edad.

Perteneciente a aquella estirpe libertadora que no daba “descanso a su brazo, ni reposo a su alma” para expulsar al oprobioso régimen colonial de todos los rincones de la Patria Grande, Manrique se dedica con pasión a un sueño que estaba pendiente por realizarse: la liberación de Cuba y Puerto Rico. Un singular visitante tuvo la Maracaibo de Manrique en el general Antonio Valero, patriota boricua de prestigio continental, con quien entabló relación protagónica para preparar la anhelada acción en el Caribe.

Habiendo enfermado súbitamente, muere en Maracaibo el 30 de noviembre de 1823 el insigne combatiente revolucionario Manuel Manrique, héroe de nuestra independencia. En 1824, para suplir la irreparable pérdida, fue nombrado el General Rafael Urdaneta intendente y comandante general del departamento Zulia, hasta que por causa de su enfermedad renal renunció a fines de 1825 al cargo de intendente, pero conservando el mando de las armas.

Enorme deuda de agradecimiento tiene el Zulia y todo el país con el general Manuel Manrique. El olvido en estos casos, además de injusto y vergonzoso, constituye una mala señal respecto al estudio y valoración de nuestra historia, que tanto requerimos para rearmarnos ideológicamente frente al afán recolonizador de las fuerzas imperialistas contemporáneas.

25

Mientras tanto Morales creyéndose una arrogante superioridad, envió refuerzos a la sublevación que se produjo en Santa Marta con inspiración restauradora del poder monárquico; intentó dos vías: una por la Sierra del Socuy camino a Valledupar, y otra por la Guajira vía Riohacha. El general Mariano Montilla, comandante del Magdalena con atribuciones en toda la operación sobre Maracaibo, salió a repeler ambas incursiones, logrando que estas evadieran el combate y se replegaran.

Dice Baralt:

dióse Montilla al cuidado de preparar una expedición contra Maracaibo en combinación de las fuerzas navales que debían forzar la Barra... porque ha de saberse que el plan atrevido y a la vez temerario de entrar por aquella angostura, arrojando con los fuegos del castillo, se había ya tratado por Montilla, en junta de hábiles marinos.

26

Después de la derrota de Sardá, empezó Montilla a reunir buques en Riohacha que por orden del gobierno irían contra Morales en Maracaibo. Primero llegaron el bergantín Independiente, capitaneado por Renato Beluche, pero de propiedad

estatal, y el general Bolívar del capitán de navío Nicolás Joly; con ambos trató Montilla el plan “que algunos prácticos de la Barra habían defendido como de posible ejecución”.

Las dos naves se fueron a Los Taques, mientras que Padilla recibió instrucciones de ir a Cartagena por otros barcos para formar la escuadra de la que sería su comandante general. Volvió con la corbeta Constitución y otros buques. El plan incluía pedir otras embarcaciones a La Guaira y coordinar el día de forzar la Barra para tener listo un ejército de tierra auxiliar en el paso del Socuy (actual paso Puerto Guerrero-Puerto Mara, en el río Limón).

27

Bolívar estaba “refrenando el vuelo” en Guayaquil, pendiente, en ascuas, con la situación del norte de Colombia. Escribe el 15 de abril al vicepresidente: “me quedo en la misma incertidumbre que antes, sin saber lo que he de hacer, porque no sé lo que hay por allá. Aún no he decidido nada sobre mi marcha al Perú, y espero la resolución del Congreso... y también el resultado de Morales”.

El Libertador asomaba su intuición de que en Perú iban a suponerlo “más ambicioso de lo que realmente soy”; y más aún, su mortificación por la situación del norte de Colombia, lo mantenían en la disposición de decidirse a ir personalmente a resolver la coyuntura bélica: “No sé nada de ese maldito Morales, ni de las fuerzas que tiene Montilla; diga Usted si es necesario que yo vaya o no, pues por el Istmo puedo volar” (Carta del Libertador del 15 de abril de 1823 al vicepresidente).

28

Baralt ofrece detalles sobre los preparativos de la acción del 8 de mayo, que han sido referencias para muchos de los autores que han escrito sobre este hecho:

Los primeros que llegaron fueron los bergantines Independencia y General Bolívar, aquel perteneciente a la república y mandado por el capitán de navío Renato Beluche, el segundo propio del capitán de navío Nicolás Joly y montado por él. Estos dos hombres, de nación franceses, habían hecho útiles servicios a la causa americana y principalmente a la de Venezuela, y con merecida reputación de valerosos e inteligentes gozaban la de ser amigos fieles y afectuosos del país. Con ambos, pues, separadamente trató Montilla muy despacio el plan de introducir en el lago de Maracaibo la escuadrilla; idea que algunos prácticos de la barra habían defendido como de posible ejecución. Y de hecho tanto Beluche como Joly afirmaron que era asequible y aun prometieron forzar el temeroso paso, si se les daba una fuerza capaz de resistir a la que, después de vencido, opusiera en el interior del lago el enemigo. Uno y otro partieron luego a situarse en los Taques para cruzar en la boca del golfo, privando de recursos y auxilios marítimos a los realistas, en tanto que el coronel Padilla,

comandante general de la escuadra, reunía en Cartagena el resto de bajeles que debían componerla... llegó Padilla a Río de Hacha con la corbeta Constitución y demás buques aprestados en Cartagena para la campaña, y conferenciando con Montilla, juzgó ser asequible la empresa de forzar la barra y ofreció cumplirla a todo trance, con tal que se aumentaran los bajeles situados en los Taques con tres embarcaciones para asegurarse de la posesión del lago. Partió pues al golfo de Venezuela, con autorización de pedir las embarcaciones a la Guaira, y bien prevenido de dar con anticipación oportuno aviso del día designado para forzar la barra, a fin de que el ejército pudiese moverse hacia la Goajira y buscar por el Socuy la comunicación con la escuadrilla.

29

El 1º de mayo Laborde capturó en Borburata las corbetas Carabobo y María Francisca, sitiadoras de Puerto Cabello comandadas por el comodoro Danells. Beluche, que traía de La Guaira alguno de los buques pedidos a Soubllette, tuvo que combatir, quedando maltrecha la embarcación. Los realistas se burlaban de quienes pretendían superar la Barra del Lago al acecho de sus defensas artilladas. Dice Baralt que, por lo ocurrido en Borburata, Padilla estuvo “indeciso de acometer la empresa hasta entonces tenida por imposible”. También comenta que la vanidosa confianza de Morales en el carácter inexpugnable de la Barra, le dio “bríos al natural aliento de Padilla”.

El 3 de mayo de 1823 se realizó en Los Taques la Junta de Oficiales que decidió unánimemente forzar la Barra del lago Maracaibo, según las instrucciones previas del general Mariano Montilla, comandante de las operaciones contra Francisco Tomás Morales en Maracaibo. El 8 de mayo se entró a la bahía de El Tablazo, quedando un solo barco varado: el General Bolívar del comandante Joly, al que debieron desocupar de personal y pertrechos para destruirlo, a fin, que el enemigo no lo cogiese a su favor.

Se cumplen 200 años de aquella decisión trascendental que hizo posible la presencia de nuestra escuadra en las aguas interiores de la bahía de El Tablazo. Este hecho se precipitó por el informe que traía el capitán de navío Renato Beluche sobre los combates con la armada española en la víspera, donde el enemigo capturó dos barcos patriotas y causó daños a otros, teniendo ellos naves artilladas de mayor tamaño, comandadas por el experimentado Ángel Laborde.

Entonces se decidió iniciar de inmediato los preparativos para forzar la Barra del lago Maracaibo, lo que no podrían hacer dos de las más poderosas embarcaciones realistas por su gran calado. Un combate en mar abierto le daba ventajas a los recursos bélicos del enemigo. La flota republicana partió el 5 de mayo de 1823 y el 8 logró su propósito, pese al fuego que les dispararon desde la fortaleza de San Carlos. Un paso fundamental en la estrategia patriota que selló la independencia nacional en la Batalla Naval del Lago del 24 de julio de 1823.

La visión española:

El combate naval del Lago de Maracaibo tuvo lugar el 24 de julio de 1823 en las aguas lacustres del lago de Maracaibo, entre una escuadrilla de la Escuadra española de la América Septentrional, mandada por el capitán de navío Ángel Laborde y Navarro, a la sazón segundo jefe de dicha Escuadra y una escuadra insurgente mandada por el corsario colombiano José Prudencio Padilla, elevado a la categoría de contralmirante por el general Simón Bolívar. El enfrentamiento se produjo para conseguir la supremacía naval en las costas venezolanas y las fuerzas españolas fueron derrotadas. La consecuencia de esta derrota fue la independencia política de la denominada Tierra Firme (Colombia atlántica, Venezuela y Guayana) bajo la denominación de Gran Colombia, que incluía, además, la Colombia pacífica y las actuales Ecuador y Panamá (José María Madueño Galán, Capitán de Navío de la Armada).

Madueño deja escrita una importante mención a nuestro Esequibo: “Quedaba únicamente por conquistar la fortaleza de Puerto Cabello, último baluarte en poder de los realistas, en el vasto territorio comprendido entre las desembocaduras del Guayas y del Esequibo”.

Esta gente sabe que ¡el sol de Venezuela sale en el Esequibo!

El relato del capitán de navío Madueño Galán, presenta un resumen del proceso muy interesante. Nótese el dejo de despecho y el tono despectivo que destila, a pesar del esfuerzo que hace por ceñirse a los hechos consumados:

El 23 de enero de 1821, anterior, Laborde, entonces capitán de fragata, había tomado el mando del Apostadero de Puerto Cabello y participó en operaciones conducentes a defender la costa y las que se realizaron en apoyo del Ejército. La guerra de emancipación estaba en todo su apogeo y la fortuna no se mostraba muy propicia a las armas españolas; el 24 de junio del mismo año, en los llanos de Carabobo, fue derrotado el ejército realista, al mando del general Miguel de La Torre, Capitán General de Venezuela, y por el ejército al mando del insurgente Simón Bolívar. Consiguió La Torre salvar parte de sus unidades, que se replegaron hasta refugiarse en Puerto Cabello, donde fueron bloqueados por mar y tierra; otra parte se dirigió hacia los llanos para actuar en guerrillas que estorbaran a las fuerzas insurgentes y el resto fue hecho prisionero. Bolívar creyó que esta batalla había sido decisiva o al menos era lo que pretendía, pero Puerto Cabello, protegido por sus fortificaciones, sirvió a La Torre para reagrupar las fuerzas que pudo salvar, que eran las únicas que quedaban del Ejército Expedicionario de Morillo. Logró reunir un total de 1.400 hombres, más los grupos dispersos que quedaban en el interior y que La Torre pensaba utilizar sin ninguna duda, pues todavía consideraba que se podía invertir la situación.

El proceso político-militar que tuvo su desenlace el 24 de julio de 1823 con la Batalla Naval del Lago de Maracaibo se inició el mismo 24 de junio de 1821 al concluir la célebre Batalla de Carabobo. Durante estos veinticinco meses, acontecieron en territorio de la actual República Bolivariana de Venezuela, cincuenta y cuatro combates, de los cuales siete fueron navales, más tres sitios. Un total de 58 acciones de variada dimensión, si sumamos la Batalla Naval del 24 de julio en el estuario maracaibero.

Doce de esas acciones fueron reveses para la Patria, y tres tuvieron resultados “indecisos”, como los califica Eljuri.

Como parte de la campaña del Zulia, el gobierno de la República bloqueó las costas de Coro y Maracaibo, e instruyó al general Mariano Montilla, Comandante del Magdalena, para que dirigiera las operaciones contra Francisco Tomás Morales.

Cuando el 8 de mayo la escuadra republicana entró en el lago, el general Francisco Esteban Gómez avanzaba por la Guajira, habiendo sido rechazado por un fuerte ataque de los realistas comandados por Morales.

Las escuadras en lid, según Baralt, estaban compuestas de la siguiente manera:

la escuadra colombiana con 83 piezas, casi todas de a 18, tenía 872 hombres de dotación en tres bergantines, siete goletas y una fuerza sutil respetable; esta con 13 piezas de diferentes calibres y 327 hombres de dotación: la de Morales compuesta de tres bergantines, doce goletas y dieciséis embarcaciones menores, tenía por todo 67 piezas, entre ellas 18 de a 4, 925 hombres de tropa embarcados y 497 marineros. Así, con razón manifestó Laborde por dos veces a Morales ser aventurada una acción naval contra fuerzas superiores, tanto por la clase de los buques, y la pericia y disciplina de los que los manejaban, como por el número y calibre de sus piezas. La pérdida de los independientes fue de 8 oficiales y 36 individuos de tripulación y tropa muertos, 14 de los primeros y 105 de los segundos heridos. La de los realistas ascendió a más de 800 de unos y otros, quedando prisioneros 69 oficiales y 369 soldados y marineros.

Eljuri habla de 32 buques realistas contra 22 republicanos; y 1.970 efectivos enemigos contra 1.902 nuestros. Nuestras fuerzas tenían 96 piezas de artillería: 26 cañones y 70 carricañones. El enemigo contaba con 67 piezas: 49 cañones, 14 carronadas, y 4 obuses.

La batalla duró tres horas y media. La distancia entre ambas escuadras era de 6 a 7 kms aproximadamente.

A las 2 p.m se dio orden de avanzar la fuerza sutil mandada por Chitty.

A las 2:20 p.m, señal desde la nave insignia que todas las naves dieran a la vela.

A las 2:28 señal de formar línea de batalla. Las unidades realistas levaron anclas.

Lo más terrible se anunció a las 3:17 de la tarde: orden de izar al palo mayor la señal de abordaje. El comandante realista da la orden de abrir fuegos. Los nuestros seguían sin disparar aún, pero avanzando gracias al noreste.

En la distancia deseada comenzaron nuestros cañones. Al despejarse la humareda el Independencia se lanzó contra el San Carlos. Los realistas tenían poco margen de maniobra encajonados hacia la orilla occidental con viento en contra. Dispararon su fusilería a granel sin mucha efectividad contra las naves nuestras que ya se les encimaban. El abordaje general se hizo bajo el toque constante de a degüello. La Esperanza estalla y se hunde. El Confianza aborda una goleta. Los realistas rodean la Antonia Manuela.

De los realistas solo el bergantín Riego se salva con el Valencey sobre cubierta. Laborde huye a San Carlos. Padilla quiso asaltar Maracaibo, pero Manrique se opuso para evitar males peores sobre la población. Morales aceptó capitular ante Manrique el 3 de agosto. El 15 se fue a Cuba con 8 barcos españoles.

El combate duró alrededor de tres horas, siendo bastante violento al haberse convertido en una serie de abordajes de buque a buque, luchas con arma blanca y descargas de cañones y fusilería, todo ello entre gran humareda y llamas. Los colombianos sumaron 44 muertos y 119 heridos, mientras que los españoles tuvieron 800 bajas entre muertos y heridos, 69 oficiales y 369 soldados y marineros prisioneros. Por otra parte, la escuadra colombiana capturó a los bergantines San Carlos y General Riego, las goletas Mariana, María, Liberal, Guaireña, Monserrate, María Habanera, Rayo, Estrella, Guajira y Cora, además del falucho Relámpago

El relato de Baralt ha sido reiterado por otros autores (Besson, Eljuri-Yunes, Jurado Toro, etc.) en relación al balance trágico de esta batalla para el bando realista, “ya que mientras los republicanos perdieron ocho oficiales y treinta y seis individuos de tripulación y tropa, tuvieron catorce oficiales heridos, y ciento cinco individuos de tripulación y tropa”, las bajas de los realistas, entre muertos y heridos, ascendió a más de ochocientas personas.

Comparto la valoración estratégica que aporta Maita Ruiz: “La Batalla de Carabobo (24 de junio de 1821) no fue el final de las fuerzas españolas en el norte de la antigua República de Colombia (1819–1831)”; así comienza este inteligente autor su artículo “La importancia estratégica de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo (1823) en las guerras de independencia de Hispanoamérica”, publicado en el segundo semestre de 2019 por la revista *Ciencia Nueva*.

Ciertamente, ese año de 1822, el Libertador, con Sucre, y otros destacados oficiales, estaban “redondeando Colombia” con la campaña del sur, y luego de las batallas de Bomboná y Pichincha, y la entrevista con San Martín, Bolívar estaba casi listo para auxiliar al Perú en su liberación, por lo que la invasión de Morales

puso a la República en amenazante situación, con el peligro que representaba tener que atender la guerra en dos frentes.

José Gregorio Maita, quien, además de agudo historiador, es oficial de la armada bolivariana, sentencia en el resumen de su artículo lo más sabio que en términos históricos es consenso entre estudiosos de esta batalla:

Maracaibo fue la mayor victoria naval de la antigua República de Colombia en la independencia, haciendo destacar a su naciente armada. Sin embargo, esta acción bélica ha sido poco valorada a nivel estratégico, tejiéndose a su alrededor varios mitos respaldados en parte por una historiografía repetitiva y poco indagadora... era necesario recuperar la región y despejar la amenaza de una contraofensiva española, que bien apoyada desde Cuba y Puerto Rico podía revertir buena parte de los logros patriotas alcanzados desde 1819. Para ello el liderazgo militar colombiano inició la que sería la última gran campaña dentro de las fronteras nacionales: la Campaña del Zulia.

35

Esta denominación nos parece la más correcta, en primer lugar, porque Zulia era el nombre del departamento creado a comienzos de octubre de 1821 por el congreso reunido en Cúcuta; segundo, porque las acciones invasoras de Morales abarcaron todo el territorio departamental: primero tomó Coro, y al entrar por la Guajira a Maracaibo, continuó su avance hasta Bailadores. Por otro lado, la respuesta independentista, consistió en cercar a los realistas por los cuatro puntos cardinales, y ello implicó enfrentamientos en la región coriana, en las provincias de Mérida y Trujillo, en la Guajira y sur del lago maracaibero.

Sigamos navegando seguros esta historia con Maita al timón:

Hablamos de Campaña del Zulia, puesto que la Batalla Naval del Lago de Maracaibo no fue más que la culminación de una larga campaña militar iniciada en enero de 1823 con el bloqueo del Golfo de Venezuela y el movimiento de varias fuerzas terrestres alrededor de la cuenca del mencionado lago. Se trató además de una campaña mixta, con carácter terrestre y marítimo, aunque se haya decidido en una acción naval. Debido a la dimensión de las fuerzas implicadas, la extensión en el tiempo de la campaña y la complejidad de las operaciones emprendidas, bien pudiéramos decir que la Campaña del Zulia de 1823 está entre las más grandes llevadas a cabo por las fuerzas armadas de la (original) República de Colombia dentro de sus fronteras; más compleja que la Campaña de Boyacá en 1819 o que la de la costa neogranadina en 1820–21, y a la misma altura que la Campaña de Carabobo en 1821, o la del Sur en 1822. No puede dejar de mencionarse, desde luego, que la Batalla Naval del Lago de Maracaibo fue la mayor batalla naval librada por la armada colombiana y una de las más grandes de tipo naval en las independencias de Hispanoamérica.

36

La situación a comienzos de 1823 bien puede ser resumida en las palabras del general Pedro Briceño Méndez, secretario de Guerra y Marina, en su exposición al congreso el 18 de abril de ese año:

la Batalla de Carabobo había cambiado el carácter de nuestra guerra, haciéndola pasar de continental a marítima. El enemigo reducido a las principales plazas de nuestra costa, dominaba con su escuadra nuestras aguas, y era forzoso buscarlo en el mar o tomar en él preponderancia para poder establecer los bloqueos, y para precavernos de incursiones repentinas. Contra todas las probabilidades, y a despecho de tanta dificultad como se presentaba, las medidas redobladas del gobierno tuvieron el efecto deseado. Nuestra escuadra ha ascendido de cinco buques a diez y nueve, de los cuales seis son corbetas, siete bergantines y seis goletas.

37

Maita Ruiz describe el perfil de la fuerza de Ángel Laborde:

las fuerzas que España pondría frente a la flota colombiana, aún en formación y con incipiente capacidad oceánica, estaban al mando del capitán de navío Ángel Laborde y Navarro, segundo jefe de la Escuadra de los Mares de la América Septentrional. Esta sección de la Real Armada Española tenía su cuartel general en La Habana, y apostaderos en Santiago de Cuba y Aguadilla (Puerto Rico). Cuando en Cuba se supo de la conquista de Maracaibo por Morales, Laborde recibió la fragata Constitución, la corbeta Ceres, y los bergantines Esperanza, General Riego y San Carlos, además de 57.849 pesos en oro y plata para auxiliar a Morales, objetivo último de toda la operación planteada por el mando naval español.

38

La idea de forzar la Barra para entrar a combatir en el lago, como lo hemos sostenido con Baralt, Elyuri, Jurado Toro, entre otros, fue del general Mariano Montilla, en consulta con marinos conocedores del estuario maracaibero. Los informes españoles hablan de “indios y mestizos que podían pilotar los barcos en la Barra y en el Tablazo, pues eran buenos conocedores de esos parajes, donde habían navegado desde niños”. Se refieren sin duda, a descendientes de las familias añú originarias de las comunidades palafíticas ancestrales.

Maita coincide con nosotros:

En enero de 1823 el general Mariano Montilla reunió un consejo de oficiales entre los que se encontraba el general de marina José Prudencio Padilla, comandante

del Tercer Departamento de Marina y de la recién formada Escuadra de Operaciones sobre el Zulia; junto con los capitanes de navío Renato Beluche, Nicolás Joly y Walter Chitty, además de prácticos de la zona. Allí Montilla les participó su idea de forzar la Barra y apoderarse de Maracaibo en un rápido movimiento.

El hecho de que la escuadra contase con prácticos que conocían a la perfección la zona de operaciones, incrementaba notablemente las posibilidades de éxito.

La importancia de los prácticos se destaca con más claridad si contrastamos la situación de la armada enemiga: tuvieron que buscarlos fuera de la región de Maracaibo, porque nuestro pueblo no estaba dispuesto a traicionar, sirviéndole de guías a las naves invasoras.

Según el estudio de Madueño para la armada española:

salió Laborde (el 1 de julio) con la fragata, las tres corbetas y el bergantín Hércules en auxilio de Maracaibo, donde la situación era crítica por no haber cuidado el general Morales de cerrar la entrada del lago a la escuadra insurgente. Laborde solicitó a Morales que le proporcionase los prácticos necesarios para dirigirse a Maracaibo y reunirse con él. Morales le respondió que el señor Juan Antonio Yarzagaray, comerciante vecino de Aruba, tenía órdenes e instrucciones suyas para proporcionarles prácticos del Golfo, de la Barra y de el Tablazo. Cuenta el mismo Laborde, al referirse a su campaña marítima sobre Maracaibo, que habiendo salido de Puerto Cabello el día 1 de julio con la fragata Constitución, la corbeta Ceres y la goleta Especuladora, se dirigió a Aruba para recibir a los prácticos. Acercándose a tierra la goleta y después de pernoctar la noche del 4, regresó a la Macolla, donde dando bandazos en plena mar, la esperaba Laborde, quien recibió la desalentadora noticia de que el señor Yarzagaray se encontraba en Maracaibo y los comisionados españoles en dicha isla no los proporcionaron.

El combate en Isla Larga el 1º de mayo de Beluche y Danels con las fuerzas comandadas por Laborde, cuando el primero regresaba con el apoyo obtenido de Soublette (las goletas Leona y Antonia Manuela, 70 soldados del batallón Tiradores y 4.000 pesos) pudo considerarse un duro golpe para los nuestros, pero no ocurrió así como los españoles creyeron, desde una lógica formal eurocéntrica, que descuidó las potencias subjetivas actuantes en esta guerra.

Resultó ser una victoria pírrica de Laborde, que, desde el punto de vista estratégico, se revirtió en su contra, porque los nuestros asumieron el hecho con tal sapiencia, que tomaron una actitud ofensiva, acelerando el plan inicial trazado por Montilla en consulta con los marinos nativos del lago Maracaibo, para llevar la confrontación al espacio acuático donde al enemigo se le inutilizaban sus buques más poderosos, la fragata Constitución y la corbeta Ceres, que no tendrían posibilidad alguna de entrar por el estrecho maracaibero.

Apenas llegó Beluche a Los Taques y da el parte de lo sucedido, se convoca la junta de oficiales que decide emprender de inmediato el forzamiento de la Barra.

De esa filosofía de la guerra tenían el alma impregnada las huestes del ejército libertador inspiradas en Simón Bolívar, formador de guerreros expertos en convertir los reveses en oportunidades para forjar el triunfo sobre el despotismo.

40

Detengámonos un momento para mirar la visión española, signada por el despecho imperial por haber perdido sus dominios en nuestra Abya Yala. Esa nefanda celebración del “día de la hispanidad”. La campaña permanente de apropiación cultural de nuestro ser colectivo y la negación del genocidio causado a nuestros ancestros originarios. La estigmatización, incluso, de los buenos españoles que denunciaron aquella barbarie, que ellos califican (para más detalles racistas) como “Leyenda Negra”.

En pleno siglo XXI los autores españoles siguen destilando ese despecho, refiriéndose a la fuerza republicana como “una escuadra insurgente mandada por corsarios”; ni mencionar la campaña sistemática y bestial que mantienen en sus medios de comunicación contra el Libertador Simón Bolívar.

Es impresionante ver que no pasa una semana sin que la gran prensa madrileña publique algún artículo calumniando a Bolívar. Para ello cuentan con un sinfín de periodistas y escritores tarifados, algunos de renombre, otros sacados de cualquier vertedero, que disparan a mansalva desde ese terrible submundo de la ignorancia y la manipulación.

Los mismos chismes que lanzaron en el siglo XIX tipejos como Ducoudray Holstein, Lorenzo María Lleras y José de la Riva Agüero, los reciclan insistentemente, buscando ganar incautos entre su público. Esta obsesión les ha llevado a configurar una transnacional antibolivariana, con poderosos grupos económicos que financian toda clase de producciones editoriales y en la llamada industria del entretenimiento. Su propósito es desacreditar al bolivarianismo y al propio Libertador Simón Bolívar.

Tal vez sea esta la mayor prueba de la vigencia de su proyecto emancipatorio.

41

En el relato que se enseña en las escuelas militares españolas, se revela que fue “a raíz de la captura de la goleta insurgente grancolombiana Cóndor en el puerto de Ocumare, donde se encontraron documentos que indicaban un traslado de fuerzas insurgentes de Maracaibo hacia el centro y dejaron sumamente desguarnecida a Maracaibo”, que Morales tomó la decisión de invadir la ciudad.

El historiador militar venezolano Bernardo Jurado Toro informa que para marzo de 1823 había un total de 18.368 hombres en armas en la República de Colombia, estando desplegados en el Cauca 327, en Cundinamarca 1.055, en el istmo 1.120, en el Magdalena 4.838, en Boyacá 1.450, en el Zulia 1.821, en el Orinoco 751 y en Venezuela 5.682.

Tómese en cuenta que aquel departamento Zulia abarcaba las provincias de Coro, Maracaibo, Trujillo, Mérida y la gobernación de La Grita, actual estado Táchira; es decir, se trataba de un territorio muy extenso, con una geografía compleja, determinada por el gran corazón de agua que representa el Maracaibo con cerca de 14.000 kilómetros cuadrados contando el cuello que comunica a las bahías de El Tablazo y Urubá más la Barra propiamente dicha. Y ese lago –donde se diera la conmemorable batalla– está circundado por las serranías de Perijá al oeste, los Andes al sur y sureste, la de Cúruma al oeste, que se junta por caminos pedregosos a la coriana; con desiertos como la Guajira al noroeste, y costas en el mar Caribe desde Chichibacoa hasta el golfo Triste.

Esa era la jurisdicción político-territorial que debía gobernar el intendente Manuel Manrique, esa misma que apeteció Morales por la información de inteligencia que poseía sobre estar desguarnecida, y por su ubicación estratégica para la guerra, la economía y la comunicación marina con el Atlántico.

42

El Libertador Simón Bolívar supo visualizar la importancia geopolítica de Maracaibo desde sus primeras reflexiones en torno a la revolución independentista. Lo menciona en su ópera prima en Cartagena en diciembre de 1812. Sabía el carácter estratégico de esta geografía con dotes de región específica andina-caribeña, conectada por el lago con el mar Caribe y el océano Atlántico, y por las vías fluviales al sur tiene un acceso privilegiado a los Andes venezolanos y neogranadinos; lo mismo por tierra se enlaza con el este por el viejo territorio del Casicure hacia Coro y el centro de Venezuela, y por la Guajira con el oeste y la costa colombiana, como por los caminos perijaneros que llevan al Magdalena medio.

Esta ubicación la veía Bolívar con su mirada amplia y profunda pensando en la construcción de la Patria Grande, más allá de todo parroquialismo o chovinismo, por eso quiso entrar por la ruta Santa Marta-Maracaibo a rescatar Venezuela a comienzos de 1815, pero actitudes mezquinas de los jefes de Cartagena, impidieron esta loable empresa.

Luego en su autoexilio en Jamaica, al proyectar la creación de Colombia por la unión de Venezuela y la Nueva Granada, propuso que Maracaibo fuese la capital de ese nuevo país. No es dable en historia la especulación sobre “lo que pudo haber sido y no fue”, como dice el bolero. Pero de verdad decimos, que otro hubiera sido el destino de aquella Colombia original si el astro luminoso que

irradia la Tinaja del Sol, hubiese custodiado la transparencia y lealtad que no fue posible gozar entre fríos salones para la intriga y la traición.

Al cumplirse la victoria en Carabobo, Bolívar se instala en Maracaibo.

En Maracaibo Bolívar está diseñando la campaña del sur. Nada es tan importante como mantener en secreto su plan. Su edecán, el entonces coronel Diego Ibarra, es el celoso portador de informes confidenciales y comunicaciones dirigidas a las autoridades en Bogotá, pero también –y sobre todo– al general José de San Martín en Perú, al general Bernardo O’Higgins y al almirante Cochrane en Chile. Podemos afirmar que, en la primera quincena de septiembre de 1821, en Maracaibo, el Libertador termina de redondear en su mente de estrategia mundial, la visión prospectiva que lo llevó a destruir al imperio español en sus colonias más ricas y apertrechadas.

El 7 de septiembre el congreso en primeros escrutinios nombra a Bolívar Presidente de Colombia, lo que hace variar su ruta costeña a Santa Marta por la lacustre-andina hacia Cúcuta a juramentarse en el cargo. En esos días se ocupa de misceláneas gubernativas, ratificando algunas decisiones previas tomadas por Urdaneta, como la que unificaba el mando administrativo, político y militar en una sola persona, dada la presencia de enemigos en áreas fronterizas a la región. Igualmente hace seguimiento minucioso de la situación internacional, en especial la española, donde ha destacado fogueados negociadores. Sabe que la metrópoli ya no cuenta con los recursos que tuvo cuando envió la poderosa flota de Pablo Morillo. Mientras, otras naciones de peso, comienzan a considerar inevitable el reconocimiento de la República creada por Bolívar.

El Libertador no quiere ser presidente porque necesariamente debe continuar siendo el jefe de las armas. Su alma de guerrero de la justicia y la independencia le posee todas las energías. Acepta por disciplina republicana ir a asumir formalmente la presidencia, pero a condición de que se le faculte para continuar en campaña contra los únicos enemigos que desea derrotar y expulsar: los godos. Encomienda al coronel Salom la marcha a Santa Marta y le requiere a Montilla (afectado de salud por esos días) la toma de Cartagena. Él irá al sur a escalar la gloria inédita que solo su genio fue capaz de inventar.

Maracaibo estratégica y rebelde, se había declarado República democrática adherida a la República de Colombia creada por Bolívar en Angostura en 1819. En aquel acuerdo fundacional, adoptado en cabildo abierto, el ayuntamiento

declara al pueblo de Maracaibo, libre e independiente del Gobierno Español, cualquiera que sea su forma desde este momento en adelante; y en virtud de su soberana libertad se constituye en República democrática y se une con los vínculos del pacto social a todos los pueblos vecinos y continentales, que bajo la

denominación de República de Colombia defienden su libertad e independencia, según las leyes imprescriptibles de la naturaleza.

El pronunciamiento del Cabildo de Maracaibo y la adhesión al mismo del jefe militar de la plaza, fueron posibles en el marco del armisticio vigente desde el 25 de noviembre y el tratado de regularización de la guerra del día 26, que Bolívar y Morillo habían confirmado durante su entrevista en Santa Ana de Trujillo el 27 de noviembre de 1820. Paradójicamente –como suele suceder en procesos sociales complejos– la declaratoria de independencia maracaibera, que se catalizó en las condiciones creadas por el armisticio, significó el desencadenamiento de los hechos que llevaron a su fin.

El día 29, Francisco Delgado, gobernador y jefe militar (provisional) de la provincia, informa al Libertador:

Tengo el honor de anunciar a Vuestra Excelencia que a las 5 de la mañana del día de ayer, ha tremolado este pueblo el pabellón de la República, proclamando el Muy Ilustre Ayuntamiento con las tropas de esta guarnición de mi mando y un gran concurso del pueblo, su absoluta independencia del Gobierno Español.

De la misma tinta, sin dilaciones, escribe Delgado al general Urdaneta:

Señor General: Con la mayor satisfacción tengo el honor de anunciar a Usted la regeneración de nuestro estado político componiendo ya un solo pueblo, y defendiendo una misma causa con la República de Colombia, a que de nuestra espontánea voluntad nos hemos sometido, convencidos de nuestros derechos tanto tiempo sofocados por la tiranía de un gobierno despótico. Las delicadas atenciones de Usted exigían de justicia me contentas con esta sola exposición; pero las particulares circunstancias de nuestra reforma me imponen el deber de participarle en satisfacción y honor de este pueblo, haber sido proclamada la más solemne independencia al amanecer el día 28, con el mejor éxito y sin presentarse el más pequeño obstáculo en su establecimiento.

El estrategia de aquella operación de inteligencia político-militar impecable fue el general en jefe Rafael Urdaneta, mismo que Bolívar había nombrado su primer delegado en las negociaciones con la parte española para el tratado de regularización de la guerra y el armisticio, Comandante General de la Guardia del Libertador Presidente, y su sustituto en caso de presentarse alguna situación sobreenvenida.

Recapitulando sobre el capitulado.

Cuando el 14 de diciembre de 1820 parte Morillo para España, queda como general en jefe del ejército pacificador en costa firme La Torre, y Morales asciende al puesto de segundo mandatario, entonces con la graduación de general.

El 26 de febrero de 1822 recibe el Real Título por el que se le nombra mariscal de campo.

Morales a La Torre el 13 de junio de 1822 desde Zazárida:

decidiéndome a moverme de los Puertos de Altagracia, en donde recibía constantemente partes, del lado de Pedregal, que el enemigo adelantaba un movimiento, teniendo noticias varias sobre la fuerza y calidad de ella que invadía la Provincia, suponiendo, según los partes, que sería la reunión que Vargas había hecho sobre Carora y Siquirique, y como ya tenía indicado mi movimiento no apuraba, pues que estaba recogiendo el ganado que podía, pues V. E. conoce lo falto de subsistencias de la provincia. Diariamente recibía partes contradictorios, anunciándome unas veces 450 a 500 hombres y otras hasta el número de tres mil; y haciéndome dudar sobre ellas la marcha del enemigo, a pesar de vociferar, en los puntos que ocupaba, que seguía a los Puertos para batirse con la fuerza que saliese de Maracaibo al mismo tiempo. Estos dichos no me fueron indiferentes, máxime cuando el enemigo tenía abordo de un buque seiscientos hombres de desembarco que constantemente amenazaba por toda la costa.

A los pocos días del éxito español en Zazárida, Morales recibe la noticia del traslado del general La Torre a Puerto Rico, al mismo tiempo que la de su ascenso a general en jefe del ejército expedicionario, mientras se encontraba en la provincia de Coro.

Su designación como capitán general le insufló nuevos bríos a un ego que mucho necesitaba ese reconocimiento, aunque, en el fondo de su problemática personalidad, sabía que le entregaban el mando de una nave que naufragaba.

Entretiene a Páez y Soubllette con escaramuzas y planea, con apoyo en Coro, retomar Maracaibo. El 22 de julio de 1822 Morales se embarcó en La Vela para Puerto Cabello en los buques que le había enviado La Torre, y otros mercantes que ordena acompañarle como séquito de su arribo al poder. La Torre se iría a Puerto Rico y necesitaba sin pausa formalizar la entrega del cargo a su relevo.

El 25 de agosto de 1822, a bordo de catorce naves, con 1.200 efectivos de infantería y caballería, se dirigió Morales hacia el golfo de Venezuela. Llegó a Cojoro en la península Guajira, y fue por tierra sobre Maracaibo, mientras los barcos cruzaban amenazantes el golfo de Venezuela.

El 9 de septiembre de 1822, luego de vencer a las tropas republicanas que mandaba el intendente del Zulia, general Lino de Clemente, Morales se siente dueño de Maracaibo, donde establece su cuartel general, por considerar a este puerto –según el análisis del capitán de navío Madueño Galán–

el más estratégico e importante de Venezuela, porque por su situación geográfica y contando con el dominio del mar, desde dicha posición se podía maniobrar en líneas interiores hacia el E contra Coro, hacia el SE contra Trujillo, Mérida y Pamplona; hacia el O contra Santa Marta y Riohacha y hacia el N, a mar abierto; sitios muy distantes entre sí y sin posibilidad de prestarse el oportuno auxilio

mutuamente. Esto lo percibió muy bien Morales y se valió en cuanto pudo para conquistar en una corta y enérgica campaña tan importante posición.

Pero dejemos que el mismo Morales nos ilustre sobre sus capacidades, en comunicación enviada al secretario de Estado español:

Confieso francamente a Vuestra Excelencia que me ha sorprendido bastante el nombramiento que se ha dignado hacer Su Majestad en mi persona para General en Jefe del ejército de Costa Firme, porque siendo, como es, tan notorio mi insuficiencia y falta de la necesaria robustez para su buen desempeño, es preciso haya de incurrir en graves errores, perder muchas ventajas que puede proporcionar el curso de los sucesos y cometer otras faltas contra el servicio, créido que lo beneficio, por la desgracia de no haber empezado mi carrera bajo la inspección de hábiles maestros, ni tenido tampoco durante ella modelos para el desempeño de tan espinosa y elevada representación, máxime en circunstancias en que todos los elementos militares, físicos como morales, para hacer la reducción del país se han hecho desaparecer para la infeliz Nación Española. Así que he vacilado mucho en aceptar semejante destino, que apenas el hombre más robusto, activo y de la mayor experiencia y conocimientos militares y políticos podría desempeñar.

Sobre el talante despiadado de Morales, los propios autores que han estudiado aquellos sucesos desde la historia militar de España, se encargan de calificarlo:

Los antecedentes de Morales por sí solos causaban temor en las poblaciones que sintieron su presencia criminal de cerca, los realistas se reanimaron por sentir que contaban con un caudillo fuerte, y en el gobierno no subestimaban la capacidad militar y peligrosidad que representaba Morales... porque, en verdad, con Morales al frente de la Capitanía General de Venezuela, la independencia de Venezuela estaba amenazada y con ella la de la América hispana.

A este genocida antivenezolano fue que la joven patriota Ana María Campos lo increpó con la consigna “Si no capitula, monda”, queriéndole decir que, o se rendía o aquí nuestro pueblo se encargaría de liquidarlo. El bestial invasor la mandó a torturar públicamente hasta quedar casi exánime y afectada para siempre por la terrible flagelación a que fue sometida.

Combates navales previos a la Batalla del Lago Maracaibo

Forzar la Barra entre el golfo de Venezuela y el estuario de Maracaibo, fue una medida arriesgada, pero necesaria, como la de bloquear por decreto del 15 de enero de 1823 la costa entre los cabos de Chichibacoa, en la Guajira, y San Román, en Paraguaná; ambas eran parte de la estrategia republicana que dirigía el general Mariano Montilla, por designación del gobierno central. El forzamiento lo había concebido Montilla a sugerencia de los marinos zulianos Manuel Valbuena, Pedro Lucas Urribarrí, Felipe Baptista y Cenobio Urribarrí, entre otros, quienes garan-

tizaban, basados en su experiencia y conocimiento nato del paisaje, la factibilidad de la operación.

El historiador Vinicio Nava asegura que fue Cenobio Urribarrí el artífice original de la propuesta, que Montilla recibió con mucho interés de parte del experimentado navegante, al punto de asumirla y ordenar llevarla a la práctica.

Por la parte realista, llegando Laborde en auxilio de Morales, comenzó un movimiento contra las naves patriotas que bloqueaban Puerto Cabello, a saber: las corbetas María Francisca y Carabobo (buque insignia del comodoro Danells); la goleta Leona, y bergantín Independiente, más otras tres goletas de guerra y un par de ellas desarmadas. El ataque de Laborde a las cuatro y media de la tarde del 1º de mayo fue rápido y contundente, implacable durante dos horas.

En ese combate inesperado, nos causaron 40 muertos, 20 heridos y 300 prisioneros, incluido el comodoro Danells, jefe de nuestra escuadra en sustitución del almirante Luis Brión.

En aguas del Maracaibo, el 20 de mayo Morales inició un ataque con veinticinco embarcaciones de diversa dimensión, contra nuestras naves que aún eran sometidas a reparaciones por los tropiezos del forzamiento y adecuación a las bajas profundidades de la orilla lacustre en la travesía hacia la bahía de El Tablazo. Sin embargo, la respuesta oportuna de los cañones de los bergantines Independiente y Marte, hicieron recular a los españoles, con algunos daños y pérdida de la flechera Margarita. Los nuestros tuvieron tres muertos y tres heridos.

El día 25 nuestra escuadrilla replicó atacando con las fuerzas sutiles y tres goletas, logrando hundir la flechera realista Guaireña, y rescatar veinte prisioneros que los españoles tenían desde los combates terrestres en las cercanías de Sinamaica.

Una distracción táctica ordenada por Montilla al general Francisco Esteban Gómez, hizo caer en el juego a Morales, quien movió una importante fuerza hacia el río Limón, cerca del Moján, a unos 48 kilómetros de la ciudad de Maracaibo. Esta impericia la aprovechó el Intendente general Manuel Manrique para incursionar sobre Maracaibo el 16 de junio, capturando –tras intenso combate cuerpo a cuerpo– las armas, municiones, víveres, dinero, y hasta el vestuario de los almacenes realistas, y destruyendo las baterías que defendían la ciudad-puerto.

Laborde atravesó la Barra frente al castillo de San Carlos el 14 de julio en la mañana, allí lo recibió el coronel Narciso López, a quien Morales había enviado en su representación, lo que molestó al jefe de la armada. La reunión –dicen todos los autores de las crónicas disponibles– fue intensa y amarga. Las instrucciones de Morales mandaban librar de una vez la batalla naval en el lago, lo que Laborde consideró un disparate sin haber intentado otras vías menos drásticas y sin el debido conocimiento de las condiciones del escenario y disposiciones logísticas que una acción de esta envergadura ameritaba.

López fue a Maracaibo a informar al capitán general lo conversado con Laborde, regresando a San Carlos el día 18 de julio con la orden definitiva de su jefe: “Librar una batalla naval decisiva, pues el número y calidad de los buques que componían la flotilla realista que tenía a su disposición desde los castillos hasta el puerto interior, era superior a la flota grancolombiana, la cual se encontraba embotellada y no tenía como escapar”.

Craso error de Morales, como el que cometió creyendo inexpugnable el paso por la Barra entre la fortaleza de San Carlos y el fortín de Zapara. Por desconocer la naturaleza del campo de batalla, obvió que el viento y las mareas a quienes encajonaron fueron a sus fuerzas, recostadas en la ensenada que va de Capitán Chico al puerto maracaibero.

Pese a esta tajante increpación, Laborde no dejó de intentar una (infructuosa) evasión del combate, enviando una intimidación para que la escuadra patriota se rindiera. El emisario volvió con un nítido rechazo a la insolente sugerencia.

Como hemos sostenido, la idea original de forzar la Barra del Maracaibo fue de Mariano Montilla en consulta con “marinos insurgentes maracaiberos”. Es Montilla quien le comunicó el proyecto a Padilla, en su condición de comandante del tercer departamento de Marina, designado para comandar la escuadra que actuaría en aguas del Lago. No le negamos mérito alguno a Padilla, él mismo se encargó de tirar por la borda, todos los que había cosechado.

46

Más al sur, el Libertador presidente Simón Bolívar se encontraba por su parte en Guayaquil, reuniendo el futuro ejército auxiliar de Colombia, que sería enviado a Perú. Sin una victoria en el Zulia que despejara la situación, sería imposible acudir a la llamada de auxilio que hacía el Perú, para así liquidar el poder español en Sudamérica. De manera que una de las primeras consecuencias de la victoria en Maracaibo fue que la mayor parte de las fuerzas enviadas al Perú eran tropas que hasta julio de 1823 estuvieron ocupadas en el norte de Colombia (la original).

Eliminar definitivamente el poder español en Sudamérica fue posible, en primer lugar, por la correcta visión estratégica de Bolívar –a pesar de malagradecidos y tergiversadores– que trazó como objetivo principal destruir el ejército realista en donde este se encontrara; por la tenacidad y desprendimiento del propio Libertador que perseveró en medio de las mayores dificultades políticas, logísticas y hasta personales, porque tuvo que sortear fuertes problemas de salud. Adicionalmente, porque Bolívar no vaciló en compartir sus naturales espacios de liderazgo militar con jóvenes promesas que él mismo se encargó de promover a mandos superiores y misiones de trascendencia, que bien hubiese podido realizar directamente.

Súmense los ingentes sacrificios en vidas y esfuerzos económicos realizados por nuestros pueblos de Venezuela y de la Nueva Granada, al punto que los efectos positivos de la victoria zuliana se sintieron casi instantáneamente en el Perú, donde llegó el Libertador en septiembre y a partir de octubre de aquel año glorioso, la situación de la guerra en territorio peruano había cambiado radicalmente por la presencia moralizante de nuestras fuerzas.

Solamente del ejército dirigido por el general Mariano Montilla en las acciones del norte caribeño, fueron enviados por Panamá 3.000 hombres, de los 14.000 en total que llegó a movilizar el ejército libertador a petición de Simón Bolívar, los cuales iban equipados, alimentados y hasta uniformados a cuenta de nuestra República.

Bolívar arribó a Lima el 1º de septiembre de 1823, dejando a Ecuador totalmente libre de peligros, tras la contundente victoria en las sabanas de Ibarra contra los fanáticos realistas de Merchán Cano y Agualongo. En diciembre del año siguiente, las fuerzas españolas en Suramérica habían sido destruidas por los ejércitos que mandó el Libertador directamente o a través del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

En esa elevada estirpe que liberó el mundo andino, marchaban los zulianos que con toda razón y justicia canta el bardo maracaibero Udón Pérez en el *Himno del Zulia*:

En la defensa olímpica
de los nativos fueros
tus hijos sus aceros
llevaron al confín;
ciñendo lauros múltiples
los viste, con arrobos
del Lago a Carabobo,
del Ávila a Junín;
y en Tarquí y Ayacucho
vibraron su clarín.

Manuel Valbuena, práctico de primera

Manuel Valbuena fue el principal guía del forzamiento de la Barra de Maracaibo el 8 de mayo de 1823; de ese movimiento náutico, y de muchos que hubo de hacerse en las bajas profundidades de las riberas del lago, aquellos días previos a la batalla naval del 24 de julio.

Es muy clara la explicación ofrecida por el general Manuel Manrique, intendente y comandante general del Zulia, en comunicación del 20 de septiembre de 1823 al secretario de Estado y despacho de Guerra, a propósito de la diatriba

suscitada por el afán de Padilla (¿azuzado por Santander?) de atribuirse a sí mismo el triunfo del 24 de julio de 1823 en el lago Maracaibo, en detrimento de los méritos y grandes sacrificios del pueblo zuliano y de las fuerzas mandadas por Manrique:

Seguramente aquel Jefe no conocía su localidad ni tampoco previó que el enemigo podría dejar descubierto el canal como lo estaba sin un solo buque de guerra que lo defendiera; esta fue la fortuna y de otra suerte no se habría conseguido la operación sin empezar los mayores sacrificios quizá hasta verla sin suceso, porque la Barra explicada como es en sí no es otra cosa que el canal referido, situado entre dos bajos en medio del mar, para encontrar es necesario tender espías, con prácticos que le sondeen, y para pasar los buques hasta en quince o veinte pies de agua, según lo ofrece la plea o baja mar, basta colocarlos en hilera para que siga uno en pos de otro, sin el más remoto riesgo porque en el acto queda muy pronto y fuera de los tiros del Castillo: esto fue lo que sucedió el ocho de mayo a la Escuadra de operaciones con la acertada dirección del práctico de 1ª Manuel Valbuena, a quien el señor General (Lino de Clemente), mi antecesor, remitió a La Guaira desde Betijoque, y con la ayuda del señor Beluche y los Comandantes de buques Pilot, Bluck, Urribarri y Vega que habían pasado y repasado varias veces la Barra.

El historiador Francisco Alejandro Vargas no menciona a Manuel Valbuena en su obra *Nuestros próceres navales*, pero sí reseña su presencia, junto a Pedro Lucas Urribarrí, Felipe Baptista y Tomás Vega, realizando un sondeo y balizaje del canalizo que les faltaba navegar luego de forzar la Barra para llegar a la parte más honda de la bahía de El Tablazo. Sobre esta riesgosa tarea dice Vargas que la cumplieron “con verdadera pericia militar y arrojo inigualable, desafiando el fuego terrible de la artillería española”.

Quienes hemos tenido la dicha de conocer esos parajes sabemos lo complicado de maniobrar para terminar encallados en cualquiera de los bajos que predominan. También podemos atestiguar que se trata de un paisaje maravilloso.

Aquel 8 de mayo nuestros héroes navales no tuvieron ocasión de disfrutar ese encuentro de las tres aguas que bañan el archipiélago añú, donde el patriotismo fluye en resguardo de la sangre de los originarios que nos dieron una nacionalidad única y especial.

El cauce del viejo Macomite apenas se hacía sentir en la bahía de Urubá, que se une a la del Tablazo dominada por los vientos alisios, insistentes por esos días en hacerse notar en el noroccidente zuliano.

La vista desde Toas o El Moján, y los pueblos mangleros del estuario, es hermosa, pese a los empellones que el colonialismo invasor le asestó al territorio ancestral del pueblo añú, allí donde nuestro cacique Nigale y sus ancestros enterraron sus difuntos en sentidas ceremonias de amor, viendo las almas volar convertidas en ligeras mariposas.

La belleza del paseo por esas aguas no le es indiferente ni a los espíritus más fríos. Ni el olvido ni la pobreza pudieron cohibir la gracia del juego visual que pintan múltiples aves pescadoras compitiendo por las pequeñas presas plateadas que brillan en la superficie.

El manglar esconde enigmas de vida que la mayoría ignora. Criaturas vivientes y traslúcidas desandan en su vientre húmedo y sus suelos oscuros. Sus raíces penetran el elemento acuoso y el etéreo, como llevando las savias de la tierra al infinito en abrazos vegetales, con sus erguidos brazos vestidos de verde.

La ruta de tres aguas se completa con el azul de la patria, allí donde el río Limón tributa al Maracaibo, y el golfo de Venezuela le da nacimiento al mar Caribe. En ese lugar de ensoñación nos juramos fielmente honrar por siempre la gesta emancipadora.

Retomando al casi desconocido personaje, dejo para la fábula o para una futura confirmación historiográfica, un enigma planteado por el dilecto historiador Vinicio Nava Urribarrí, descendiente de aquellos radicales patriotas Urribarrí de La Rita, que recoge a su vez la tradición oral que recopiló en sus largas jornadas investigativas, sobre el hecho de que Manuel Valbuena fuese realmente un seudónimo utilizado por José Cenobio Urribarrí en los tiempos en que los realistas dominaban la región y la clandestinidad era la opción para continuar la lucha.

Un párrafo del tomo II de la *Historia Naval* de Francisco A. Vargas, nos retrotrae a la confusión sobre si Manuel Valbuena era el alias –tal como sugiere el maestro Vinicio Nava– utilizado por Cenobio Urribarrí:

Al tener conocimiento el General Soublotte de los primeros movimientos de Morales sobre Maracaibo, a mediados de setiembre, dispuso el envío de una expedición marítima al mando del Capitán de Navío Renato Beluche, con órdenes de desembarcar en Coro 800 soldados y seguir luego a Maracaibo en auxilio del Contralmirante Clemente, y autorizó al General Páez para obrar a discreción con tres batallones en el Occidente de la Provincia de Caracas y en la de Trujillo, siendo también el objeto principal de su operación, auxiliar al Comandante General del Departamento Militar del Zulia si aún ocupaba a Maracaibo, y si los empero el Lago, como era de suponerse, embarcar la División y reconquistar la plaza; pero llegó el 28 de setiembre a Carache, donde supo por comunicación del Contralmirante Clemente que el Castillo de San Carlos había capitulado y que Morales tenía en su poder todos los buques del Lago, por lo que, después de adelantar su marcha hasta Trujillo, se regresó a Valencia, trayendo consigo al señor Manuel Valbuena, el cual envió al General Soublotte indicándole que era un práctico de la Barra de Maracaibo y que podía introducir la Escuadra republicana en el Lago sin riesgo alguno; este a su vez lo remitió al almirante Padilla, con órdenes de ejecutar dicha operación, la cual se llevó a efecto, como veremos luego, sin más pérdida que la de un Bergantín.

Como veremos en las siguientes líneas, Páez, en sus memorias, menciona a este práctico con el solo apellido “Iribarren”, de seguro un error que otros también han cometido, confundiéndolo con Urribarrí.

Cenobio Urribarrí

Es otro de los tantos héroes –y en su caso también mártir– de nuestra independencia echados al más cruel olvido. Cenobio Urribarrí fue víctima del despecho de los realistas vencidos el 24 de julio de 1823, cuando apenas se recuperaba en una casa maracaibera del barrio El Empedrado, lo secuestró un comando encabezado por un tal Nicolás Morales, llevándolo a una cañada apartada donde lo asesinaron cobardemente.

Este suceso estuvo cerca de provocar la ruptura de las negociaciones de capitulación, pero hubo de imponerse la prudencia y la diplomacia política por las poderosas razones de Estado que implicaba; sin embargo, entre los camaradas de Cenobio, vencederos en las aguas de su lago que mostraron magnanimidad a un enemigo indigno, cundió la rabia por la afrenta causada tan vilmente, siendo además la víctima muy conocida y apreciada en las ciudades orilleras Altigracia, La Rita y Maracaibo. El resultado fue el ajusticiamiento de cuarenta oficiales españoles.

El general Mariano Montilla reportaba desde la Comandancia General que ejercía en Cartagena el 13 de noviembre de 1822, al comandante general de Marina:

El señor General Comandante General del Departamento del Zulia, desde su Cuartel General de Betijoque, con fecha 22 del mes próximo pasado, entre otras cosas me dice lo siguiente: Ayer se me presentó, procedente de Maracaibo, el ciudadano Cenobio Urribarrí, Comandante que fue de la goleta Perseverancia, uno de los buques apostados en la barra para contener las invasiones del enemigo, y en la declaración juramentada que le recibí sobre los sucesos ocurridos desde la pérdida del castillo hasta el día 15 del corriente que salió de aquella ciudad, refiere: Que el Teniente Coronel Miguel Gómez fue prisionero en Sinamaica después de herido, y que sin embargo los españoles le habían dado servicio y el grado de Coronel, para tenerlo más de su partido; que pocos días antes vio llegar de Riohacha dos hombres prietos, viejones y manchados de carate, a pedir auxilios al General Morales para proteger la revolución tramada en aquella ciudad a efecto de reconocer la causa del rey, y que por este motivo para el mismo día quince salía de Sinamaica el Coronel don Narciso López con 400 hombres y Gómez con los indios, añadiéndole que Morales entró en Maracaibo con 1.660 hombres, de que solo deben deducirse como cuarenta muertos y cien heridos en la acción de Salina Rica, la mayor parte por las piernas, entre los primeros varios oficiales y el Coronel don N. García, Comandante del Batallón Valencey, y que ha aumentado considerablemente los cuerpos con reclutas de hombres de todas clases, fuera de 300 infantes más que llevó en la escuadra el Coronel Frago.

Como se puede deducir de esta información de inteligencia, Cenobio Urribarrí es un ciudadano patriota, un hombre del pueblo, de esos que la “historia” vista desde y para las élites, ignora, borra, desaparece.

En la lista nominal original de “los individuos que estuvieron a bordo de los buques de la escuadra destinada a obrar sobre el Zulia desde que se forzó la Barra de Maracaibo hasta que se rindió la plaza”, aparece asignado al bergantín Confianza, comandado por Pedro Lucas Urribarrí, en el renglón “oficiales”, el nombre de Zenón Urribarrí, que seguro corresponde a Cenobio; igualmente lo reseña en su *Historia Naval de Venezuela* (t. III, p. 88), el teniente, poeta y escritor fundamental de nuestra historia militar, Francisco Alejandro Vargas.

Las memorias de Páez cuentan a su manera los hechos:

Morales desembarcó en Cojoro y marchó, engrosado su ejército con algunos indios, al puerto de Sinamaica; obligó a desalojarlo al oficial que lo mandaba, y después de la acción de Salina Rica ocupó a Maracaibo... El general Clemente, que mandaba en Maracaibo, al embarcarse para Betijoque, provincia de Trujillo, había encargado muy especialmente al gobernador del castillo de San Carlos, coronel Natividad Villasmil, mantenerse en él sin entrar en negociaciones de ningún género con el enemigo; pero este cobarde jefe, a la primera amenaza que le hicieron, capituló sin hacer la más leve resistencia... Contramarché entonces a Valencia llevando conmigo un práctico de la barra, llamado Iribarren, el cual mandé al general Soubllette, indicándole que dicho práctico podría introducir sin riesgo nuestra escuadra en el lago. Envié Soubllette a la escuadra ordenando al jefe de ella, general Padilla, ejecutase dicha operación, la cual se llevó a efecto sin más pérdida que la de un bergantín. La escuadra, combinando sus movimientos con las fuerzas que en tierra mandaba el coronel Manrique en los puertos de Altigracia, atacó a la española que mandaba D. Ángel Laborde, decidiendo la derrota de este la campaña de Maracaibo.

El autobiografiado aprovecha –como en muchos pasajes– para insinuar cierta coautoría del forzamiento de la Barra, lo que es absurdo, porque Páez no tenía ni idea del paisaje marino aludido. Pero, si comparamos con lo afirmado por Vargas sobre el mismo relato, de nuevo observamos que se entrecruzan las menciones a un personaje mutante que aparece en el mismo episodio encarnado por dos nombradías legendarias.

En estas notas no hemos podido despejar el misterio que especula sobre que Cenobio Urribarrí y Manuel Valbuena eran la misma persona; no descartamos nada, porque se ha visto en la historia que la voz popular guardó con más celo las gestas de su querencia, que algunas visiones historiográficas dedicadas a exaltar héroes de frac y de levita, con capas tejidas en oro, y poses napoleónicas en mármoles distantes.

Pedro Lucas Urribarrí es un personaje con una historia fabulosa. Se puede decir de él, en el argot coloquial venezolano, que es un vergatario; esto es, alguien que

la saca de jonrón, que mete un gol desde media cancha, un osado, valiente, un retador de las circunstancias adversas.

Pedro Lucas vino al mundo en el año 1777 en la orillera población de Santa Rita, costa oriental del lago Maracaibo, siendo sus padres Blas Urribarrí y Ana Josefa Prieto. En el mismo pueblo formó matrimonio con su prima María Andrea Urribarrí, con quien cosechó una numerosa familia.

Muy joven se enroló en las tareas navales, viajando a las Islas Canarias, donde el gobierno español lo designa Comandante del bergantín Confianza, dadas sus dotes prácticas de buen marino y talante disciplinado.

El lance que lo inmortalizó como un patriota arriesgado en extremo, fue cuando tomó la decisión, temeraria según algunos autores, bizarra según otros, de dirigirse con la nave que comandaba hacia las costas de Venezuela. Urribarrí, que venía de una digna familia, donde se cuestionaban los oprobios del régimen colonial, se hastió de servir a un país que no era su patria, sino su opresor. Sintiendo el llamado telúrico del lago donde nació, se lanzó al océano con la proa rumbo a la Tinaja del Sol.

Al enterarse de la deserción, los españoles lo persiguieron en tres navíos, con los que tuvo que enfrentarse en mitad del océano Atlántico, vencéndolos a cada uno hasta poder seguir su espectacular regreso al estuario de Maracaibo.

¡Osadía más grande en solitario, es difícil de concebir!

Era el 17 de febrero de 1821. Inmediatamente entró a sus amadas aguas, se puso a las órdenes del recién instalado gobierno republicano, porque Pedro Lucas llegó en el momento más oportuno, justamente cuando la provincia se había pronunciado a favor de la causa independentista, y adherido a la República que nació en Angostura: la Primera República Bolivariana.

Ya en la patria chica sirvió mandando el pailebot armado Pájaro Verde, que mantuvo a raya y repelió a los realistas que acechaban en los Puertos de Altigracia; luego contribuyó con el general Rafael Urdaneta en todos los preparativos de la división que este organizaba para liberar Coro y acudir a la gran Batalla de Carabobo. En el mes de abril del mismo año, pasó a comandar el pailebot de guerra Carabobo, con el que fue a Santa Marta por tropas y pertrechos, mientras en la ruta atacó a las naves realistas que se hallaban en esas costas colombianas.

Cuando en septiembre de 1822, Maracaibo es invadida por las fuerzas del mariscal Francisco Tomás Morales, Pedro Lucas Urribarrí se adentró en el lago hacia el puerto de Moporo; allí el intendente general Lino de Clemente, le encargó las piezas de artillería que salvaron de Maracaibo. Estando en Gibraltar, se vieron obligados a inutilizar el parque hundiéndolo en el lago.

Se retiró a Betijoque, y en octubre tomó los puertos de Moporo y Tomoporo en medio de un tupido tiroteo con los realistas, donde capturó ochenta prisioneros; de allí salió a tomar Gibraltar, cumpliendo cabalmente su misión.

Acciones como estas ocurrieron muchas en el lapso comprendido entre la Batalla de Carabobo y la espectacular Batalla Naval del Lago Maracaibo, que la historiografía “oficial” ignora, por considerarlas insignificantes, por ignorancia, o por haber ocurrido en regiones menospreciadas en esa visión central-oligárquica de la historia nacional.

Pedro Lucas Urribarrí cayó prisionero el 29 de diciembre al ser contraatacado por las fuerzas de Morales que se habían enseñoreado con casi todo el departamento Zulia. Estando preso, es canjeado en La Guaira a comienzos de 1823, incorporándose como primer teniente de la Corbeta María Francisca, una de las naves que bloqueaba Puerto Cabello comandadas por el capitán de navío Juan Daniel Danells. A estas fue que atacó Laborde empezando el mes de mayo, en el combate de Isla Larga, donde también se involucró Beluche y tuvimos un revés transformado en próximas victorias por el espíritu creativo indomable de nuestro pueblo.

Cuando el general Mariano Montilla propuso forzar la Barra, Pedro Lucas junto a su primo (José) Cenobio Urribarrí y Felipe Baptista, más otros nativos originarios del lago, fueron quienes dieron la información de campo que determinó la acción, y el día 8 de mayo, que se realizó exitosamente, estos mismos marinos insurgentes guiaron la escuadra en el difícil paso por el estrecho, bajo el férreo cañoneo de la fortaleza de San Carlos.

El forzamiento de la Barra fue el comienzo del triunfo coronado aquel 24 de julio de 1823, donde Pedro Lucas Urribarrí, comandando el bergantín de guerra Confianza, venció dos de los bajeles realistas, convirtiéndose en destacado héroe del capítulo que selló nuestra independencia; por esos méritos se pidió su ascenso al Supremo Gobierno de la República “por su valor, serenidad y exacto cumplimiento de su deber en la memorable acción”.

Tras la capitulación de Morales en agosto del glorioso 1823, le asignaron el mando del bergantín-goleta Maratón como parte de las naves que, a las órdenes del capitán de fragata Clemente Castell, condujo a los realistas hasta Cuba.

Luego de prestar los más exigentes servicios a la patria, Urribarrí es cesado en su carrera como marino patriota el 4 de octubre de 1829, con asignación de apenas un tercio de su remuneración ordinaria.

El teniente de navío Pedro Lucas Urribarrí quedó en la pobreza con su numerosa familia, por lo que en 1835 dirigió al Presidente de la República la siguiente petición, no de dádivas o limosnas, sino de un empleo digno, como era de esperarse y lo merecía, uno de la estirpe de Rafael Urdaneta:

Sujeto como estoy a la tercera parte de mi sueldo, y avanzado de edad para trabajar materialmente es imposible cubra con tan pequeña porción los gastos que tengo que erigir para la educación de aquellos que me son tan íntimos, y que en ellos se cifran mis esperanzas para la senectud, si logro instruirlos en términos que sean útiles a su patria. En cuya virtud con el pedimento más conforme y

reverente ocurro a V. E. suplicando se sirva acceder a mi solitud concediéndome la Comandancia de este Apostadero en la forma expuesta, si no de justicia, de gracia o merced que imploro alcanzar de Vuestra Excelencia (Maracaibo a 28 de febrero de 1835).

El prócer del lago y mar soberano de Venezuela, Pedro Lucas Urribarrí, falleció el 15 de julio de 1848, sin haber dejado de ser útil a la patria ni un instante.

50

Recordando a Felipe Baptista con las enseñanzas de Francisco Vargas

Este olvidado prócer de la independencia nació en los Puertos de Altagracia el 7 de enero de 1789, hijo de Gerónimo Baptista y Mariana Faría.

Su precoz vocación náutica comenzó a cosecharla en la ciudad de Maracaibo, donde hizo un curso especial de náutica con el maestro José Ignacio Baralt.

Luego, al concluir esos estudios, obtuvo tan buenos resultados que ejerció como capitán de buque, viajando por España, Francia, México, Cuba y Puerto Rico.

En 1811 fue segundo piloto de la Real Armada Española en La Habana. En 1813 fue a España, y allí contrajo matrimonio con Bernabela de Uribe, con quien tuvo seis hijos (cuatro fueron navegantes como el padre). En 1814 regresó con su esposa a Maracaibo, pero estableció su hogar en Boconó.

En la escuadra de la República participó en la campaña de Santa Marta, bajo las órdenes del capitán Renato Beluche, ganándose en poco tiempo el respeto de sus superiores por su carácter, y “porque era severo en sus costumbres, valiente, activo y con una cualidad distintiva: la lealtad”.

El 15 de febrero de 1821 ascendió a alférez de navío y siendo segundo comandante de la goleta Independencia, llevó a Maracaibo una parte del batallón Rifles (la otra vino por tierra, uniéndose a la división Urdaneta en Pedregal); luego, mandando la goleta artillada Pájaro Verde, regresó a Santa Marta a las órdenes del contraalmirante Lino de Clemente, quien en el mes de septiembre lo nombró comandante del pailebot de guerra Volador, en el cual trasladó a Sabanilla tropas que luchaban por rescatar Cartagena.

Pasó de nuevo a ejercer la segunda comandancia de la independencia, donde realizó varias misiones importantes. En 1822 condujo tropas a Maracaibo con el fin de contener la invasión de los realistas; luego, con el general José Antonio Páez estuvo en el bloqueo de Puerto Cabello.

Felipe Baptista fue, junto al ritero Pedro Lucas Urribarrí, de los héroes que comandaron la Batalla Naval de Maracaibo aquel 24 de julio de 1823. Sin su experticia y conocimiento del estuario, la armada republicana no habría podido sortear la compleja entrada por la Barra, ni ponerse en las ventajas que logró en el acuoso campo de batalla.

Tomás Vega nació en una fecha desconocida a finales del siglo XVIII en La Cañada, unos pocos kilómetros al sur de Maracaibo, donde la familia del general en jefe Rafael Urdaneta tenía su hato.

En el año 1821 es plaza de guardiamarina en la armada republicana, ascendido el 22 de diciembre de 1822 a alférez de navío, asumiendo el mando de la goleta Emperadora, con la cual contribuyó a la campaña del Zulia de 1823.

El 24 de julio fue de los vencedores en la memorable batalla triunfal, en la cual, con su buque, se propuso apresar al bergantín realista Esperanza, aunque sin lograrlo, ya que –como dice Vargas– “cuando intentó abordarlo, cercándolo, en unión del bergantín Marte que comandaba el capitán de navío Nicolás Joly, su Capitán Federico, antes que rendirse y entregarlo prefirió una muerte más gloriosa y resolvió volarlo” prendiendo fuego su arsenal.

En julio de 1826, “atendiendo al mérito y servicios del Alférez de Navío Tomás Vega, he venido en ascenderle a Teniente de Fragata de la Armada Nacional”, según Despacho emitido por el poder ejecutivo, que rezaba lo siguiente:

por tanto, ordeno al Jefe a quien corresponda le ponga en posesión del referido empleo de Teniente de Fragata de la Armada Nacional, guardándole y haciéndole guardar los fueros, honores y privilegios que le competen; y que se tome razón de este Despacho en las Oficinas de hacienda correspondientes, para que se le haga el abono del sueldo en los términos que la ley señala... en Bogotá a veintisiete de Julio de mil ochocientos veintiséis.

El teniente de fragata Tomás Vega siguió apegado a su terruño cañadero, donde se casó en dos ocasiones por haber enviudado en la primera, y formó familia como era costumbre del paisanaje de otrora. El 8 de julio de 1829 recibió el mando del Apostadero y Capitanía de Puerto de Maracaibo.

Al año siguiente le encomendaron la Capitanía de Puerto de La Vela de Coro; ascendiendo a teniente de navío; más tarde, en julio de 1832, se le concedió licencia temporal indefinida con goce de tercera parte del sueldo de su grado de primer teniente de la armada nacional.

En su nueva condición de retirado, regresó a La Cañada, donde falleció el 31 de julio de 1845.

José Francisco Coll nació en Maracaibo también a finales del siglo XVIII. Comenzó a servir a la República en 1822 en la escuadra que actuaba en el Zulia a bordo de la goleta de guerra Antonia Manuela.

Participó en el bloqueo de las costas del golfo de Venezuela, y se destacó en las operaciones navales en el lago, incluyendo la gloriosa batalla del 24 de julio, que selló la independencia de la actual República Bolivariana de Venezuela. En dicha lid naval recibió varias heridas; fue reconocido con la Estrella de Libertadores y el ascenso a alférez de fragata.

Siguió sirviendo en diversas situaciones, incluso después de haberse incapacitado, hasta sus últimos días, que terminó con el grado de teniente de navío.

53

Una de las crónicas populares más conmovedoras que se tejieron en el contexto de la Batalla Naval del Lago Maracaibo fue sin duda la de los hermanos Caldera.

Era el pueblo pescador, la mayoría añúdescendientes muy arraigados a su terruño lacustre, herederos de la gesta de aquellos primeros patriotas que enfrentaron al invasor español desde el primer día que aparecieron en nuestro golfo de Venezuela aquel 24 de agosto de 1499.

Los cronistas custodios de la oralitura ancestral relatan que, embarcados en los buques de la Armada Republicana, o, montados en sus pequeñas canoas –cuchillo entre dientes, arcos y flechas en ristre– la muchedumbre lanzada espontáneamente contra el odioso ocupante colonial, simulaba un cardumen justiciero en las ensangrentadas aguas que recalaban en Cotorrera, Santa Rosa y Capitán Chico.

Entre esos espontáneos destacaron los hermanos Pedro Juan y Lucas Caldera, nativos de los Puertos de Altagracia, que estando enfilados en la tripulación patriota, habían salido de permiso a visitar su familia.

Se cuenta que, al regresar para ponerse a las órdenes de sus superiores, ya la flota había zarpado. Avergonzados por el retraso involuntario, decididos en honor a satisfacer sus deberes, se lanzaron a nadar con desespero para sumarse a sus camaradas, pero en la agotadora travesía, a Lucas le comenzaron a faltar fuerzas y fue quedando rezagado con evidentes signos de impotencia. Pedro volvió con su hermano Juan tratando de ayudarlo, pero estando ya en media bahía, era poco probable que se salvaran los dos en las brazadas de uno.

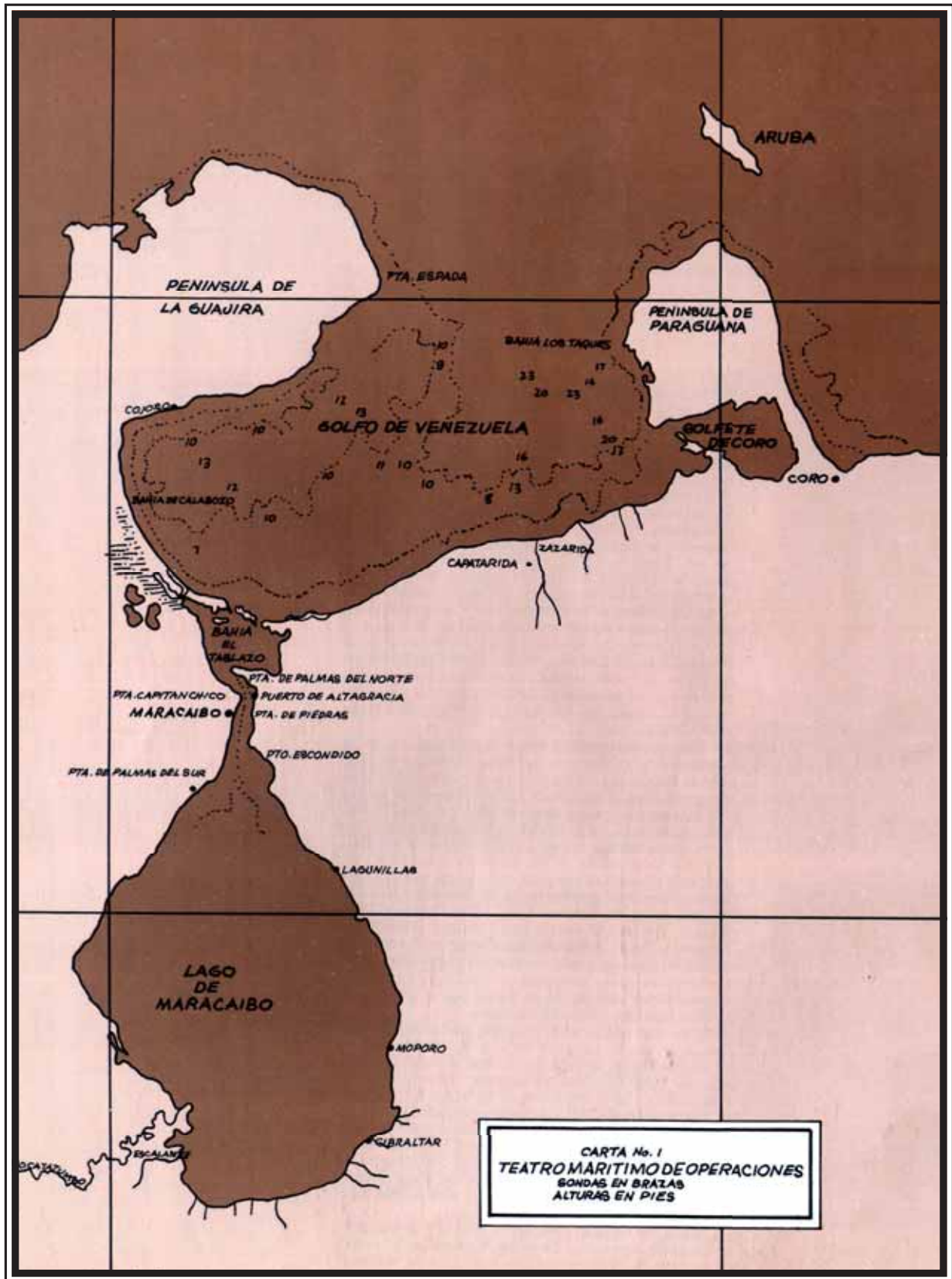
Entonces Lucas, sabiéndose perdido por sus menguadas energías, le dijo a Pedro: “Hermano, andá vos... alcanzaré la escuadra y peleé por los dos”, hundiéndose al instante en las aguas que lo vieron nacer. Pedro Caldera, entre sollozos, con el alma lacerada por ver fallecer a su querido hermano, continuó nadando hasta alcanzar al Confianza, donde sus compañeros se habían dado cuenta de su presencia en el lago y lo esperaron.

Ya a salvo sobre cubierta, quedó absorto con la mirada extraviada sobre los marullos, tratando de fijar en su mente el lugar exacto donde su hermano se

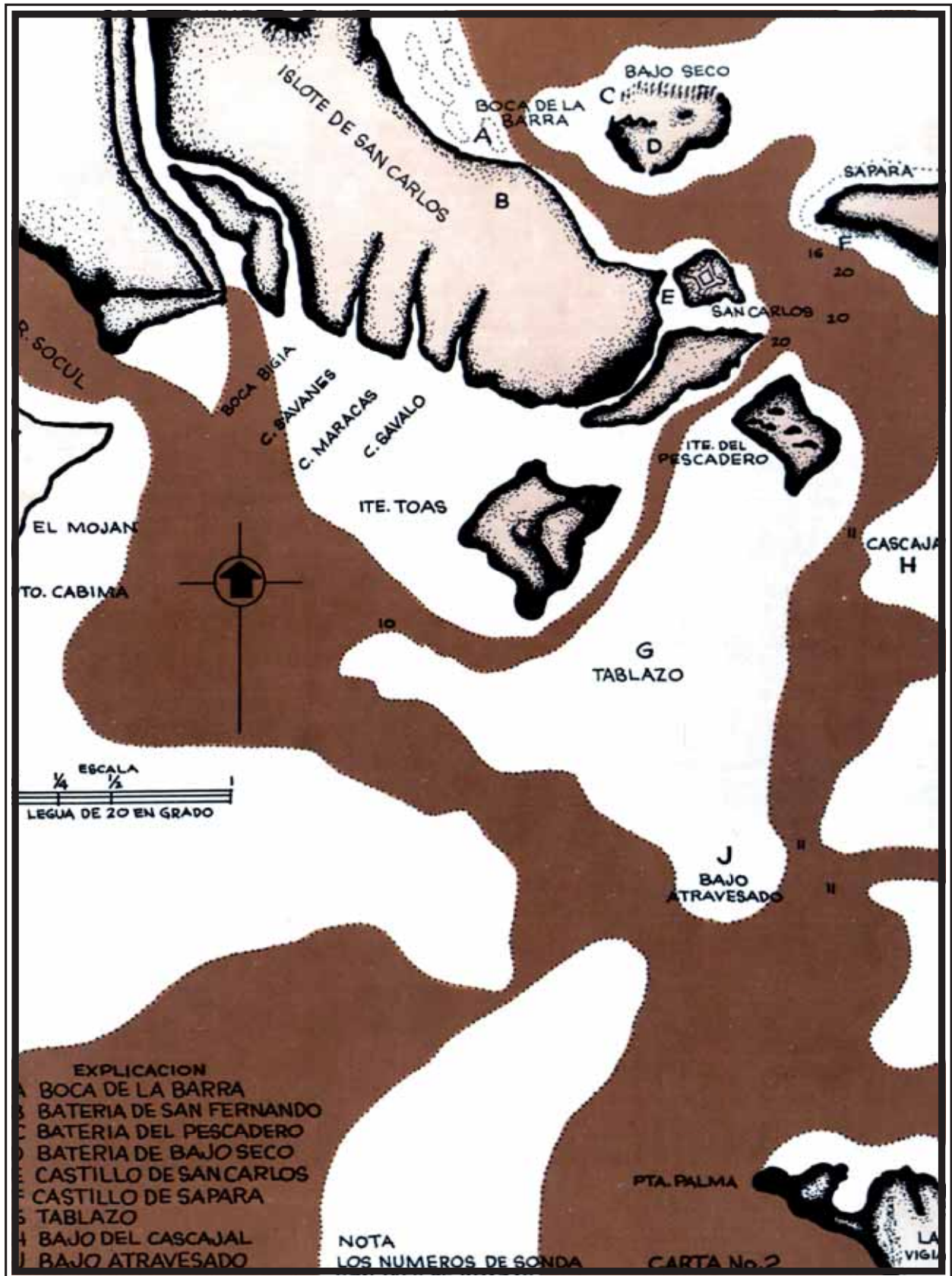
había inmolado. “Pelearé por los dos, hermano; ¡la patria vencerá!”, fue su grito catártico y guerrero, que insufló renovadas fuerzas en la tropa a bordo que lo contemplaba con una mezcla de pesar y admiración. Su grito fue coreado como cañonazos del alma.

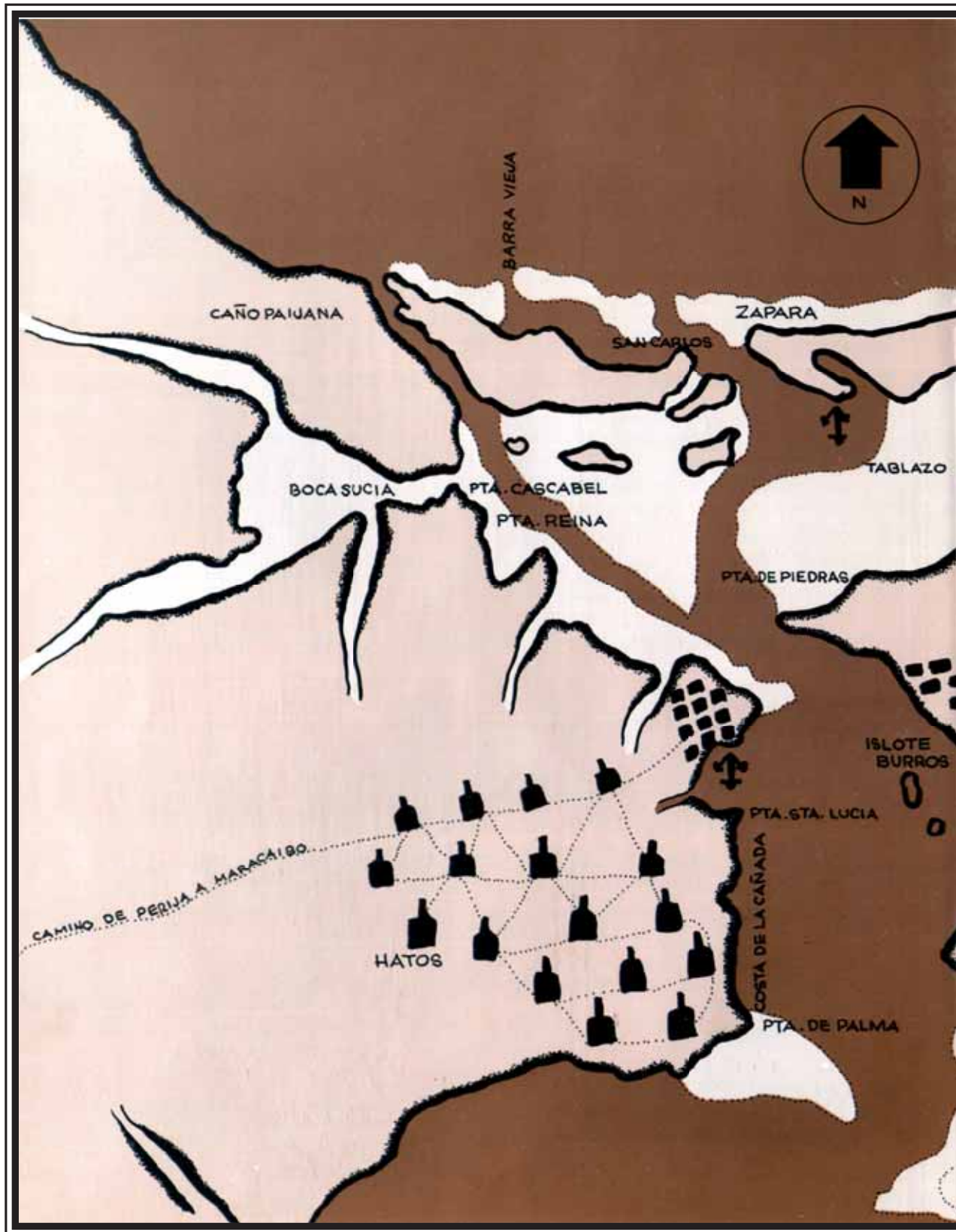
Ydelfonso Finol

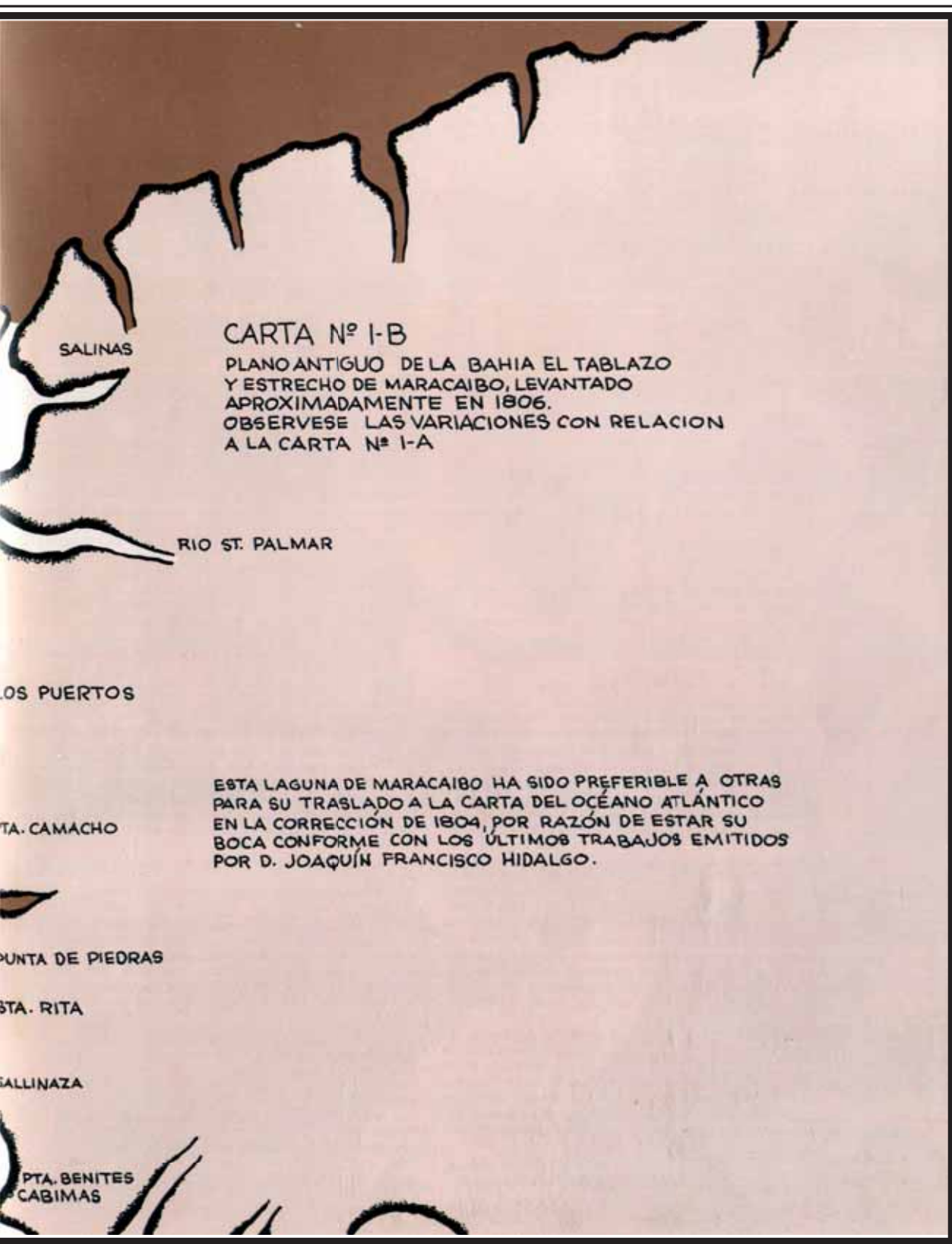
Mapas e imágenes

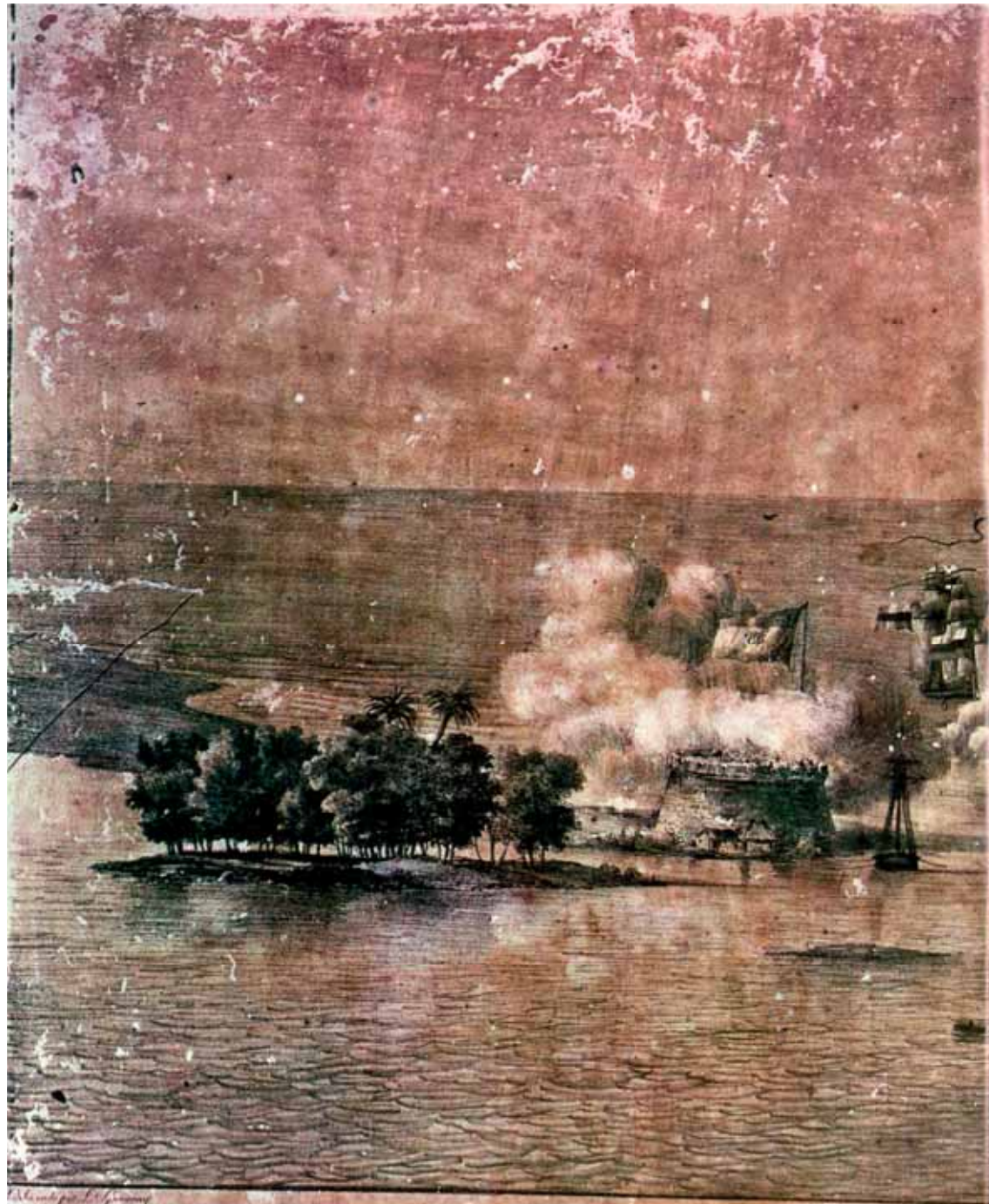












El Maracaibo por J. G. G. G.

1^a Vista de la Esquadra de la Republica de Colombia
al ser en la Bahía de Maracaibo

| Nombres de los Buques | | Sus Comandantes | |
|------------------------------------|----------------------------|------------------------------------|-----------------------------|
| 1 ^o Buque Independiente | El Cap. Antonio Beltrich | 2 ^o Buque Independiente | El Cap. Juan Manuel Cordero |
| 3 ^o Buque Independiente | El Cap. Juan Pablo Herdugo | 4 ^o Buque Independiente | El Cap. Juan Pablo Herdugo |
| 5 ^o Buque Independiente | El Cap. Juan Pablo Herdugo | 6 ^o Buque Independiente | El Cap. Juan Pablo Herdugo |



1ª Vista de la Escuadra de la República de Colombia al mando del General Bto. José Padilla, el día 8 de mayo de 1823 al forzar la Barra de Maracaybo por el Castillo de San Carlos (1823) de Ambroise Louis Garneray.

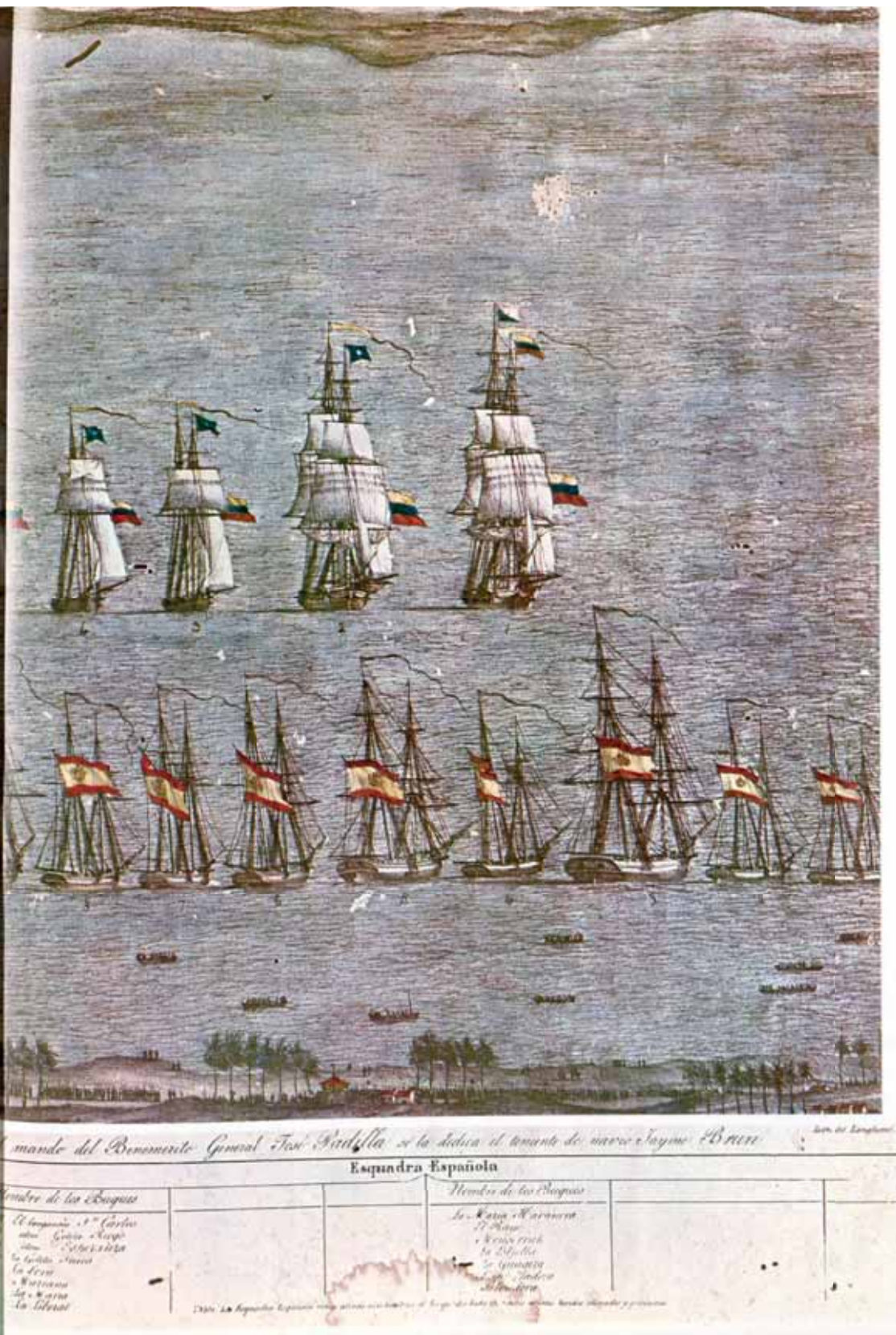
Colección Museo Bolivariano, Caracas.



2.ª Vista del Combate del 24 de Julio del año de 1823 en la laguna de Maracaibo.

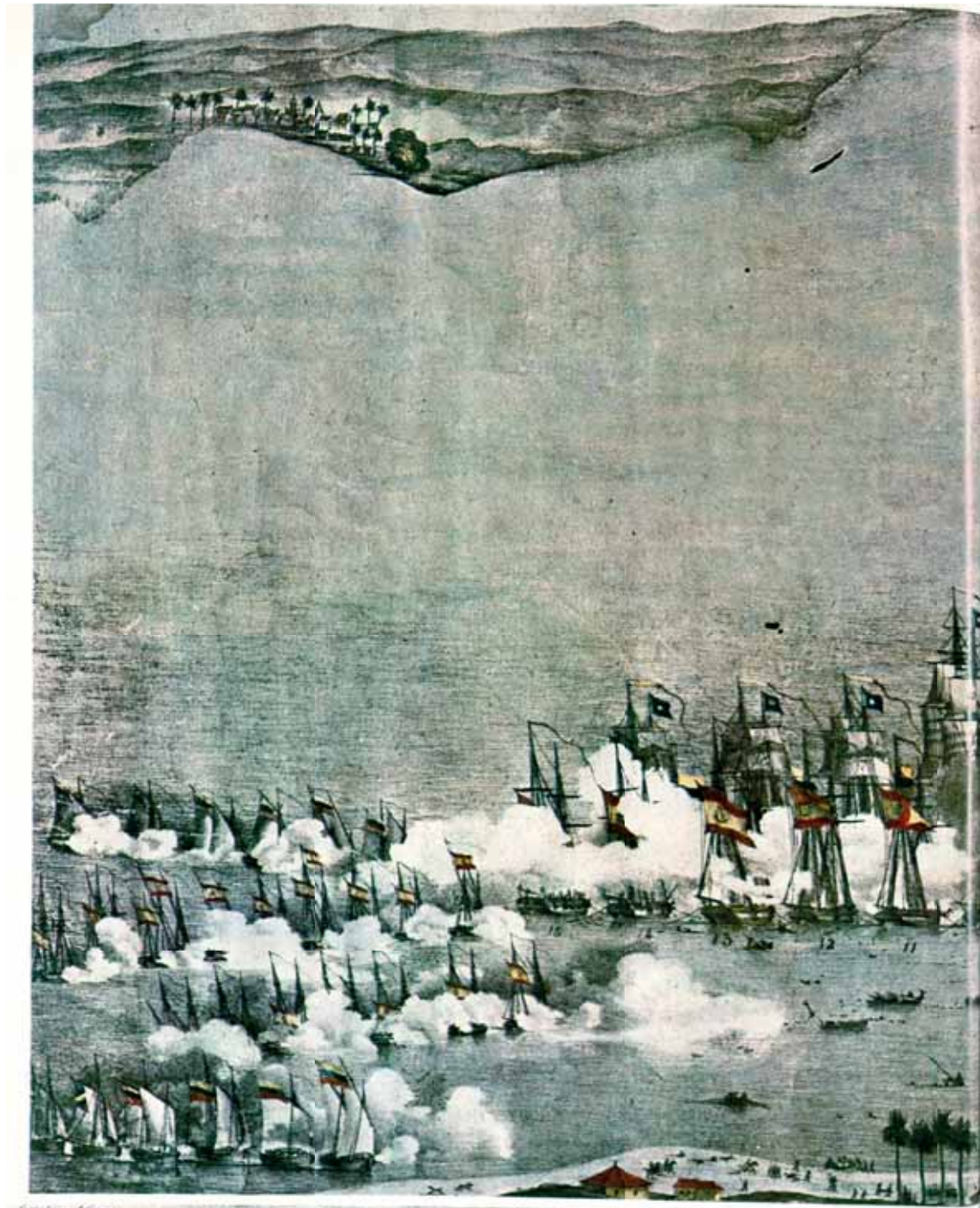
| Esquadra Colombiana | | | | |
|------------------------------------|--|-----------------------|---------------------------------------|------------------------------------|
| Nombre de las Buques | Sus Comandantes | Número de Tripulantes | Nombre de las Buques | Sus Comandantes |
| 1.ª Buque Independiente | El Cap. de mar. Velasco | 110 | 6.ª Buque de 50 cañones Independencia | El Alférez Tomas Vega |
| 2.ª Buque de 30 cañones Confianza | El Comandante de mar. Pedro Hernandez | 50 | 7.ª Buque de 30 cañones Independencia | El Cap. de mar. Manuel Páez |
| 3.ª Buque de 30 cañones Resolución | El Cap. de mar. Juan de Villegas | 50 | 8.ª Buque de 30 cañones la Leona | El Comandante de mar. Juan de Dios |
| 4.ª Buque de 30 cañones Resolución | El Cap. de mar. Antonio | 50 | 9.ª Buque de 30 cañones Espartero | El Cap. de mar. Manuel |
| 5.ª Buque de 30 cañones Resolución | El Comandante de mar. Manuel Caballero | 50 | 10.ª Buque de 30 cañones la Unión | El Cap. de mar. Manuel |
| | | 460 | | |

El Com. en Jefe de la Esquadra Colombiana es el Cap. de mar. Manuel Páez.



2ª Vista del Combate del 24 de julio del año 1823 en la laguna de Maracaybo al mando del Benemérito General José Padilla se la dedica al teniente de navío Jayme Brun (c. 1830) de Ambroise Louis Garneray.

Colección Museo Bolivariano, Caracas.



Guarida para el enemigo

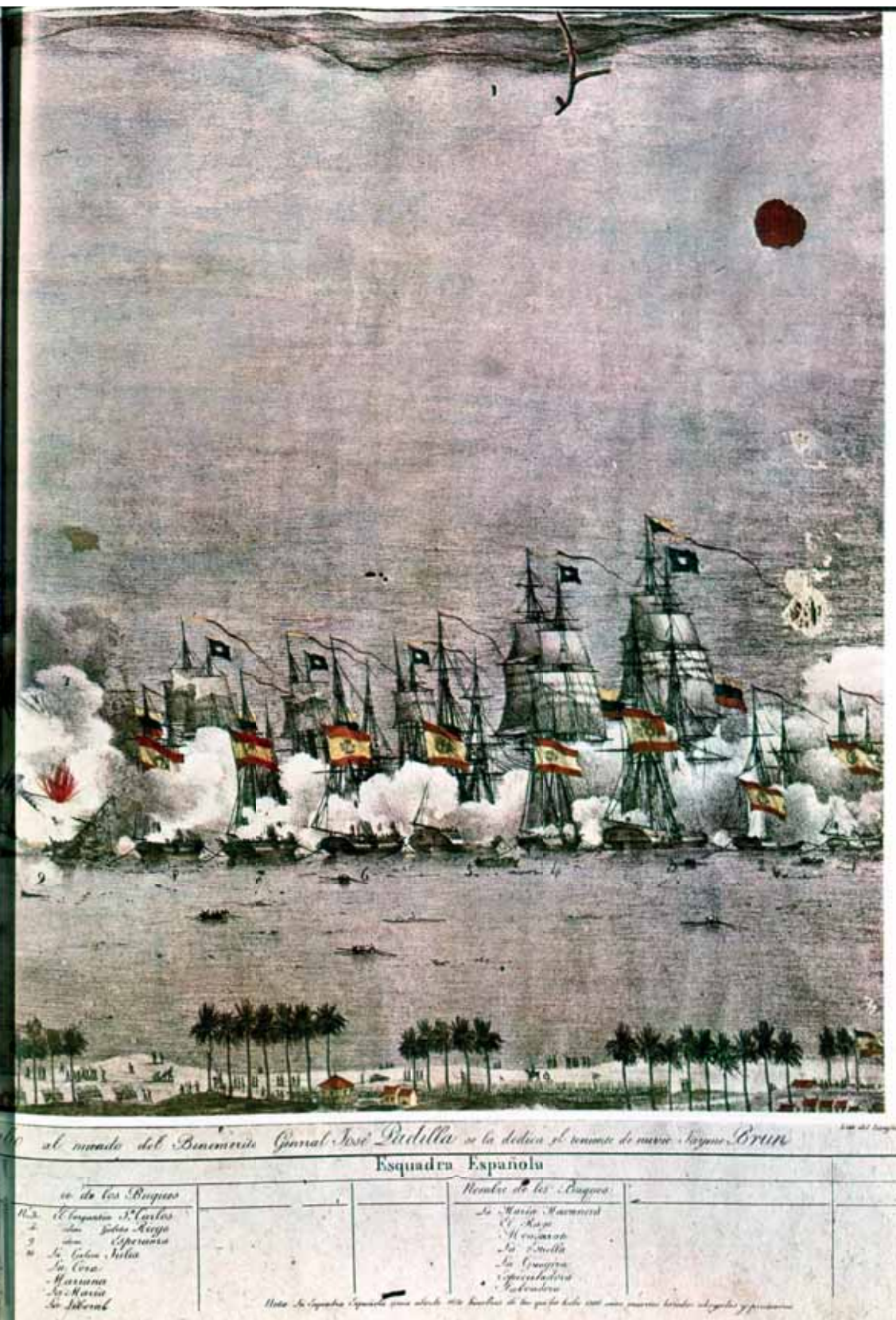
3^a Vista del Combate del 24 de Julio del año de 1823 en la laguna de Maracaibo

Esquadra Colombiana

| Nombre de los Buques | Sus Comandantes | Armamento de Capitanes | Nombre de los Buques | Sus Comandantes |
|-------------------------|---|------------------------|--------------------------------------|---|
| 1. <i>Simón Bolívar</i> | El Cap ^{to} de mara Delbiche | 110 | 6. <i>La Golondrina</i> de 8 cañones | El Cap ^{to} Comas Vega |
| 2. <i>Conquistador</i> | Comandante de mara Juan Ybarra | 51 | 7. <i>Independencia</i> | El Cap ^{to} de fragata Manuel Páez |
| 3. <i>San Carlos</i> | El Cap ^{to} de mara de Coligny | 31 | 8. <i>La Victoria</i> | Juan M ^{te} ... |
| 4. <i>San Mateo</i> | El Cap ^{to} de mara... | 38 | 9. <i>Capitana</i> | C. A. C. Sánchez |
| 5. <i>San Juan</i> | El Comandante de fragata... | 26 | 10. <i>Reynosa</i> | El Cap ^{to} de mara... |
| | | 246 | | |

El Cap^{to} Delbiche era un hombre muy hábil en el arte de la guerra.

Comandante para la mara



3ª Vista del Combate del 24 de julio del año 1823 en la laguna de Maracaybo al mando del Benemérito General José Padilla se la dedica al teniente de navío Jayme Brun (c. 1830) de Ambroise Louis Garneray.

Colección Museo Bolivariano, Caracas.



Vista del combate del 25 de Julio del año de 1823 en la laguna de Maracaibo al mar

Esquadra Colombiana

| Nombre de los Buques | Sus Comandantes | Armas de Artillería | Nombre de los Buques | Sus Comandantes |
|----------------------------|-----------------|---------------------|-----------------------|-----------------|
| 1. Buques de 1ª y 2ª línea | Alcazar de Soto | 100 | 6. La Gata de 3 pabos | Alcazar de Soto |
| 2. Buques de 3ª línea | Alcazar de Soto | 50 | 7. Buque de 3 pabos | Alcazar de Soto |
| 3. Buques de 4ª línea | Alcazar de Soto | 30 | 8. Buque de 3 pabos | Alcazar de Soto |
| 4. Buques de 5ª línea | Alcazar de Soto | 20 | 9. Buque de 3 pabos | Alcazar de Soto |
| 5. Buques de 6ª línea | Alcazar de Soto | 10 | 10. Buque de 3 pabos | Alcazar de Soto |
| | | 200 | | |

ÍNDICE

| | |
|---|---|
| Presentación. El lago, héroe de una batalla decisiva..... | 7 |
| Sobre esta edición..... | 9 |

Protagonistas

| | |
|---|----|
| Proclama de José Padilla a los hombres de la escuadra colombiana animándolos a vencer como siempre lo hacen | 13 |
| Diario de operaciones de la escuadra sobre el Zulia, al mando de José Padilla | 15 |
| Proclama de José Padilla el 26 de julio de 1823 | 21 |
| Carta de Manuel Manrique a Carlos Soubllette. Le presenta somera relación de la acción del 24 de julio de 1823 | 23 |
| Carta de José Padilla a Pedro Briceño Méndez. Presenta el parte de la batalla naval del 24 de julio de 1823 en Maracaibo..... | 25 |
| Carta de José Padilla a Carlos Soubllette en la que comunica que en virtud de la batalla del 24 de julio, Maracaibo ha sido reincorporado al territorio libre | 29 |
| Tratado de capitulación bajo la cual se ha rendido el ejército español de Maracaibo..... | 31 |
| Tratado particular que los comisionados españoles y de Colombia han acordado, bajo cuyas bases queda estipulado el tratado general de esta fecha | 35 |
| Carta de Francisco de Paula Santander a Simón Bolívar del 25 de agosto de 1823 | 37 |
| Carta de Bolívar para Santander, fechada en Lima el 10 de octubre de 1823 | 39 |
| Comunicación de Bolívar para Mariano Montilla, fechada en trujillo el 24 de diciembre de 1823 | 41 |

Estudios

| | |
|---|----|
| Cronología epistolar del Libertador sobre la Batalla del Lago de Maracaibo | 45 |
| Campaña sobre el Zulia y triunfo definitivo de los patriotas contra el general Francisco Tomás Morales en 1823 | 59 |
| Notas sobre la Batalla Naval del Lago Maracaibo del 24 de julio de 1823. Relecturas episódicas y sistémicas de un proceso crucial en la independencia | 71 |

Mapas e imágenes

| | |
|----------------------|-----|
| Mapas y planos | 121 |
| Ilustraciones..... | 126 |

Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de julio de 2023,
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond,
La edición consta de 1.000 ejemplares



Al cumplirse las dos horas de esa mañana del 24 de julio las escuadras del general Padilla, que habían fondeado frente a las costas de Santa Bárbara, hicieron velas a la espera del viento y se alinearon a perseguir por sorpresa a las escuadras realistas. Poco antes, el comandante patriota había arengado a su tripulación de bergantines y corbetas a combatir con apuro y entusiasmo. Eso hicieron y se dieron a malbaratar y a destruir los navíos de España hasta el abordaje final del bergantín San Carlos que comandaba Labordey Barrios. El enemigo trató de huir de la acometida de los zulianos todos (soldados y pescadores) con el resto de las embarcaciones, las más de ellas destrozadas por el cañón y diezmadas por la artillería, pero los patriotas se la negaron. La tropa del San Carlos se echó al mar. La victoria fue definitiva.

Sin ese triunfo, la causa bolivariana hubiera sido otra y la liberación total de la Gran Colombia ilusión incierta, destino azariento.

El lago de Maracaibo, con sus pescadores y gente del común, con sus oficiales, como el capitán de navío Pedro Lucas Urribarrí y mujeres soldados, como Ana María Campos y Domitila Flores, fue, ese 24 de julio de 1823, aquel héroe de una de las batallas decisiva para la independencia y avivada pasión libertaria de Simón Bolívar. Ese día anunciaba ya la víspera de Ayacucho.

Luis Alberto Crespo



FUNDACIÓN
BIBLIOTECA
AYACUCHO



Venezuela